

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada

Sección 6.^a

RECREATIVA

LAS
REGIONES HELADAS

DE LOS

POLOS NORTE Y SUR

(Memorias de las aventuras y episodios marítimos
y terrestres de un naufrago argentino)

POR

D. JOSÉ MORENO FUENTES

Y

D. JOSÉ CASTAÑO POSE

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Doctor Fouquet, 7

Tip. de Estrada

1

2065



4214
Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada
Sección 6.^a—RECREATIVA

VII
LAS

1872
REGIONES HELADAS

DE LOS

POLOS NORTE Y SUR

(Memorias de las aventuras y episodios marítimos
y terrestres de un naufrago argentino)

POR

D. JOSÉ MORENO FUENTES

Y

D. JOSÉ CASTAÑO POSE



MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Doctor Fourquet, 7

Esta obra es propiedad del Editor de la B-
BLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRA-
DA, y será perseguido ante los tribunales al
que la reimprima sin su permiso.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid 1884.—Est. Tip.-Editorial de G. Estrada, Dr. Fourquet, 7.

**Á LA SOCIEDAD
ECONÓMICA MATRITENSE
DE AMIGOS DEL PAÍS**

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA



DOS PALABRAS

Consecuente con los firmés propósitos que me impulsaron á emprender la publicación de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA, y alentado por el satisfactorio éxito que ha obtenido, propóngome ahora, dentro de la BIBLIOTECA citada y cumplimentando sus más esenciales condiciones, dar á luz una nueva série de obras, que contribuirán á vulgarizar las ciencias y gran número de conocimientos útiles entre todas las clases de la sociedad.

Muchas de las obras que constituyen al presente la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA revisten un carácter facultativo, didáctico, propio de su índole especial; pero la série que hoy inauguro con *Las regiones heladas de los Polos Norte y Sur*, hermanará, en agradable, ameno é instructivo conjunto, fácil enseñanza é instructiva lectura. "

En sus páginas, llenas de vida y de creciente interés, aparecerán, como en vision panorámica, extraordinarias aventuras y episodios marítimos y terrestres; descripciones de países, razas y costumbres poco conocidas; sucesos y situaciones difíciles de viajeros y exploradores; escenas dramáticas y humorísticas; sorprendentes descubrimientos y aplicaciones de las ciencias; misterios de los bosques vírgenes, con sus grandes ríos poblados de monstruos y sus orillas de magníficos vegetales; secretos del laboratorio del químico, del entrepuente del buque, de la gruta del antiguo troglodita, de la tienda del piel roja, de la choza del patagón y de la hedionda morada del esquimal; todo esto y otros muchos detalles y accidentes, casi fantásticos en fuerza de su relieve y verosimilitud, cumplirán al pie de la letra el axioma *instruir deleitando*, que como lema he adoptado para esta nueva serie de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.

EL EDITOR.

INTRODUCCION

La casualidad, que tan excelentes cosas suele hacer, nos posesionó tiempos atrás de un precioso Manuscrito, que encerraba las *Memorias* ó circunstanciados *Apuntes*, dia por dia consignados, de los sucesos y aventuras en que fué principal actor un náufrago argentino, cuyo nombre no revelamos al público, porque así nos lo exige el interesado, bien por su excesiva modestia, bien por secretas intenciones, que debemos respetar.

Encuéntranse en los citados *Apuntes* tan brillante colorido, tanto interés desde las primeras líneas, tal fondo de verosimilitud y realismo en las descripciones, tanto calor local, en fin, que no hemos vacilado un momento, siguiendo sus detalles paso á paso, y revistiéndolos de las formas narrativas y literarias convenientes á esta clase

de libros, en escribir la presente obra y en darla á luz, seguros de que nuestros lectores encontrarán en ella agradable é instructivo solaz.

Si, como pensamos, no nos engaña el deseo; si nuestra narracion logra reunir, en interesante conjunto, lo ameno á lo útil, proporcionando al espíritu grato esparcimiento y á la inteligencia motivos de fácil estudio, consideraremos altamente recompensadas nuestras modestas aspiraciones.

LOS AUTORES.

Madrid, Setiembre de 1884.

LAS REGIONES HELADAS

DE LOS
POLOS NORTE Y SUR

CAPÍTULO PRIMERO.

Del Havre á Liverpool.—Sobre las costas de Islandia.—El fiord.—La tromba marina.—Naufragio.—¡Salvado al fin!

El 29 de Abril de 1857, un magnífico vapor de trescientas toneladas de porte llegaba á la desembocadura del Sena, y anclaba frente á la comercial ciudad del Havre, situada al N O. de París, y que contaba entónces con más de 30.000 habitantes. A popa del buque ondeaba gallardamente el pabellon azul y blanco de la República Argentina.

Me hallaba paseando por uno de los espaciosos muelles del puerto, cuando el citado vapor echó el ancla al fondo del rio. Apénas mis ojos se fijaron en él y distinguieron su bandera, corrí á embarcarme en uno de los muchos botes que estaban amarrados al muelle. Acababa de reconocer en aquel buque el vapor *Toro*, cuya llegada esperaba ansiosamente.

Antes de pasar adelante, creo conveniente informar á los lectores acerca de la impresion que la presencia de aquella nave produjo en mí,

para que puedan comprender mejor su causa. Hacía cinco años que en compañía de dos amigos, Antonio y Miguel Echeto, había fundado en Buenos Aires, lugar de nuestra residencia, una casa comercial de exportación de cueros y otros productos del país para Europa. Con objeto de hacer los trasportes más económicamente, y cuando los capitales y compromisos adquiridos lo permitieron, compró nuestra casa el *Toro* á otra de la misma índole: después de haberle carenado convenientemente, lo mandamos al Havre, donde fué vendido y construimos otro más sólido y ámplio, que se llamó igualmente *Toro* en memoria del primero, y era el que acababa de llegar.

Un año hacía que me hallaba ausente de Buenos Aires representando la casa en Europa; durante este tiempo solo había visto dos veces al *Toro*, que vino con su acostumbrado cargamento. A decir verdad, hallábame bastante aburrido en aquella populosa población; casi todos sus habitantes me eran desconocidos, y su trato no se me hacía fácil por no saber con perfección su idioma.

Mis socios del Plata me noticiaron la venida del *Toro*, y que mi amigo y consocio Antonio venía en él para relevarme; yo debía regresar á mi ciudad natal, haciendo al paso un cargamento de pino en los Estados Unidos, donde tenía bastantes relaciones, gracias á William Jackson, asociado que fué mio en otra época en el comercio de maderas.

No es extraño, pues, que en cuanto me en-

contré sobre la cubierta del vapor, me lanzase rápidamente hácia la cámara de popa, donde estaban mi consocio Antonio Echeto y D. Luis Roisseau, antiguo capitan del *Toro*, hombre muy instruido en su profesion y amante de las ciencias.

Grande fué la alegría que experimentamos los tres al reunirnos. Pasados algunos momentos, fuimos á tierra con objeto de disponer el desembarco de las 4.500 pesadas de cueros y otros efectos que traia el vapor. Mi socio tomó posesion de mi residencia, solemnizando este hecho con un banquete, al que asistieron algunos comerciantes de la ciudad. Al otro dia, por medio de circulares, enteramos á nuestros agentes del cambio de representante verificado en el Havre.

Yo activaba mis preparativos de marcha; no veia el momento de que mis esperanzas se realizasen. Al fin, el lunes 4 de Mayo, á primera hora del dia, dí el último apretón de manos á mi consocio, mientras el *Toro* avanzaba por el rio lanzando torrentes de humo.

En nuestra travesía por el Atlántico, entre el Havre y New-Yorck, debíamos recalar en Liverpool con objeto de embarcar algunas piezas y útiles de maquinaria agrícola para Buenos Aires, y tomar á bordo dos jóvenes compatriotas míos, llamados Juan y Ricardo Areco, que habian concluido sus estudios de pilotaje, y regresaban al suelo natal. En compañía, pues, del capitan, de los jóvenes pasajeros y de la tripulacion, compuesta de diez y seis hombres, me prometia hacer un viaje magnífico.

El tiempo, despejado y sereno, aseguraba por entónces una feliz navegacion. No tardamos en hallarnos en pleno canal de la Mancha, y nuestro rápido vapor nos condujo en breve frente á la punta Barfleur, que doblamos á la vista de la ciudad de Cherburgo; un poco más allá, desde el cabo de la Hague y la isla de Aurigny, divisamos al S. las grandes islas Guernesey, Serek, Jersey y otras conocidas bajo el nombre de inglesas. Eran las últimas tierras de Francia que debíamos ver.

Desde aquel momento nos acercamos á la costa de Inglaterra que se divisaba por el N., y aquella tarde pasamos frente á la punta Stuart; poco despues distinguimos confusamente la ciudad de Plymouth, de donde salió tres veces el atrevido é infortunado navegante Jacques Cook, al frente de otras tantas expediciones científicas, para los mares del Sur.

Sucesivamente se presentaron envueltos en la creciente oscuridad del crepúsculo los cabos Lizard y Lands-End, donde se beneficia la célebre mina de estaño *Providencia*, que se interna á más de 200 metros debajo del mar.

Inmediatamente se hizo rumbo hácia el N., y muy pronto perdimos de vista la tierra, que, envuelta en densas brumas, se alejaba formando el ancho canal de Bristol. Durante la noche pasamos frente al cabo David y la costa de Irlanda, penetrando poco despues en el canal de San Jorge y dejando atrás las espaciosas bahías de Cardigan, Harlech y Caernarvon.

Nos hallábamos costeano la grande isla de

Anglesey, unida al principado de Gales por un ferro carril, y pude ver á lo léjos á Holyhead, notable poblacion de la isla. Con el anteojo se distinguia tambien á Dublin, capital de Irlanda, envuelta en una espesa nube de humo, como todas las grandes ciudades industriales del Reino Unido.

Tomamos un práctico y nos dirigimos hácia el E., á la desembocadura del rio Mersey, en cuyas orillas se levanta la industriosa Liverpool; desde entónces navegamos en pleno mar de Irlanda. El dia amenazaba ser algo crudo; á pesar de la estacion se dejaba sentir un frio glacial, causa de la condensacion de las brumas, que no tardaron en convertirse en espesa niebla.

A las once fondeábamos ante la gran ciudad de Liverpool, apénas visible por efecto de la niebla; ocupa la orilla derecha del rio, miéntras que en la opuesta se levanta Birkenhead, envuelta tambien en ceniciento velo. Multitud de embarcaciones y vaporcitos rodearon al *Toro*, dispuestos á trasladar nuestras personas y equipajes; pero como no teníamos necesidad de sus servicios, pronto nos abandonaron. Sólo don Luis marchó á tierra; en breve regresó seguido de un lanchon con la maquinaria que debíamos conducir á Buenos Aires.

No pude ver á mi gusto la poblacion desde á bordo; me contenté, pues, con admirar desde léjos á una de las más fabriles y comerciales ciudades del mundo. Gran número de buques ocupaba el puerto, y era ensordecedor el ruido

de las máquinas que trabajaban en los muelles y docks.

A las dos de la tarde nos pusimos en franquía y levamos anclas para salir al mar de Irlanda. El práctico seguía á bordo y no debía abandonarnos hasta Porth-Dinlleyn. Una hora despues de nuestra salida del Mersey, se levantó un viento bastante fresco del S., que elevó la niebla y descubrió un cielo nebuloso cubierto de tintas sombrías.

El práctico hizo algunas observaciones á nuestro capitán acerca del estado amenazador de la atmósfera, y le manifestó sería prudente recalar en algun puerto por aquella noche. Pero don Luis no aceptó la idea temiendo no poder abandonar las costas de la Gran Bretaña si se declaraba el temporal, en cuyo caso preferia arrostrarle en medio del Océano, donde hay inmensa extension de agua por delante, más bien que en aquel peligroso mar interior.

Antes de la noche debíamos saber que el práctico tenía razon. El viento, cada vez más fuerte, amontonaba las nubes unas sobre otras, como si se detuviesen ante una infranqueable barrera; no tardó en caer la lluvia, envolviéndonos en su torrencial catarata; nuestro vapor, á impulsos del oleaje y del huracanado viento, se balanceaba espantosamente.

A las siete de la tarde apenas podia el *Toro* aguantarse sobre la máquina; sus movimientos revestian cada vez mayor violencia. Pasamos la noche despiertos, esperándolo y temiéndolo todo. Oíamos silbar el viento entre el oleaje, y

las olas barrian impetuosamente la cubierta. Mis jóvenes compatriotas y amigos, no acostumbrados á presenciar el furor de los elementos, estaban tristes y como preocupados acerca del porvenir.

Subimos al puente, y fué preciso agarrarnos á todos los objetos que estaban á mano para no caer; de este modo llegamos junto á D. Luis y el práctico. El capitán nos dijo que acabábamos de embocar el canal de San Jorge, pero que siendo imposible aventurarse por él con tan mal tiempo, había virado de nuevo al N. para ponerse al abrigo de la isla Anglesey.

A las diez de la noche anclábamos delante de Conway. Aquella noche hizo notar el práctico al capitán, que era más fácil salir por el canal del Norte, por ser el viento favorable á dicho rumbo, y porque mientras se desembocaba por él en el Atlántico, era probable que hubiese calmado el tiempo. Estudió detenidamente D. Luis el pensamiento, y concluyó por aceptarle, pues era el más adecuado á la situación.

Antes de amanecer nos pusimos en marcha hácia el Norte. El viento continuaba tan duro como la víspera; los chubascos repetíanse frecuentemente. La grande isla de Man, aislada en medio del mar de Irlanda, apareció en breve y no tardamos en pasar por su costa septentrional. Evitamos el golfo de Solway y la bahía de Luce para penetrar resueltamente en el canal del Norte.

En este brazo de mar, tan estrecho y encajo-

nado entre montañas, soplaba la virazon con tal furia, que hubo precision de aferrar el vela-cho, única vela que llevábamos desplegada al viento. A las cinco de la tarde llegaba el *Toro* á la altura de Badantrae, y era necesario tomar direccion NO. para desembocar en el Océano. Fué tarea muy penosa en aquel sitio contrarestar las fuerzas del viento y de la marejada que nos conducian al gran golfo de Clyde, y que quizás nos hubieran arrastrado á las accidentadas costas de Escocia.

Doblamos felizmente el cabo Faix, no sin gran peligro y trabajo; desde entónces la costa de Irlanda nos protegía del viento, y la navegacion ofreció ménos dificultades. El práctico desembarcó en la pequeña isla Rathlin, y el *Toro* siguió navegando á lo largo de la costa. La noche fué oscurísima y excesivamente fria; el agua del mar y la del cielo caian mezcladas sobre el puente de la embarcacion.

El viernes 7 de Mayo, á las primeras vislumbres del dia, subí á cubierta con ánimo de examinar la situacion; mis jóvenes pasajeros no tardaron en reunírseme. Avanzamos como pudimos hasta la rueda del timon, donde encontramos á D. Luis y al contramaestre, ocupados en mantener fija la direccion del buque. El capitan nos hizo saber que corríamos hácia el NO. huyendo de la tempestad.

Bajé á la cámara, y segun los mapas que pude examinar, comprendí que nos dirigíamos rectamente hácia las islas Hébridas. Tal rumbo no presentaba muy halagadora perspectiva; las

costas de aquellas islas son muy accidentadas, y el mar en sus inmediaciones está sembrado de peligrosas sirtes.

A pesar del temor que me inspiraba el rumbo que seguíamos, confiaba en la inteligencia de D. Luis; éste era un marino experto, que más de una vez había demostrado su valor y su serenidad.

A las ocho de la mañana hízose el temporal más duro; el oleaje azotaba con violencia los costados del vapor; sin embargo, éste avanzaba, empujado por el viento, á razón de 5 millas por hora. En aquel momento se avistó un literal de negros peñascos que se alzaba en el horizonte hácia el NO.

El capitán reconoció la tierra denominándola isla de Mingalay, y no nos ocultó el peligro que corría el barco si no variaba de rumbo, pues de lo contrario sería impelido hácia el Minch, sitio muy peligroso entre las Hébridas y Escocia.

Los esfuerzos y la pericia marinera del capitán y del contramaestre consiguieron, no sin trabajo, dejar el grupo de islas á la derecha. El peligro pasó, y estábamos otra vez en pleno Océano.

Todo aquel día se pasó en continuo sobresalto; era muy difícil mantener el buque en una dirección fija. A la mañana siguiente, el capitán calculó que debíamos encontrarnos á la altura de las islas Feroe, que dejábamos 60 leguas al Este.

Entre tanto el *Toro* corría hácia el Norte.

¿Adónde iría á parar? Hé ahí una pregunta que mis jóvenes amigos y yo dirigíamos al capitán, temerosos de engolfarnos en los helados mares de las regiones hiperbóreas. D. Luis se contentó con decirnos que por aquel rumbo podía evitarse la violencia de los elementos, y que distando poco la costa meridional de Islandia, pensaba tomar refugio en ella al día siguiente.

La serenidad del capitán nos reanimó, y la idea de refugiarnos en la costa islandesa pareciónos consoladora, dada nuestra situación. En este momento, el mar y la atmósfera recrudecieron su rudo combate. Inmensos conos de espumosas aguas girando con vertiginosa rapidez sobre sí mismos, se elevaban del Océano formando enormes trombas; el *Toro* se veía á cada momento amenazado de ser envuelto en los concéntricos círculos del terrible meteoro.

Llegó la noche, sombría y pavorosa, sin avistar la deseada tierra; pero como ésta debía hallarse próxima, se redobló la vigilancia. A las diez, poco más ó ménos, los vigías, instalados en las crucetas, dieron el grito de «tierra.»

Inmediatamente subimos sobre cubierta con ánsia de ver la tan esperada costa. La oscuridad era completa, de modo que nos costó bastante trabajo divisar una larga y negra línea que festoneaba el sombrío horizonte. Aquella era la costa de Islandia.

Hicimos rumbo hácia ella; cuando solo distábamos unas cinco millas, habiendo amainado la violencia del oleaje, mandó D. Luis botar al

agua una chalupa que, tripulada por el contra-maestre y tres marineros, debía marcar el camino por donde el *Toro* pudiera acercarse y penetrar en algun *fiord* (1) que le ofreciese seguro abrigo.

Los hombres de la lancha, con la sonda en la mano, nos guiaban por aquel proceloso mar. Por espacio de una hora seguimos la luz que llevaba la pequeña embarcacion, y nos acercamos á una milla de la costa. El mar parecia libre de escollos; el oleaje se precipitaba sobre la costa, estrellándose en las rompientes con ruido atronador.

El litoral, muy elevado en aquel sitio y formado por rocas acantiladas, no presentaba abra ninguna. Guiados por la chalupa seguimos avanzando paralelamente á la costa buscando un sitio ventajoso para fondear. Hacia el E. se divisaba un elevado promontorio, detrás del cual era probable encontrar abrigo; no lejos de él y ántes de doblarle, distinguimos confusamente una escotadura en la acantilada costa, y nos introducimos atrevidamente por ella.

Un golfo sombrío y rodeado de altos muros se presentó ante nosotros; allí nuestro buque debía permanecer tranquilo. Pero no fué así, el mar estaba tan revuelto como en el Océano; sin embargo, hicimos rumbo hacia el centro del *fiord*, porque cuanto más avanzásemos por él más tranquilas aguas hallaríamos.

(1) *Fiord*. Nombre que dan los islandeses á ciertos golfos.

Como estos golfos llamados *fiords* suelen ser muy profundos, no se temió chocar con algunas rocas, por lo cual hizose señá á los hombres de la lancha para que volviesen á bordo. Poco despues nos produjo gran alarma un ruido estrepitoso y siniestro que hacia el centro del golfo se sentia; la oscuridad era completa y se hacia imposible averiguar la causa de aquel estruendo. A medida que el vapor avanzaba acentuábase el ensordecedor ruido.

El capitan, sospechando la existencia de algunas rompientes, aminoró el andar del buque, y para evitar aquel nuevo peligro, hizo virar de bordo hácia la derecha. Pero en aquel momento la embarcacion sintióse arrastrada por una fuerza irresistible, que la hacia navegar velozmente, describiendo una línea de gran curvatura.

Al mismo tiempo, á pesar de la oscuridad de la noche, se vió venir sobre nosotros una gigantesca tromba marina. Todos á bordo comprendimos lo que aquello significaba, y poniéndonos nuestros cintos de natacion, nos arrojamos á la chalupa que permanecía al lado del *Toro*. Se empuñaron con vigor los remos para separarnos de la absorcion de la terrible columna de agua, pero ántes de navegar veinte metros, la lancha giró con rapidez vertiginosa, el agua nos envolvió, y con inconcebible fuerza fuí lanzado al espacio.....

Volví á caer sobre las olas casi sin conocimiento, y gracias al cinto de natacion, no me fuí á fondo. Empecé á gritar con toda la fuerza de mis pulmones; mas era imposible que me

oyesen en medio del fragor de la tormenta.

El mar estaba inmensamente agitado, y las tinieblas que me rodeaban no permitían registrar su superficie. Me creí abandonado y á merced del oleaje, sin esperanzas de alcanzar la costa.... ¡Sufria horriblemente!

De pronto me sentí arrastrado en una direccion determinada; el instinto de conservacion reaccionóse en mí, y grité, pedí socorro; pero en vano. Entónces hice un supremo esfuerzo, y me puse á nadar desesperadamente hácia donde suponía se hallaba la costa. La Providencia quiso que no tardara en hallarme fuera del terrible remolino de las aguas.

Empezaba á amacecer, y mis ojos registraron el *fjord*; por todas partes una muralla de inaccesibles basaltos parecia rodearle; en el centro una movediza montañá de agua producía nubes de blancas espumas; eran los últimos efectos de la terrible tromba.

Aquel espectáculo me aterrorizó, y traté de ganar la costa á todá prisa. Nadé vigorosamente, y al fin conseguí tocar las rocas; pero me era imposible escalarlas; habia perdido todas las fuerzas en mi lucha con los elementos. Entónces me entregué desesperado á mi suerte..... ¡Ah! en aquel momento distinguí tres hombres subidos sobre una alta peña..... reconocí en ellos á tres marineros del *Toro*.

Parecian esforzarse en llamar mi atencion; cuando comprendieron que les habia visto, bajaron hácia donde yo estaba y me echaron una improvisada cuerda, construída con sus fajas;

Me cogí á ella con las ánsias del que quiere arrebatár su vida á la muerte. Al fin víme suspendido en el aire, y luégo depositado sobre las rocas..... ¡Me había salvado!

Pero este pensamiento presentábase á mi imaginación de una manera vaga y confusa; parecía-me como que le veía á través de un prisma opaco: era que el espanto embotaba aún mis sentidos, y no podía darme cuenta exacta de la situación.

CAPÍTULO II.

Exámen de la situacion.—El capital social.—Recursos comestibles.—Cambio de alojamiento.—La borrasca.—Arrebatado por el huracan.

Me prodigaron mis salvadores los pocos auxilios que tenian á mano; torcieron mis ropas, que chorreaban agua, y vertieron en mis labios algunas gotas de aguardiente que, por fortuna, poseia uno de ellos en una cantimplora. Me reanimé algun tanto, y pude trasladarme, apoyado en los marineros, á un sitio más abrigado, en el cual hallábanse otros náufragos, salvados tambien milagrosamente de aquella catástrofe.

Como á media milla de distancia del lugar en que fuí recogido, se hallaba un refugio natural, cobijado por altas peñas de basalto, que ofrecia seguro abrigo; en su interior se hallaban seis hombres que pertenecian á nuestro naufragado buque, en los cuales reconocí á un marinero, á mis amigos D. Luis, Ricardo y Juan Areco, á un fogonero y al maestro de cocina. Algunos de ellos dormian profundamente.

La emocion, el susto, la fatiga, hubieron tambien de rendir mis fuerzas y cerré los párpados.....

No pude calcular lo que duró mi sueño; pero debió ser muy largo, porque al despertar me hallé completamente restablecido. El capitán y mis dos jóvenes amigos se hallaban sentados al rededor de una brillante hoguera que, en el pequeño recinto basáltico ardía; mis salvadores ocupaban también un sitio junto al fuego.

Dirigiéronse mis miradas hácia todos, y vi que éramos diez los náufragos allí reunidos. ¿Y los restantes? Quizás perecieron en las profundas y agitadas aguas del *fjord*, ó habríanse salvado en otros parajes de la costa. Faltaban el carpintero, el contramaestre, el maquinista, un fogonero y seis marineros.

Mis compañeros de infortunio recibíeronme con afabilidad, y me dejaron el mejor puesto junto á la hoguera, que acepté gustoso al sentir silbar el viento entre las puntas de las rocas que formaban el coronamiento de nuestro albergue.

Mis compañeros permanecían silenciosos, sumidos al parecer en tristes pensamientos....

—¿En dónde nos hallamos?—pregunté al capitán.

—Es indudable que en la Islandia—me contestó.—También supongo con fundamento que nos encontramos en la parte Sur del litoral, y no léjos de alguna poblacion.

—Y en ese caso—prorumpió Ricardo—¿habrá en ella elementos para embarcarnos?

—No lo afirmo—repuso D. Luis.—Han de saber ustedes, que ningun buque arriba á las costas de Islandia, á no ser algunos, muy pocos,

que en los meses de Abril y Mayo se dirigen al Spitzberg á pescar ballenas; como esta isla es de poca importancia, apénas hay en ella establecida navegacion de cabotaje. Lo principal, por ahora, es albergarnos en cualquiera aldea islandesa, donde al ménos se nos hará más cómoda la vida....

—¿Si pudiéramos ir á Reykiavick?—exclamé yo.

—Muy conveniente fuera; pero, ¿quién sabe dónde está situada esa poblacion respecto de nosotros? Por eso digo que nos debemos dirigir al pueblo más próximo; tal vez en él nos darán las noticias que nos sean necesarias.

—¿Qué habrá sido de nuestros buenos camaradas?—prorumpió en este instante el maestro de cocina, que apénas se fijaba en nuestra conversacion.

Nadie osó contestar á aquella pregunta.

La hoguera se iba amortiguando, y dos de los marineros salieron á buscar leña con que alimentarla. A poco rato volvieron con un brazo de ramas de abeto que echaron sobre las áscuas. La temperatura al aire libre era insoporable; el viento no habia cejado en su violencia.

Me acerqué con el capitán y mis jóvenes amigos á unos mogotes cercanos al *fiord*, y contemplamos un momento desde allí cómo sus agitadísimas aguas se estrellaban contra los duros murallones de basalto. El capitán extendió el brazo, y señalándome una abertura en el acantilado que bajaba hasta el mar, me dijo:

—¿Ve usted aquella brecha?

—Sí;—le respondí.

—Pues por ella nos hemos salvado sus dos amigos, un marinero y yo. Al amanecer nos hallábamos de pié sobre aquella roca, desde donde hemos prestado auxilio á otro náufrago.....

—¡Ahl!—exclamé sollozando—ni áun resto alguno se ve ya de nuestra pobre embarcacion.

—Cumpliendo con mi deber—repuso don Luis—yo fui el último en abandonar su cubierta. Un instante despues desapareció tragada por la inmensa vorágine, que en rápido remolino se abrió debajo de su quilla. Tengo para mí que los tripulantes que faltan tuvieron igual suerte; y respecto á nosotros, aún no acierto á darme cuenta cómo pudimos librar la vida. Bien dice el adagio español, que «nadie se muere hasta que Dios quiere.»

Yo escuchaba estos detalles con el dolor y el interés que es de presumir. El viento nos molestaba terriblemente y volvimos á nuestra peñascosa habitacion, en la cual reinaba una dulce temperatura. Pregunté cómo se habia logrado encender fuego, y se me dijo que con el eslabon y la yesca que en una bolsa impermeable llevaba uno de los marineros.

Pasaba ya de medio dia, y nuestros pobres estómagos experimentaban singulares contracciones y desfallecimientos. Mi rápida excursion v las inmediaciones del golfo sólo me permitió er un país muy quebrado y agreste, en cuyo duro suelo no crecian más vegetales que mus-

gos y algunos abetos, con los cuales alimentábamos la hoguera.

Hacia ya muchas horas que no tomábamos alimento alguno, y se trató de examinar el contenido de nuestros todavía húmedos bolsillos, aunque ¿qué podía encontrarse en ellos que pudiera aplacar el hambre á diez hombres?

Todos depositamos en el suelo lo que poseíamos; aquellos tristes bienes debían considerarse como comunes; y hecho el inventario resultó, que constituían el capital social los siguientes objetos: Cinco petacas con tabaco; dos relojes de oro, el del capitán y el mío; tres más de plata; cuatro pipas; tres cortaplumas; cinco facas; tres navajas, un revólver, algunos pañuelos, cuatro sortijas, dos de ellas con diamantes de valor; tres carteras conteniendo varios documentos y papeles, y 1.043 francos en diferentes monedas.

Entre muchas francesas, había algunos chelines, coronas, un soberano de Inglaterra y 38 pesos fuertes de Buenos-Aires. Todo este dinero, así como las alhajas, se depositó en manos del capitán para proveer á las necesidades comunes. D. Luis dió un recibo á cada uno de lo que poseía, á cuyo fin arrancó algunas hojas de su cartera; los demás efectos volvieron á ocupar los bolsillos de sus dueños.

Bueno era que hubiésemos reunido nuestras fortunas, para que el capitán, como jefe, realizara toda clase de transacciones cuando nos internásemos en el país. Pero esto no resolvía la necesidad del momento, la más apremiante, la

de atender á nuestros desfallecidos estómagos.

Tal vez distase muchos dias de marcha la primera poblacion que hallásemos, y en este caso pereceríamos de hambre, porque en aquel estéril país sólo se veian desmedrados abetos y pinos, cuyos frutos aún estaban en gérmen; además, estos representantes de la flora boreal eran bastante escasos.

Largo tiempo estuvimos discurriendo sobre este penoso asunto. El capitan resolvió, al fin, el problema, diciendo:

—Amigos míos, se me ocurre una feliz idea; descendiendo de estas rocas debemos encontrar, quizás abundantemente, en tierras más bajas, una planta criptógama llamada *líquen*, y principalmente la variedad *líquen islándico*, que contiene muchos principios nutritivos, y puede, en casos extremos, alimentar al hombre. También, al pié de estos basaltos que baña el mar, encontraremos no pocos crustáceos y moluscos adheridos á las rocas.....

Con indecible entusiasmo fuéron acogidas estas palabras, y á pesar de lo áspero y desaparecible del tiempo, tres marineros, provistos de sus facas, bajaron al pié de las rocas en busca de marisco; esto era lo más práctico entónces, porque la recoleccion del líquen exigia más tiempo. No tardaron en volver con buena provision, de la cual comimos, si bien, por lo que á mí hace, con cierta repugnancia..... El dia avanzaba á su término rápidamente. Sin embargo, acordándonos de nuestros pobres compañeros de naufragio, decidimos emplear el resto de la

tarde en hacer minuciosas investigaciones para encontrar á los que, como nosotros, hubiesen tenido la suerte de ganar la costa.

Aunque no era empresa fácil explorar las rocas del fiord en tan escaso tiempo, encargáronse de esta tarea los marineros, miéntras el capitán, mis jóvenes compatriotas y yo, nos dirigimos á una altura que allí cerca se alzaba, y desde la cual debia verse gran parte de la isla.

Nuestra marcha fué penosa; no por el viento, que le recibíamos por la espalda, sino por las asperezas y desigualdades del terreno por donde caminábamos. Trascurrió una hora larga de talle ántes de que llegásemos al pié de la montaña, que no era de gran elevacion; pero la subida á la cúspide parecía tan escabrosa, que temimos emprenderla; sin embargo, era preciso de todo punto llegar á su cima.

Ayudándonos mutuamente, y despues de increíbles esfuerzos, conseguimos encaramarnos por las agudas rocas hasta la cumbre. El viento soplabá con tal violencia y era tan frio, que buscamos, ante todo, un abrigo contra él.

Elegido nuestro observatorio, contemplamos desde él un país desierto donde apenas se divisaba huella alguna de vegetacion. Desde el pié de la montaña se extendian en inmenso trecho áridas llanuras, abruptos peñascales y espantosos precipicios. Aquí se veia un profundo y oscuro barranco; más allá un monton de inaccesibles rocas; á un lado estéril llanura; á lo lejos alta cordillera de picachos cubiertos de nieves eternas; y por todas partes torrentes que se

precipitaban con pavoroso estruendo por cáuces de duras y negras rocas.

Esto fué todo lo que vimos. Apesarados, en verdad, emprendimos la marcha á nuestro alojamiento, al cual llegamos al oscurecer. Los marineros no habian sido en sus pesquisas más afortunados que nosotros. Habian explorado el *fiord* en todos sentidos, sin hallar indicios de otros náufragos.

La noche amenazaba ser muy tempestuosa; densos nubarrones surcaban rápidamente la parte más baja de la atmósfera, agrupándose sobre las montañas circunvecinas. El abrigo que contra el viento habíamos hallado en aquella hoya natural, no podría protegernos contra la torrencial lluvia que no tardaría en caer.

Sabíamos que las tormentas en las inmediaciones del círculo polar ártico eran terribles y á veces duraban mucho tiempo; teníamos, pues, que obrar con prontitud, para librarnos de los efectos de la que á nuestros ojos se estaba preparando.

Por fortuna, las antiguas conmociones geológicas de aquel país habian dejado al descubierto la entrada de muchas grutas; en nuestra excursion á la montaña habíamos visto algunas; resolvimos trasladar nuestros penates á la más cercana, y así lo hicimos con la mayor rapidez posible.

El frio era intenso; pero una brillante hoguera modificó prontamente la temperatura de nuestra espaciosa habitacion. Todos nos sentíamos cansados y hambrientos; nos sentamos en

torno, y, al amor de la lumbre, cenamos del repuesto de crustáceos que aún teníamos.

Terminada nuestra frugal colacion, hablamos, como era natural, del viaje que debíamos emprender por la costa.

—¿Está V. seguro, D. Luis, de que estamos en Islandia?—preguntó Ricardo.

—No tengo duda alguna—respondió el interpelado.—La última observacion que hice me dió por resultado nuestra proximidad á esta grande isla, y desde entónces hemos navegado continuamente hácia ella. Además, el exámen, aunque breve, que esta tarde hicimos, demuestra que al dicho país hemos aportado.

—Este mar contiene várias islas,—dije yo.—¿No habremos abordado á otra?

—Lo dificulto, porque desde la altura á que subimos ántes, habríamos divisado algunos indicios de estar rodeados por el mar. Este terreno pertenece á una isla de mucha extension; bien habeis visto hácia el N. grandes cordilleras de montañas. Debo decir tambien, que al S. de Islandia hay pocas tierras, y esas de pequeño radio; además, están situadas en la parte más meridional de la isla, desde donde se extienden á lo largo de la costa occidental, mientras que en la opuesta, sólo se hallan algunos islotes, escasos en número.

—Quizás estemos en una de las islas situadas al SO.—torné á objetar.

—No lo creo posible, amigo mio. La única isla que podíamos abordar era la más meridional llamada Westmant, que es de las mayores;

pero bastaba subir á la altura en que hace poco estuvimos, para descubrir todo su perímetro, ó al ménos una buena parte de él.

—En el supuesto de que nos hallamos en Islandia, capitán, ¿no os decidís porque caminemos por todo el litoral hácia el O. hasta que lleguemos á Reykiavic, la capital de la isla?

—No es tan fácil como creéis llevar á buen término ese viaje por toda la costa. ¿Y si tuviésemos la desdicha de emprender tal excursion por el camino más largo respecto de nosotros y de esa ciudad? Yo he navegado como ballenero algunos años, y conozco estos mares; mejor que en Reykiavic, hallaremos ocasiones de embarcarnos en alguno de los muchos puercecillos de la costa oriental, pues no dejará de pasar á su vista algun buque que regrese á Europa de vuelta del Spitzberg.

—Convenido, D. Luis, convenido. ¿Cuándo emprendemos la marcha?

—Tan luego nos lo permita el tiempo y hagamos suficiente acopio de crustáceos y de líquen islándico para el camino.

La noche, entre tanto, cerró completamente, y con ella desencadenóse la tempestad; retumbaban los truenos con ensordecedor ruido; la fulgurante luz de los relámpagos iluminaba de vez en cuando los más oscuros rincones de nuestro albergue, y el viento silbaba con terrible violencia entre las agudas crestas de los basaltos que circundaban el *fiord*; por fortuna, la virazon soplabá del SE. y no nos molestaba porque la boca de nuestra caverna se abría al N.

El cansancio, la fatiga que aún experimentaban nuestros cuerpos, la intranquilidad propia de la triste situación en que nos hallábamos, necesitaban un sueño reparador, y, después de arrojar unas cuantas ramas sobre la hoguera para que se mantuviese encendida, unos ántes y otros luégo, todos nos quedamos profundamente dormidos.

Pero mi sueño fué breve y agitado. Cuando desperté no me fué posible conciliarle de nuevo; tenaz insomnio le hacía huir de mis ojos.

La tempestad seguía su curso con imponente furor; el viento parecía alcanzar su mayor grado de fuerza; resbalando por las anfractuosidades de las rocas producía cien y cien extrañas resonancias.

De repente, entre los espantables ruidos de la tormenta, parecióme oír quejumbrosos ayes y lamentos. Incorporéme para escuchar mejor... No me engañaban mis oídos; entre el fragor de los truenos, de los chubascos y del huracán, se escuchaban quejidos singulares.

Púseme en pié desasosegado é inquieto; mis compañeros dormían; dirigíme hácia la entrada de la cueva, más ántes de llegar á ella, levantóse D. Luis y me dijo:

—¿Qué va V. á hacer, amigo mio?

—No le parece oír, capitán—le contesté—de vez en cuando, tristísimos lamentos?

—Sí, hace un momento que he despertado y desde entónces los oigo.....

—¿Reclamará auxilio algun pobre náufrago?

—¿Quién sabel tal vez el viento, por la gran

expansion que alcanza, penetrando en algunas cavidades, produce esos extraños sonidos.....

—¿Tiene V. certeza de ello?—repliqué.

—No en verdad.

—Pues en la duda, capitán amigo, debemos explorar los alrededores de nuestro albergue, y cerciorarnos de que nadie reclama nuestro auxilio.

—Será una imprudencia aventurarnos á salir en medio de tan deshecha borrasca.....

—Ante todas las cosas, están los sentimientos humanitarios.....

—Teneis razon; cumplamos con sus sagradas leyes; pero adoptemos algunas precauciones. Envolveos en esa manta, única prenda de abrigo que poseemos, gracias á que uno de nuestros hombres, por un singular capricho, la rodeó á su cuerpo ántes de ponerse el cinto de natacion.....

—No siento frio, D. Luis; utilizadla vos, os lo ruego.

El capitán no titubeó en ponérsela á modo de poncho de gaucho argentino, despues de abrirle en la parte central una abertura para sacar la cabeza.

Yo me contenté con abotonarme bien.

—Ahora—dijo D. Luis—tomad la cantimplora de aguardiente de ese marinero; quedan en ella algunas gotas que podrán reanimar las exhaustas fuerzas del semejante nuestro que demanda socorro, si no son ilusion de nuestros sentidos los ayes que creemos oir..... Será conveniente despertar á nuestros compañeros por si necesitamos ayuda.....

—Dejadles descansar, que buena falta les hace; los dos bastamos para la empresa que nos proponemos.

—Pues, ¡avante! ¡avante!—exclamó el viejo marino.

Y precedido de él salí resueltamente de la cueva; no tardé en deplorar lo imprudente de nuestro empeño; la lluvia había reblandecido de tal manera el terreno, que á cada paso tropezábamos y caíamos; por la misma causa las asperezas de la roca viva nos hacían resbalar.

Como el cielo nos dió á entender, seguimos avanzando lentamente; á menudo nos deteníamos y dábamos grandes gritos para llamar la atención del que demandaba socorro. Nadie contestó á nuestras voces; sólo alguna que otra vez se dejaban oír los singulares gemidos que tanto nos habían alarmado.

Nuestras investigaciones fueron de todo punto infructuosas; evidentemente nos habían engañado determinadas sonoridades del viento. Resolvimos entónces volver á nuestro refugio; pero era más fácil formular el propósito que ejecutarlo. Poco á poco nos habíamos alejado á gran distancia de la cueva, y era árduo empeño volver sobre nuestros pasos para encontrarla. Caminamos á la ventura; pero bien pronto advertimos que íbamos extraviados.

Un deslumbrador relámpago nos hizo divisar una elevada meseta de rocas, que distaría á lo más treinta pasos de nosotros.

—Desde allí—dijo el capitán—con el auxi-

lio de los relámpagos, nos orientaremos para volver á la gruta.

El camino era escabroso; más de una hora invertimos en escalar las asperezas de las rocas. Por fin llegamos á su cima empapados en agua, sin poder movernos apénas; la lluvia y el viento nos azotaban terriblemente; era el último tan frío é insoportable, que no pudiéndole resistir, acurruquéme entre dos grandes piedras.....

El viejo marino, más avezado que yo á soportar los rigores del mal tiempo, permanecía de pié, procurando orientarse á la luz de los relámpagos acerca de la direccion que debíamos tomar.

De repente, una manga de agua y viento giró sobre nosotros en espantable remolino; las piedras rodaron en todas direcciones y el torrencial turbion me cegaba. Yo estaba protegido por los dos peñascos que á uno y otro lado tenía; pero,.... ¿qué sería de D. Luis?

Miré con ánsia en torno mio, y el terror paralizó mis labios; el capitán habia desaparecido. Poco despues pude verle, arrebatado por el huracán, balanceándose en el espacio..... El poncho, lleno de viento, servíale como de paracaídas.....

Grité, llamándole, hasta que enronquecí, y no obtuve respuesta alguna; los estrepitosos ecos de la tempestad contestaron sólo á mis voces.

CAPÍTULO III.

Bocetos biográficos.—En el promontorio.—Calzada de los gigantes.—Nuevo sobresalto.—El parte.—Desaparición del fondo social.

Antes de seguir adelante, creo que será oportuno manifieste al lector cuál era, aproximadamente, el aspecto físico-moral de cada uno de mis nueve compañeros de naufragio.

He dicho en otra ocasión que D. Luis Roisseau era un entendido hombre de mar, y añadiré ahora, que sus facciones, curtidas por el sol y las brisas oceánicas, respiraban bondad y hombría de bien por todos sus poros. Era algo rudo y torpe en sus maneras, achaque propio de los que, como él, pasan la mayor parte de su vida navegando. Aparentaba tener cincuenta y tantos años; sus cabellos estaban grises y apergaminada su epidermis; pero se conservaba fuerte y robusto, como pocos marinos suelen estarlo á su edad. Era hijo de un francés y una argentina, y esto explica el origen de su apellido.

Mis jóvenes compatriotas Ricardo y Juan Areco, de veintidos y veinticinco años respectivamente, eran verdaderas antítesis uno de otro. Jovial, franco, rubio como las candelas, y

de alta estatura era el primero; taciturno, reservado, de color cetrino y de escasa corpulencia el segundo. Ambos eran hijos de acomodadas familias de Buenos Aires, y en sus almas, aparte sus distintos tipos y caracteres, no había ninguna, como suele decirse.

El cocinero era un ente especial, rechoncho, barrigudo y de indefinible color. Hijo de una mulata de Puerto Rico y de un marinero español; estaba siempre contento como unas pascuas, nunca se le veía enfadado; sólo le sacaba de sus casillas el que se pusiese en tela de juicio su procedencia española, de la que estaba más orgulloso que de su antiguo origen los viejos hidalgos de las montañas de Asturias. Con esto, y con decir que confeccionaba excelentes guisos marineros, que decía llamarse *Pancho*, Francisco, *de Pravia*, y que por la preposición *de*, colocada entre su nombre y apellido, sería osado á pelear hasta con su misma sombra, queda dicho cuanto de él pudiera manifestar.

Seguía al digno *maestro*, en categoría descendente, el fogonero *Simnobre*. Nadie le conocía; sólo de un año atrás navegaba en el *Toro*: ¿De dónde era natural? ¿quiénes fueron sus padres? Ni él mismo lo sabía; también ignoraba si tenía nombre y apellido propios, y si le habían bautizado ó no. Estas perplejidades respecto á los antecedentes de aquel hombre trascendían asimismo á su apariencia física. ¿Era blanco ó moreno? ¿tenía el pelo rubio ó castaño? Su epidermis y sus cabellos estaban

tan impregnados del sutil polvillo del carbon de piedra, y tan ennegrecidos y tostados por el calor y el fuego de los hornos de la máquina, que era en verdad inaveriguable cuáles pudieron ser sus colores primitivos.

Parecia ejercer cierta autoridad é influencia sobre los marineros, y érame, sin darme cuenta de la causa, repulsivo y antipático. ¿Tendria aquel hombre la conciencia tan negra como su epidermis?

De los cuatro marineros merecia la confianza de nuestro buen capitán uno llamado Miguel Garzon. Era de origen francés, y quizás por esto alcanzaba tanta boga con D. Luis. De vivaracho y bullicioso carácter, siempre estaba en pugna con el maestro cocinero, porque sólo por el gusto de oírle, cuando se presentaba la ocasion, burlábase de los antecedentes nobiliarios de su nombre.

Dos de los otros marineros habian venido al mundo en la rica ciudad de Montevideo; parecian medio indios, y denominábanse á secas, respectivamente, *Juanote* y *Pedrote*.

El cuarto era español, como que habia nacido en Ayamonte, antigua poblacion de la costa de poniente en la provincia de Huelva. Desde que supo andar á gatas, segun él decia, iba dando tumbos por los mares á bordo de toda clase de buques. Sus compañeros le apodaban *Curro Trinquete*, aludiendo quizás á su enjuto cuerpo y alta estatura; él y el maestro Pancho de Pravia estaban siempre á partir un piñon, segun se suele decir.

Y ¿qué he de manifestarte, lector amigo, de mi humilde persona? Permíteme que en este punto guarde silencio; necesito observar el más riguroso incógnito, y á este fin, por razones que acaso te revelaré algun dia, no sólo reservo mi nombre, sino que omito toda clase de detalles acerca de mi individualidad.

Hechos á vuela pluma los esbozos biográficos que preceden, continuaré el curso de los verídicos sucesos de esta historia desde donde quedó pendiente en el capítulo anterior.

No sé cuánto tiempo permanecí en la cúspide de aquellas rocas despues de la desaparicion del honrado marino. El tiempo habia abonanzado considerablemente; calculé entónces que debia estar próximo el dia, y resolví esperarle, aunque estaba desfallecido y casi helado.

No tardaron las luces del alba en venir en socorro mio. A larga distancia divisé la gruta que nos servía de albergue; y exánime, entumecido, arrastrándome casi, empecé á descender de la altura en que me hallaba.

No sé si hubiera conseguido mi propósito; afortunadamente, mis compañeros de desventura, notando la falta del capitan y la mia, salieron en busca nuestra, y diéron conmigo en el preciso instante en que me abandonaban las fuerzas.

Condujéronme á la gruta, y con el dulce calor de la hoguera sentí reanimarse mi cuerpo; á las repetidas preguntas que me hicieron acerca del capitan, contesté con lágrimas en los ojos haciéndoles la historia de lo sucedido. El

más vivo pesar pareció pintarse en las fisonomías de aquellos hombres.

Organizóse una expedición para ir en busca de D. Luis, que todos, á mi juicio, amábamos á aquel leal y experto marino. Presa de inmensa postracion, yo me quedé en la gruta, acompañado del fogonero *Sinnombre*, que quiso permanecer á mi lado.

Trascurrieron algunas horas, y los expedicionarios volvieron de su excursion sin haber hallado rastro alguno del capitán. El mal tiempo continuaba abonanzando, pero nuestra situacion habia empeorado considerablemente. En aquel dia, segun lo acordado el anterior, debíamos empezar los preparativos de nuestra próxima partida; mas ¿cómo emprender ésta sin nuestro digno jefe? ¿cómo aventurarnos sin él en el interior de aquel desconocido é inhospitalario país?

Sabíamos que el capitán era hombre de recursos y valiente; y á no ser que el impetuoso viento le arrastrase con gran violencia al fondo de algun abismo y hubiera encontrado en él la muerte, era de presumir que ántes de mucho volveríamos á verle sano y salvo.

Nos propusimos no abandonar la cueva en los dos siguientes dias por si se presentaba el capitán ó se hallaba algun indicio de su persona; pero llegó la noche sin adelantar un paso en nuestras pesquisas. Cuando tornó á amanecer, dejamos muy de mañana al fogonero en la gruta, y dividiéndonos en dos grupos, salimos con el doble objeto de buscar al capitán y de

explorar el terreno por donde habíamos de emprender nuestra marcha.

Acompañado de Juan y Ricardo Areco y del orgulloso Pancho *de* Pravia, llegué á la costa y recorríla hasta aproximarme al promontorio, que habíamos divisado desde el *Toro* cuando entramos en el *fiord* la terrible noche del naufragio. Este promontorio se internaba gran trecho en el mar; las rocas basálticas que lo formaban amontonábanse en aquel punto, y parecían servir de base á un muro casi vertical de traquita.

Resolvimos avanzar hasta el extremo del promontorio con objeto de ver desde allí el mar y la costa, que seguía hácia el NE. La marcha á lo largo de él fué lenta y penosa; á menudo teníamos que deslizarnos por el cauce de impetuosos torrentes, que al precipitar sus aguas en el Océano, nos envolvían en nubes de vapores y espumas, las cuales, heridas por el sol, reflejaban todos los colores del arco iris.

Muchas veces tuvimos que escalar peñas muy escarpadas ayudándonos unos á otros, y en no pocas ocasiones nos faltaba algun punto de apoyo y rodábamos por su áspera pendiente. Constituía nuestro camino una mezcla singular de rocas basálticas, piroxénicas, traquíticas y de conglomerados y granitos rojos; estas rocas aparecían rotas, dislocadas, hendidas, como si violentas convulsiones geológicas las hubieran removido varias veces de sus antiguos asientos. Así y todo, aquel trayecto era el más practicable.

Llegamos, al fin, á la cima de un mogote bastante alto y de forma piramidal. Desde allí vimos extenderse, paralelamente á la costa, hasta perderse de vista, una larga série de columnas de basaltos negros y verdes, cuyas cabezas, dominando la superficie del mar, formaban uno de esos curiosos diques naturales que se ven á menudo en los países de origen volcánico.

No teníamos más que saltar de columna en columna para seguir más cómodamente nuestra marcha.

Ricardo y Juan Areco habian visitado la célebre *Calzada de los gigantes* en Irlanda, y no titubearon en aventurarse por aquel extraño camino. Yo temí resbalar y caer sobre aquellas rocas prismáticas; pero observando la facilidad con que mis amigos las recorrían, imité su ejemplo seguido del maestro de cocina.

Durante nuestra marcha por la *Nueva calzada de los gigantes*, como decían mis jóvenes amigos, comparándola con la de Irlanda, observé que en algunas partes los robustos prismas basálticos parecían derribados y como si formasen montones de ruinas de algun monumental edificio de tiempos remotos; el extremo superior de las verticales columnas que pisábamos afectaba formas polígonas, octaédricas y ligeramente cóncavas. Como estaban próximas unas de otras, no era difícil caminar por encima de ellas.

De este modo llegamos hasta el mismo extremo del promontorio; entónces volvimos á nuestras anteriores fatigas de escalamiento para

ascender á su alta cúspide. Desde ella podríamos divisar alguna embarcacion, que acaso nos recogiese; aunque por mi parte no lo hubiese consentido sin estar seguro del desgraciado fin del capitan.

Pero no se veia vela alguna en la inmensa porcion del Océano que abarcaban nuestros ojos desde que le contemplábamos desde aquella altura. La costa seguia la direccion NE., y á partir del promontorio, iba siendo cada vez ménos rocallosa y accidentada; á lo léjos distinguíanse extensas planicies de arenosas playas.

En el interior de la isla las sierras se sucedian á lo largo de la costa, dejando entre ellas y el mar una ancha faja de terrenos, espantosamente removidos y dislocados por las erupciones volcánicas á que está sujeto aquel país desde tiempo inmemorial.

Hácia la parte del S. y del O., la cordillera montañosa, cubierta en algunas de sus más elevadas cimas de nieves perpétuas, se prolongaba hasta perderse en el horizonte, presentando una region escabrosa y salvaje, en la cual casi no se veia vegetacion alguna.

El camino que el capitan nos habia indicado parecia el más fácil de seguir: achaparrados pinos y diferentes coníferas abundaban hácia aquella parte, distinguiéndose en ella, desde el promontorio, dilatadísimos bosques. No hallamos señal alguna de poblacion ni de la presencia del hombre; tampoco encontramos el menor vestigio que nos indicase la suerte del capitan.

Era bastante entrada la tarde cuando pensa-

mos en el regreso, y despues de comer algunos líquenes, de los que hicimos abundante acopio, emprendimos la marcha hácia nuestra granítica mansion. Era la primera vez que comíamos de aquellos criptógamos, y debo confesar, que aunque un si es no es coriáceos, no dejó de satisfacerme su estimulante sabor.

Mustios y cabizbajos volvíamos de nuestra excursion por no haber sabido nada de D. Luis; pero al llegar á la gruta nos esperaba mayor sorpresa y disgusto; habíase apagado la hoguera, y ni el fogonero *Simnobre*, ni ninguno de nuestros compañeros, se encontraban allí.

Salimos fuera y dimos repetidas voces llamándoles; mas sólo el eco repercutido en los peñascos, nos contestaba con un sordo murmullo.

Mortal inquietud se apoderó de mí. La oscuridad de la noche daba un tinte de lúgubre tristeza á mis pensamientos. El cielo mostrábase despejado, y sólo se veian algunas nubes aglomeradas en el horizonte, formando grandes *nimbus*. Quince minutos más tarde, la luna, próxima á su lleno, empezó á salir, alumbrando melancólicamente aquel agreste paisaje.

Volvimos á la caverna, recogiendo al paso algunas ramas de abeto que la tormenta habia derribado, y con ellas formamos una pila para alimentar la hoguera. Registráronse despues las cenizas, y no se halló en ellas brasa alguna: con un trozo de cuarzo, un cortaplumas águisa de eslabon y un trapo deshilachado conseguimos, tras muchas tentativas inútiles, encender lumbre.

—¿Se habrán extraviado?—exclamó el taci-

turno Juan, despues que nos colocamos alrededor del fuego.

—Lo dificulto—contestó su hermano

—¿Por qué? Se alejarían hácia el interior, y como es tan quebrado este país, nada hay más fácil que perderse en él.

—Pero, ¿y el fogonero que quedó aquí con encargo especial de no moverse, por si el capitán venía, se ha extraviado también?—repuse yo.

—El fogonero..... Tal vez no quisiera estar solo aquí y se reuniría á sus compañeros.....

—No es muy verosímil esa suposición.

—¿Nos habrán abandonado? —prorumpió Juan.

—¡Siempre receloso! —replicó Ricardo.— Abandonarnos..... ¿Con qué objeto? ¿Qué iban á aventajar? Tampoco es admisible esa idea.....

—¿Quién sabe lo que esto significal El hecho es que no se encuentran aquí.

—Pues sea lo que fuere—exclamé yo—considero oportuno poner alguna señal que les indique la situación de la caverna por si andan perdidos.....

—No es mal pensamiento—añadió Juan;— encendamos con algunos tizones y buena cantidad de ramas, sobre el peñascoso coronamiento de nuestro domicilio, una hoguera que pueda verse á larga distancia.

—Pues no hay que pensarlo mucho tiempo—gritó Ricardo con su ingénita vivacidad.

Y cogiendo algunas ramas encendidas salió de la gruta. Juan, el cocinero y yo le seguimos, llevando cada uno un brazado de leña.

La luna nos alumbraba con sus plateadas luces, y no nos fué difícil trepar sobre la caverna y encender allí un gran fuego; hecho lo cual, permanecimos al lado de él silenciosos y atentos á todos los ruidos, que pudieran revelarnos la presencia de nuestros compañeros.

La perspectiva que desde aquella altura se disfrutaba era maravillosa; las rocas, bañadas por la macilenta luz del astro de la noche, revestían los más fantásticos aspectos; sus sombras y matices contrastaban notablemente con la apariéncia brillante del próximo Océano. Ningun sér viviente producía ese agradable y acompasado murmullo, que en las espléndidas noches del estío causan los insectos en los países meridionales. Sólo alguna que otra vez se veía surcar el aire á algun buho lanzando su siniestro y peculiar graznido; una de estas grandes aves se posó á corta distancia de nosotros en un peñasco, y allí devoró un pajarillo, que sin duda acababa de arrebatár de su nido.

La luna se había elevado hasta ponerse en nuestro cénit. Volvimos llenos de inquietud á la cueva, y sin dirigírnos palabra alguna reanimamos el fuego, y nos recostamos en torno suyo, pensando en la extraña desaparición de nuestros compañeros de naufragio.

Tristemente pasamos la noche; excepción hecha del cocinero, que roncaba como un bendito, ninguno de nosotros pudo dormir un sólo instante. Cuanto más pensaba en la ausencia de aquellos hombres, ménos disculpable se me hacía su conducta. A las primeras vislumbres del

nuevo día, nos preguntamos qué debíamos hacer; cosa, en verdad, que á todos nos tenía perplejos.

Disimulando mis impresiones dije:

—Algun suceso extraño, de esos que no pueden ser previstos, ocasiona la tardanza de los marineros. Soy de parecer que no nos alejemos de estos sitios hasta adquirir la certeza de que no hemos de hallarles.

Aceptada mi opinion, debíamos proceder á practicar un minucioso reconocimiento en los alrededores. Era preciso que nos separásemos para hacer más práctica nuestra exploracion, y á fin de que pudiésemos regresar fácilmente á la caverna, acordamos colocar sobre la misma, en el punto en que hicimos fuego la noche anterior, un palo con un pañuelo en la punta á guisa de bandera.

Nos hallábamos á la sazón fuera de la gruta, y Ricardo recordó que en ella habia una larga rama de abeto, bastante recta y fuerte, que nos podría servir de mástil en aquel caso. Mi jóven compatriota penetró en la cueva para sacar la susodicha rama.

Con gran sorpresa nuestra salió á poco, agitando en la diestra un papel, y diciendo con emocionadas voces:

—¡Scandfiall! ¡Sólo á cuatro millas de distancia! ¡Allí se encuentra nuestro viejo capitán!

Las exclamaciones de Ricardo nos dejaron atónitos. Me acerqué á él, y arrebatéle el papel que nos enseñaba, pues comprendí que él sería el causante de su alborozo. Contenia algunas

líneas escritas con lápiz, y decía lo siguiente, que leí en alta voz:

«Desde el monte más elevado, al E. de la gruta, se divisa á lo léjos, hácia el S., un pueblecillo; es Scandfiall. En él se encuentra don Luis, segun nos ha dicho nuestro camarada *Simnombre*, que adquirió esta noticia de un ganadero islandés, con el cual tuvo la buena suerte de encontrarse. Scandfiall dista sólo cuatro millas, y determinamos ir en busca del capitán, ántes que por equivocados informes se aleje más de nosotros. Sigán ustedes nuestras huellas, y en Scandfiall nos reuniremos todos.—*Miguel Garzon.*»

El mulato cocinero, poseido de júbilo, empezó á palmotear; yo permanecí impassible.

—¿Qué es eso?—me preguntó Ricardo.—Cualquiera diría que nos satisface noticia tan plausible.

—No tal, amigo mio—contesté eludiendo la interpelacion.—Es que pensaba.....

Y así diciendo penetré rápidamente en la cueva. Esta era de escasas proporciones; apenas tendria doce metros de extension por siete ú ocho de anchura. Corrí hácia uno de sus extremos, y á la escasa claridad de la hoguera, divisé en aquel sitio á Juan Areco.....

—¡Ahl—exclamó éste al verme.—Hemos tenido el mismo pensamiento.

—Sí—murmuré agitado.—¿Qué hay? ¿Ha encontrado usted?.....

—Nada..... ¡absolutamente nada!—contestó el jóven con visible desaliento.....

Abalancéme hácia las rocas ofiolíticas, que formaban la pared en aquel extremo de la gruta, y lleno de ansiedad introduje mi diestra en una ancha hendidura que habia entre dos peñascos....

—¡Ha desaparecido! ¡Alguien se le ha llevado!—exclamé.

En aquella grieta habia escondido el capitan Roisseau el metálico y alhajas, que constituian el fondo social de que le habíamos hecho depositario.

Solamente Juan Areco y yo conocíamos el apartado lugar que encerraba nuestro pequeño tesoro. ¿Quién, pues, le habia sustraído de allí?

CAPÍTULO IV.

Camino de Scandfiall.—Detalles acerca del país.—Un francés.—Pancho *de* Pravia.—Navegando en la *Grand' Nav Française*.—Una falsa pista.

—Ni una palabra á Ricardo, ni al cocinero, digamos de este asunto—murmuré casi al oído de Juan.—Partamos inmediatamente para Scandfiall.

Y salimos de la caverna al tiempo que Ricardo y Pancho *de* Pravia entraban en busca nuestra.

—¡Marchemos! ¡marchemos para Scandfiall, amigos míos!—exclamé fingiendo una alegría que estaba muy léjos de sentir.—Pero—añadí—¿cómo hallásteis, Ricardo, este papel, que es la hoja de una cartera.....

—Pues sujeto con un pedazo de *filástica* (1) á la rama de abeto que entré á buscar..... Me apoderé de él, y á la llama de la hoguera leí su contenido.....

—¡No perdamos tiempo!—prorumpí entonces.—La Providencia guiará nuestros pasos.

Nos dirigimos á toda prisa hácia la montaña

(1) *Filástica*.—Hilos que sacan los marinos de los cables viejos.

que veíamos al E., según nos indicaba el marinero Miguel Garzon. Para llegar á ella teníamos que rodear una parte del *fiord*. Llevábamos una regular provision de líquen y marisco, y nuestros aparatos de natacion por si podian sernos útiles. Esto constituia toda nuestra fortuna.

La marcha á lo largo de los acantilados no estaba exenta de peligros; á la más leve pisada en falso podíamos caer al mar. Por fortuna, no nos ocurrió accidente alguno, y llegamos al pié de la montaña, desde cuya cima debíamos divisar á Scandfiall, y descubrir el camino que habian seguido los marineros.

Aquel dia, favorecidos por nuestra buena suerte, hallamos algo más comfortable que el líquen para nuestro alimento. Casualmente descubrimos al paso varios nidos de *eiders*, cuyos hijuelos, préviamente asados, nos supieron á gloria.

Se da el nombre de *eiders* á ciertas aves que habitan las regiones frias del N. Denominanse científicamente *Somateria mollissima*, y pertenecen al órden de las palmípedas, familia de las *lamelirostras*. Tienen cerca de 70 centímetros de largo; su color es negro inferiormente, y blanco en la espalda y las alas, con una raya negra en la cabeza que pasa por los ojos; el pico es verde gris. La hembra tiene color pardo; pone su nido en los huecos de las rocas que no son muy escarpadas; constrúyele con yerbas marinas, y le reviste despues de un finísimo plumon, que ella misma se arranca, y sobre el

cual deposita sus huevos, que tienen un color verde claro. Es un ave mansa, que no teme la presencia del hombre. El plumon que deposita en sus nidos constituye un ramo especial de caza, á que se dedican muchos islandeses.

Cuatro de estos nidos encontramos casi juntos, y nos apoderamos del plumon que contenian para convertirlo en dinero, pues yo había leído, no recuerdo dónde, acerca de él, lo que precede expuesto.

Terminada nuestra comida, comenzamos á ascender por los flancos de la montaña, que no eran muy escabrosos. Antes de tres horas dominábamos desde su cumbre gran parte del país. Nuestras miradas se dirigieron al sitio que el papel indicaba, y, efectivamente, vimos al SE. una pequeña poblacion, en la costa oriental de una larga lengua de tierra que se internaba en el Océano.

Pero ¡qué cuatro millas nos separaban de ella! Sólo á lo léjos, á gran distancia, distinguíanse apénas algunas débiles columnas de humo, que supusimos saldrían de Scandfiall. ¡Cuatro millas! ¡qué decepcion! No debíamos llegar aquella tarde, ni quizás en todo el siguiente día.

Nos orientamos bien acerca del camino que debíamos seguir, y determinamos andar todo lo que pudiéramos; pero al llegar la noche, aunque la luna alumbraba bastante, temimos extraviarnos, é hicimos alto al pié de un peñasco mogote. La fatiga del cuerpo pudo más en nosotros que la intranquilidad del espíritu, y

ántes de mucho mis tres compañeros y yo dormíamos profundamente.

Los rayos del sol naciente, dándonos en el rostro, nos hicieron despertar; acto continuo emprendimos la marcha. El terreno era sumamente accidentado; por todas partes veíanse cortaduras verticales, sinuosas vertientes, profundas grietas, y simas en cuyo fondo no penetraba el sol jamás.

Pareciónos ver á lo léjos un dilatadísimo bosque; pero cuando á la caída de la tarde llegamos á aquel sitio, desapareció el bosque como por encanto; en su lugar vimos, aglomerados en extraña confusion, incalculable número de peñascos, de infinitas formas y dimensiones, cuya granítica superficie revestía los más vivos y variados tonos del color verde. A larga distancia, aquel singular conjunto de rocas producía la más perfecta ilusion de un bosque visto en lontananza.

La Islandia, que con razon lleva el nombre de *Reina de las islas volcánicas*, es un país maravilloso por las excentricidades, permítaseme decirlo así, á que se ha entregado en él la Naturaleza.

No puedo resistir á la tentacion de trasladar aquí algo de lo que, algunos años despues de mi breve estancia en aquel país, he leído en diferentes autores respecto de Islandia. El lector podrá juzgar de mis impresiones por el siguiente resúmen:

La Naturaleza ofrece en aquella isla extrañas curiosidades por la doble accion de sus nume-

rosos volcanes y de los inmensos hielos que coronan sus cráteres. Las nieblas, tan frecuentes en aquel país, tienen á menudo un tinte rojizo.—«Durante la sequía, dice M. E. Robert, véanse enormes trombas y grandes nubes de polvo rojizo, mantenidas en suspension á gran altura en la atmósfera, en la cual permanecen á veces mucho tiempo, siendo despues trasportadas al mar á considerables distancias. Estas nubes empañan á su paso la parte inferior de la nieve que cubre las montañas, y en tales momentos el observador podria creerse en medio de una erupcion volcánica. Este fenómeno, notable y raro, se llama *místur* en el país.

»Si la atmósfera ofrece por un lado singulares relaciones con los fenómenos volcánicos, el suelo entero de la isla conserva, por otro, los más sorprendentes vestigios de la accion de los fuegos subterráneos. Las montañas de Eria, situadas cerca de Reykiavick, capital de la isla, parecen desde léjos cubiertas de floreciente vegetacion. Sus escarpadas laderas, sumamente áridas, deben esta apariencia al vistoso color verde de las rocas que componen la mayor parte de la cordillera, cuyas capas superiores presentan una gran variedad de tonos. La montaña de Husaell, en el valle de Reykolt, cerca de Thingvallir, tiene sus cumbres moradas. En la costa, al pié de las nevosas montañas, dilátanse playas negras ó encarnadas como sangre, segun la naturaleza de las arenas. Las aguas de los *fjords*, circuidas de altas peñas basálticas, tienen tambien á veces un tinte rojizo, proce-

dente de la descomposicion de las rocas ó del color de las corrientes submarinas, trasmitido á través del prisma de las aguas. Numerosos hielos flotantes, trasportados por las corrientes del polo, van á menudo á encallar en los fiords, y difunden la dulzura de sus matices azules, realizada por el verde brillante del mar que los baña.

»Los glaciares, parecidos á inmensos diamantes incrustados en la lava, iluminan con su brillo los profundos valles que rodean los montes volcánicos, cuyas negras laderas presentan líneas luminosas, trazadas en zig-zag por la espuma de los torrentes. Cerca de uno de éstos, el Silfurdœkir (riachuelo de plata), existe el mayor yacimiento de espalto de Islandia; hermosa masa cristalina, trasparente y pura, blanca como el nácar, que forma un espeso filon, en medio del cual ha abierto el torrente su lecho.

»En los días de verano, la pureza del aire, la limpidez de la luz aumentan la extraña belleza de esos contrastes de formas y colores, que producen entónces magníficos golpes de vista, y trasforman la Islandia en un país encantado. Pero en los días de invierno, tan numerosos allí, es muy distinto el aspecto de esa pobre y poética tierra, situada entre los hielos del polo y los fuegos del abismo.»

Caminamos todo aquel día con incansable afan, y sólo cuando se aproximaba la noche apercibimos, bastante léjos aún, la deseada Scandfiáll. Dada nuestra impaciencia, no era

posible que la noche nos detuviese á su vista. La luna entraba en su lleno, y se levantó majestuosa sobre el horizonte; alumbrados por su luz seguimos caminando, porque con la poblacion al alcance de la mirada, no temíamos ya sufrir ningun extravío en nuestra ruta.

A la mañana siguiente entrábamos en la aldea, porque gran parte de la noche estuvimos detenidos por un torrente. Componíase la poblacion de unas cien chozas; parecía desierta, pues no se veia á ninguno de sus habitantes; pero despues supimos que estaban ocupados en derretir la grasa de las focas que aquellos dias habian cazado.

Como nadie notó nuestra presencia, llamamos á la puerta de uno de aquellos rústicos albergues; pronto presentóse en su dintel una mujer vestida con tosca saya y llevando en la cabeza un gorro de lana. En balde intentamos hacernos comprender de ella y descifrar lo que nos decia.

Nos alejamos de allí, y al extremo de la única calle que tenía la poblacion, vimos el sitio destinado á las preparaciones de la pesca; muchos islandeses se ocupaban en las diferentes faenas que constituyen aquella industria. Buen número de focas y otros animales marinos yacían tendidos en la ancha playa donde tenian lugar las citadas manipulaciones.

El aspecto de aquellas gentes era miserable; llevaban por todo vestido blusas harapientas que relumbraban con la grasa de pescado que las cubria.

Apénas nos divisaron suspendieron sus faenas y pusieronse á mirarnos con la más cándida curiosidad. Nada de repugnantes tenían sus rostros; advertíase en ellos una mezcla extraña de incomprendible tristeza é infantil alegría. A caso correspondía su expresion á los distintos aspectos que segun las estaciones presentaba su país.

Acerquéme á uno de los isleños para entablar conversacion con él, si era posible que nos entendiéramos, cuando un hombre, que tenía aspecto de ser hijo de la Europa central, dirigióse á nosotros en lengua francesa, que resultó ser la suya.

A este hombre, tan providencialmente depurado, manifestéle el objeto de nuestro viaje, dándole cuantos pormenores el caso requería.

—¡Ta, tal!—respondió con maligna sonrisa aquel hombre que era entrado en años.—El capitán Roisseau, como le llamas, ha salido el día anterior en una lancha pescadora para Reykiavick; y en cuanto á los marineros..... los marineros llegaron despues, y con el ánsia de ver tambien á ese capitán, marcharon en seguida por tierra á Tykebæ, donde llegarán dentro de cuatro días.....

—Y ¿por qué no tomaron otra lancha?—pregunté.

—¡Ta, tal porque no tenían *quibus*.....

—¡No tenían dinerol!—prorumpí involuntariamente.

Al mismo tiempo una mirada de inteligencia cruzóse entre Juan Areco y yo.

—¡Ta, tal!—siguió diciendo el locuaz francés
—Parecian unos pobretones.....

—¿Cuántos eran?—preguntó el taciturno Juan.

—¡Ta, tal Eran.... eran los cinco dedos justos de la mano. No tenían, ni con mucho, vuestro aspecto. ¡Ya quisieran ellos! Con que, vamos, ¿necesitan una barca para ir á Reykiavick á ver al capitán Roisseau? Pues yo tengo una que no la hay más velera en estos mares. Yo soy así; como buen francés, campechano y.... ¡Donde está un francés está la Francia! ¡*Vive l'Empereur de la France!*

El entusiasmo napoleónico del francés hizo-nos reir sin gana. Él continuó diciendo:

—¡Ta, tal ¡Esto es una maravilla! Por cuatro *rixdales* (1) nada más, ó sea por cerca de veinte francos cada uno, hareis una famosa travesía en mi barca, que lleva por nombre la *Grand' Nau Française*. ¡*En avant!* ¡A la mar! ¡á la mar!

Nuestra situacion era angustiosa por demás. Yo apenas escuchaba á aquel hombre; no podíamos aceptar sus ofrecimientos por carecer de recursos; así, pues, nos veríamos obligados á continuar por tierra nuestro camino, en la casi certidumbre de no alcanzar á los otros náufragos, que nos llevaban tres días de delantera. En cuanto al capitán, también parecia problemático que pudiésemos hallarle en Rey.

(1) *Rixdale*.—Moneda de plata, cuyo valor equivale á 4,60 pesetas

kiavick, si su objeto al ir á esta poblacion consistia únicamente en cerciorarse de que habia surto en el puerto algun buque que quisiera recibirnos á su bordo.

Causábame gran extrañeza en D. Luis, que tanto se habia opuesto á nuestra marcha á la capital de la isla, abogando porque nos dirigiésemos á los puertecillos de la costa oriental, hubiese desistido de este propósito.... Semejante anomalía llenábame de confusion y perplejidad.

Miéntras estas y otras reflexiones por el estilo ocupaban mi imaginacion, proseguia el francés con impertérrita sollicitud haciéndonos sus ofertas.

—¡Lo último, *messieurs*, lo último! —decia— ¡Por tres *rixdales* nada más! por tres *rixdales* hareis la travesía desde aquí á Tikebæ en la famosa barca la *Grand' Nau Française*.

Ya iba á contestar negativamente á las instancias de aquel hombre, cuando adelantóse hácia mí Pancho *de Pravia*, diciendo:

—Si quiere su merced.... ¡vamos! yo pagaré el pasaje en la barca....

—¿Tú tienes dinero?—exclamé con extrañeza.

El mulato, enseñando sus blancos dientes por forzada sonrisa y un si es no es confuso, contestó:

—Sí, tengo porque....

No pudo acabar de explicarse; Juan Areco se abalanzó á su cuello gritando:

—¡Tú! ¡tú has sido el ladron, miserable!

Era el cocinero hombre robusto y rechazó enérgicamente la agresión de mi joven compatriota; casi al mismo tiempo interveníamos en la contienda su hermano Ricardo y yo. Sujutando entónces al *maestro* por un brazo, le dije:

—El depósito que hicimos en manos del capitán de cuanto poseíamos de algun valor, ha sido robado.....

—¡Robado! ¡robado!—prorumpió el cocinero abriendo desmesuradamente los ojos.—¿Y se cree que yo..... que yo he sido el....?

—No se cree nada—repuse.—Pero ¿qué procedencia tiene el dinero que posees?

—Pues.....—tartamudeó el mulato.—Son..... vedlo, vedlo.....aquí están. Doscientos francos en luses de oro y de plata.....

—Bien; mas ¿cómo están en poder tuyo?

—Cuando..... cuando dimos todos al capitán lo que en nuestros bolsillos teníamos..... Yo..... ¡vamos! se me olvidó que, cosida á la pretina del pantalón, llevaba esta cantidad..... Pero yo nunca he sido ladrón..... ¡ladrón! ¡Yo me llamo Pancho *de Pravia*! ¡Yo soy un español honrado! ¡Ninguno que lleva mi nombre es capaz de..... de..... del.....

Y la indignación y la vergüenza parecían ahogar el término de la frase en su garganta; su sinceridad era evidente.

—Nuestras sospechas han sido injustas—exclamé;—lo confesamos y nos arrepentimos.

Juan Areco, que á pesar de su carácter tenía un corazón de oro, estrechó la mano del cocinero, diciéndole:

—Perdóname, amigo mio.

Por las mejillas del mulato resbaló una lágrima de gratitud y reconocimiento.

Los islandeses nos miraban llenos de asombro, aunque sin comprender una palabra de todo aquello, porque hablábamos en español.

Ciertamente, que el maestro de cocina, no entregando á D. Luis aquella suma, por olvido ó deliberadamente, habia cometido una mala acción; pero ésta nos salvaba entónces, casi providencialmente, del conflicto en que nos hallábamos. A título de préstamo acepté los doscientos francos de que Pancho *de Pravia* formó decidido empeño en desprenderse.

Por doce *rixdales*, unos 45 francos, quedó ajustado con el francés nuestro pasaje á Tykebæ. Acto contínuo, precedidos del patron y de dos marineros islandeses, son embarcamos en la barca, que era una verdadera cáscara de nuez con una sola vela, á pesar del pomposo nombre con que la habia bautizado su dueño.

Orientóse la vela al viento, que era algo frescachon, y empuñando el francés la barra del gobernalle, nos dijo:

—¡Ta, tal! Como siga esta ventolina, y podamos ir con ella á todo un largo, llegaremos al par del capitan; la lancha que le conduce, comparada con la *Grand' Nau Française*, es una mala boya, y como además tiene que recorrer, ántes de rendir viaje, los *fiords* de la costa meridional para vender en las aldeas que en ellos se encuentran su cargamento de bacalao,

resulta que no podrá llegar á Tykebæ en ménos de cuatro dias.

Pronto perdimos de vista á Scandfiall; sus habitantes nos contemplaban desde la orilla. Seguimos navegando á lo largo de la costa, y ántes de la noche llegamos al cabo Portland, formado por elevadas escarpas de granito; doblámosle con facilidad auxiliados por el fresco viento del SE.

El francés mostrábase locuaz y decidor como de costumbre; no sabia qué hacer para agradarnos, y por más que disimulaba, no le era posible ocultar su satisfaccion. Tal vez no se le habia presentado en aquel país otra ocasion en que ganar tan crecida suma, como en nuestro viaje á Tykebæ.

Sin accidente, que digno de contar sea, llegamos al punto de nuestro destino á la caída de la tarde del siguiente dia.

Desembarcamos precedidos del francés, que, haciendo las veces de *cicerone*, nos buscó alojamiento en casa de unos compatriotas suyos; condújonos á ella, y salieron á recibirnos un hombre y una mujer de edad madura, y vestidos á la europea. El dueño de la choza á que se daba el nombre de casa, M. Mooré, nos instaló en un pequeño cuarto, en el que apénas podíamos revolvernos.

Nos trajeron poco despues la cena, compuesta de pescado en diferentes salsas, y por toda bebida nos dieron una especie de licor, de sabor ágrío, que llamaban *skyr*. Miéntras hacíamos por la vida dirigimos á Mooré repetidas pre-

guntas acerca de los forasteros que ántes que nosotros hubiesen llegado á la poblacion; y nos dijo, en respuesta, que en la noche del precedente dia habia desembarcado, y vueltose á marchar con rumbo á Reykiavick, el profesor de matemáticas de la capital, y que aquella mañana, los cinco marineros á que aludíamos, despues de preguntar por el profesor, y de saber que habia partido, dirigieron por tierra á la capital de la isla.

Helados y mudos de sorpresa nos dejó el relato, y las explicaciones que le siguieron de M. Mooré. No seguíamos las huellas del antiguo capitan del *Toro*, sino las de un profesor de la Universidad de Reykiavick, que venía de practicar un reconocimiento geológico en los montes orientales del Myrdels, en cuya expedicion dejó sus guías en un *boer*, ó hato de ganado próximo á Scandfiall.

Hallábame presa de terrible indignacion contra el destino, que parecia complacerse en rodearnos de contrariedades y decepciones.

—Pero ¿no me digisteis—exclamé volviéndome poseido de irritacion hácia el francés de la barca que estaba presente—no me digisteis—repetí—que el capitan Roisseau, que el hombre que buscábamos tendria poco más de cincuenta años, que sus cabellos estaban grises, y oscuro y apergaminado su cutis? ¿No manifestásteis, además, que sus ojos eran azules, y bondadosa é inteligente su fisonomía.

—Todo eso dije porque así era la verdad.

—Pero es el caso—prorumpió Mooré—que

todas esas señas concuerdan exactamente con las del profesor de matemáticas.

—Y como yo no conozco á tal profesor—añadió el francés—y ménos sabía que anduviese por los alrededores de Scandfiall, supuse, por lo visto, que él era el capitan Roisseau.....

Evidentemente nos perseguia la fatalidad.

CAPÍTULO V.

Caminando tierra adentro.—La Marmita del Diablo.—El Gran Géiser.—Reúnense los naufragos.—Explicaciones.—El Hecla y sus erupciones.

Era indispensable que al amanecer del siguiente día partiéramos en busca de los marineros; no solo para deshacer el error de que también eran víctimas, sino para averiguar quién ó quiénes de entre ellos habían sustraído los valores de que era depositario D. Luis. Caminaban á pié, y si nosotros nos proporcionásemos caballos, fácilmente les daríamos alcance.

Mooré nos facilitó las cabalgaduras que necesitábamos, mediante un rixdal por persona cada dia de camino. El francés de la barca se había marchado en la pasada noche, según nos dijo nuestro huésped. ¿Nos había engañado con entero conocimiento de causa ó inocentemente?

No he podido averiguarlo; pero su repentina desaparición sin despedirse de nosotros, me hace sospechar lo primero.

Cambiamos las últimas saluciones con los esposos Mooré, y montando á caballo, partimos detrás de un guía, que por la propina de dos rixdales, prometió llevarnos á buen paso y por

los más cortos caminos. Montaba otro caballo, y á cada instante avivaba los nuestros, que eran de pequeña alzada, á latigazos. Con la familia Mooré, á quien servía, aprendió algunas palabras francesas, y gracias á esto, podíamos medio entendernos con él.

Quisimos conocer el itinerario de nuestro viaje, y, aunque con suma dificultad, comprendimos, que pasaríamos cerca de los célebres *geiseres* y del volcan Hecla. El viaje iba á tener cierto aspecto instructivo y agradable; más ¡ah! que ninguna de sus sorpresas sería bastante á calmar nuestras inquietudes acerca del porvenir.

El terreno, aunque quebrado, se hacía fácil al paso de nuestras cabalgaduras; de tarde en tarde pasábamos por alguna aldehuela, cuyos habitantes nos seguian largo rato con sus curiosas miradas.

Marchábamos directamente al N. y, segun nos manifestó nuestro guía, ántes de tres dias avistaríamos el Hecla, en cuyas inmediaciones alcanzaríamos tal vez á los marineros; él estaba encargado de tomar noticias suyas en todas las aldeas que encontrásemos; para hacernos comprender que iban delante extendia la mano á lo largo del camino.

Pasamos aquella noche en un *boer*, acompañados de los ganaderos que lo ocupaban. Cenamos perfectamente con el bacalao de que íbamos provistos, y nos echamos á dormir despues sobre un monton de musgo.

El suelo de Islandia, sujeto en todos los

tiempos á las más bruscas modificaciones, presenta en ciertos parajes recintos circulares de altas rocas, donde los islandeses encierran sus ganados cuando se alejan de las poblaciones para pastorearlos. En estos recintos construyen una choza, en la cual pasan las noches y los malos días. Esto es lo que en aquella isla se llama un *boer*.

En la mañana siguiente supo nuestro guía, en una aldea, que habian pasado allí la noche los cinco marineros, y que se encontrarían, á la hora en que habíamos llegado nosotros, á dos millas de distancia.

—¡Dos millas! ¡Si fueran como las cuatro de marras...!—dije para mis adentros.

El guía nos dió á entender con su mímica especial y señalando á una elevada montaña cubierta de nieve, que denominó *Hekla-jokull*, que hasta allí no alcanzaríamos á nuestros compañeros.

—¡Cómo!—exclamó Ricardo.—Este buen islandés no sabe lo que se pesca. El volcan que señala dista lo ménos catorce leguas de nosotros; ahora bien, ¿las dos millas de delantera que tienen á su favor los marineros, es bastante ventaja para que, á pesar de ir nosotros á caballo y ellos á pié, nos lleven quince leguas adelante detrás de sí? O el guía se equivoca ó trata de explotarnos como el célebre patron de la *Grand Nau Française*.

Pedimos explicaciones acerca de aquella incomprendible charada, y de ellas sacamos en limpio, que cada milla en aquel país equivale á

casi dos léguas nuestras, por lo cual, los otros náufragos del *Toro* nos precedían en cuatro leguas, sobre poco más ó ménos.

Anduvimos sin descanso todo el día por terrenos salvajes y accidentados á extremo tal, que los caballos no adelantaban en ellos más que un hombre á pié. Volvimos á pasar la noche en otro *boer*; el pastor ó ganadero que le habitaba nos dijo, que los hombres que seguíamos habian pasado por allí aquella tarde y dormido en otro *boer* por indicaciones suyas, el cual distaba de aquel sitio tres cuartos de milla; esto es, legua y media.

Mucho ántes de aparecer el día, nos pusimos en marcha, dirigiéndonos al *boer* en que se habían albergado los marineros. El *Gran Géiser* se encontraba á tres millas, seis leguas, de aquellos parajes; quizás aquella tarde nos reuniríamos á Miguel Garzon y á sus camaradas.

Después de salir el sol empezamos á caminar por tierras pantanosas, que dificultaban bastante la marcha. Cuando llegamos al *boer* designado se nos indicó, que como hora y media ántes le habian abandonado nuestros hombres; áun pudimos ver sus huellas en el esponjoso y blando suelo.

No teníamos más que seguirlos para alcanzarles. El tiempo estaba calmoso, y el sol abrasaba en aquellas escuetas llanuras; solo de vez en cuando algun bosquecillo de abetos ó abedules nos proporcionaba algunos instantes de sombra y de frescura.

Trascurrieron las horas: pálidas luces lanza-

ba ya el sol poniente cuando, despues de pasar por un estrecho sendero roquizo, desembocamos en una gran hoya circular parecida á los *boers*, aunque mucho más grande. Allí, segun los últimos cálculos del guía, debíamos reunirnos á los tripulantes del *Toro*; pero ni á larga distancia se les veia; sin embargo, no debian hallarse léjos, porque sus huellas parecian recientes.

Nos dirigimos al centro de la hoya; en él se veian unos pequeños montículos, que apénas se elevaban del suelo: eran los *géiseres* tan celebrados de Islandia; en aquel momento no estaban en erupcion.

Aun no era de noche cuando llegamos á uno de aquellos montículos, formado de caliza muy dura y casi en vías de cristalización, en cuyo interior se encerraba un estanque circular de poco diámetro; las aguas que llenaban su cuenca estaban calientes y agitadas hácia el centro, donde á cada instante reventaba en la superficie una ampolla de vapor acuoso. Ruido sordo y continuo, semejante al que produce una gran caldera cuya agua hierve, se sentia en el interior del estanque.

Nuestro guía le denominaba *Strokur*; más tarde supimos que llamábasele tambien en el país *Marmita del Diablo*, á causa del continuo hervor de sus aguas. Las ampollas de vapores que á menudo estallaban, fuéron cada vez más continuas y de mayor tamaño; ántes de mucho presenciáramos el fenómeno de una erupcion de agua.

El guía buscó y trajo un monton de musgo, y despues de arrojarlo en medio del estanque, nos hizo retirar á cierta distancia. El musgo echado al *géiser* no tardó en excitar las burbujas de vapores, que subian por el tubo inferior de la fuente, y el agua fué elevándose gradualmente hasta que, de pronto, adquirió tal fuerza, que lanzó con ímpetu una gruesa columna de agua hirviente de más de quince metros de altura, desde la cual descendió en cascadas de espumas y de colores.

El fenómeno habia concluido y la *Marmita del Diablo* tornó á recobrar su continuo hervor. Aquel magnífico espectáculo nos hizo olvidar por un momento nuestras penalidades.

Algunos *géiseres* lejanos elevaron tambien sus aguas en vistosos surtidores, aunque á poca altura. Nuestro guía nos condujo entónces á un montículo de mayor tamaño que los otros, diciéndonos que no tardaríamos en observar una sorprendente erupcion. Nos hallábamos delante del *Gran Géiser*; esta palabra significa tambien en idioma islandés *furor*.

El estanque tendria 16 metros de N. á S. y 18 de E. á O.; sus aguas eran muy profundas. Cuando llegamos cerca del montículo, fuertes sacudidas del suelo indicaron que el fenómeno iba á verificarse. Tres ó cuatro gruesas burbujas de vapor estallaron de repente, y un chorro de poca altura se elevó del centro; despues todo volvió á quedar en el mismo estado. Esto se repitió por cuatro veces seguidas; entónces vimos surgir del estanque una gran columna de

agua envuelta en torbellinos de humo que se levantó á considerable altura; su inmenso caudal cayó sobre las aguas del estanque, desbordándolas y haciéndonos retirar de allí más que de prisa.

La noche habia cerrado completamente, y nuestro guía nos llevó, á través de la hoya donde estaban los *géiseres*, á hospedarnos á un *boer* próximo, único que en aquellos parajes existia. Cuando llegamos al confin del vallecillo, la oscuridad de la noche se hizo más intensa; la luna tardaria aún dos horas en salir.

Una hora despues nos deteníamos á la puerta del hospitalario *boer*; en ella presentóse una mujer que nos recibió con gran deferencia. Nuestro guía instaló los caballos en el recinto ó corral formado por la lava condensada, y penetramos en la choza, á la cual, excepcion hecha de nosotros, no habia aportado en todo el dia forastero alguno.

¿Qué sería de los marineros del *Toro*? Confieso que ya me cansaba la especie de persecucion que sobre ellos ejercíamos, porque, por más que lo esperaba, no le veia término inmediato.

La familia que nos albergó componíase de una mujer de aspecto sencillo y humilde, de su marido ya entrado en años y de siete chiquitines, que no se estaban quietos un sólo instante. Dimos á nuestra patrona abundante racion de bacalao para que nos confeccionase la cena, y lo hizo á las mil maravillas. Su esposo nos obsequió, despues de cenar, con leche fresca y pura.

Estábamos rendidos por la fatiga del viaje, y nos acostamos sobre algunos montones de musgo seco que había en un rincón de la choza. Trascorrido un instante, cuando aún no habíamos conciliado el sueño, sentimos llamar á la puerta del *boer*; abrióla nuestro patrón y oímosle que entablaba en su idioma con el recién llegado expresivo coloquio. Quizás algún forastero solicitaba hospedaje por aquella noche.....

Animado por no sé qué presentimiento me embocé en la manta, pues sentíase bastante frío, y corrí hácia la puerta; Ricardo, Juan y el cocinero, hicieron lo mismo. En aquel momento el islandés recién venido, silbó dos ó tres veces desde la puerta. Nuestro guía, que aún no se había acostado, se nos acercó y en su lengua natal nos dijo: *jellos!*

Casi al mismo tiempo apareció en la puerta Miguel Garzon y sus cuatro compañeros. Viva emoción y sorpresa les produjo nuestra presencia; abrazáronnos casi con lágrimas en los ojos, y no se cansaban de vernos y dirigirnos cien preguntas á la vez. Correspondimos á sus muestras de afecto, aunque con cierta reserva por mi parte; era necesario esclarecer el hecho de la sustracción de los valores que tenía en su poder el capitán Roisseau.

Observábales yo atentamente, uno por uno, en sus fisonomías, en sus acciones, en sus palabras; nada sospechoso advertí. Fijéme con especialidad en el fogonero *Simnobre*; ninguna cosa noté en él que pudiera alarmarme ó justi-

ficar mis recelos. Resolví guardar silencio por entónces.

Les hicimos conocer la causa que nos indujo á seguirles, que no era otra sino la de reunirnos y evitarles un viaje inútil, pues habian sido, como nosotros, víctimas de un deplorable error. Estupefactos les dejó esta noticia. ¡Qué de in- vectivas y apóstrofes dirigieron al pobre profesor de matemáticas!

Miguel Garzon tomó la palabra, y contónos con pintorescos detalles todos los accidentes de su peregrinacion en pos del supuesto capitan.

Hé aquí muy en extracto su relacion:

«Cuando él y sus compañeros, al otro día de la desaparicion de D. Luis, salieron en busca suya, dirigieronse por los acantilados del *fiord* hasta las primeras estribaciones de una gran montaña. Ascendieron á su cumbre, y desde ella divisaron á lo léjos un pueblecillo. Poco despues se les incorporó *Simnombre*, que les buscaba para decirles habia encontrado á un islandés, conductor de ganado, el cual aseguróle que en la noche precedente pernoctó en su pueblo un individuo, cuyas señas se diferenciaban poco de las del capitan. Esta noticia causóles gran regocijo, y se encaminaron á la cueva á objeto de comunicárnosla; mas como no nos encontraran allí, y deseando reunirse cuanto ántes á su patron, partieron para Scandfiall, dejándonos escrito el papel que ya conoce el lector.

»Al llegar á la poblacion citada, guiados siempre por falsas apariencias, de las que tam-

bien fuimos víctimas, no titubearon, puesto que carecían de toda clase de recursos, en emprender por tierra y á pié el camino hasta Tykebæ, creyendo seguir las huellas de D. Luis. Pero en dicho pueblo acontecióles lo mismo que en Scandfiall, y sin desanimarse por este contratiempo, dirigiéronse hácia Reykiavick, en cuyo trayecto les dimos alcance. El recuerdo de las miserias y desdichas que en aquel penoso viaje experimentaron, traía lágrimas á sus ojos. Hubiérales hecho sucumbir el hambre y la fatiga, si los islandeses, que en médio de su pobreza cumplen con los deberes de la hospitalidad, no les hubiesen dado abrigo en sus *boers*, y aunque escaso, algun alimento para sostener la vida.»

Miéntas hablaba Miguel Garzon, mi inteligencia pugnaba por penetrar el misterio del robo verificado en la caverna. ¿Serian aquellos hombres los autores de él? Pero si habian cometido tan indigna accion, ¿á qué fin arrostrar tantas penalidades y tener el decidido empeño de reunirse al capitán?

Bajo la impresion de estos pensamientos, apénas acabó su relato el marino, reclamé la atencion de todos y me expresé en los siguientes términos:

—Menguados azares de la fortuna nos han traído á la más triste situacion; nuestra desgracia es comun, y en caso tal, el interés de uno constituye el de todos; sólo un pensamiento y una voluntad debian presidir nuestras acciones; desgraciadamente no es así. A falta del capitán, yo, como armador del buque en que nave-

gábamos, debo considerarme jefe vuestro. Entre nosotros hay alguien que no se conduce honradamente, alguien que es indigno de estar en nuestra compañía.....

—¿Quién es? ¿quién es?—exclamaron á un tiempo Miguel Garzon, *Simnobre*, *Curro Trinquete*, *Juanote* y *Pedrote*.

—No os le puedo señalar—repuse.—Conozco el hecho, mas no la mano criminal que le ejecutó.

—Pero ¿de qué se trata?—preguntó el fogonero dando vueltas á su gorra entre las manos.

—Se trata—dije encarándome con él—de un robo.

—¡De un robo!—exclamaron á una los marinos.

—Sí, de un robo—repetí, examinando sus fisonomías.—Los valores de que hicimos depositario al capitán, habíalos éste guardado en una ancha hendidura de las rocas en la misma cueva; únicamente Juan Areco y yo conocíamos el lugar en que se hallaban; uno de vosotros los ha sustraído, porque cuando abandonamos la caverna no se encontraban allí.

Recelosas miradas dirigiéronse unos á otros aquellos cinco hombres. Parecían recriminarse mutuamente el hecho, sin que ninguno se diese por aludido.

—Pues yo declaro ahora mesmo—gritó *Curro Trinquete* poniéndose en pié—que entregué al capitán diez pesos como diez soles; y que yo, ¡mala tintorera me traguel no pierdo mis monises, y que el *chori* que ha cometió esa in-

digníase las tiene que haber con mi presona.

—Antes—objetó flemáticamente el fogonero —será preciso averiguar, ¿digo, me parece á mí quién apagó los fuegos de la fornalla; esto es, quién se ha cargado con el santo y la limosna.

—¡Yo no he sido!—exclamo Miguel Garzon en impetuoso arranque.

Los dos semi-indios, *Juanote* y *Pedrote*, mirábanse uno á otro con el aire más estúpido del mundo, como si no comprendieran lo que allí pasaba.

—¿Por qué—dije á la sazón interpellando á *Simnobre*—habiéndole encargado que no se alejase de la caverna por si volvía el capitán, no cumplió usted con este mandato?

—¡Tomal no eran mis ánimos faltar á él; pero andando, andando, subí á un ribazo por si veía venir al patrón; y allá, lejos, muy lejos, divisé á un hombre... pastor, ganadero ó qué diablos sé yo, que conducía á pastar algunos caballos... Ese hombre, pensé yo, tal vez sepa algo del capitán... Esta idea no era mala, ¿digo, me parece á mí Ustedes se habían ido por los acantilados del *fjord*; los otros camaradas tomaron el camino del E.; ninguno de los dos grupos podía encontrarse con el hombre de los caballos... Resolví preguntarle yo acerca de lo que tanto nos interesaba saber. Y echando unas cuantas paletadas de carbón á los hornillos, corrí, corrí sin descanso hasta alcanzarle... Lo demás, ya lo saben ustedes, ¿digo, me parece á mí

El aplomo del fogonero me confundía; mis sospechas respecto de él parecíanme injustas.

—Los señores Areco y yo—dije entónces—nos hubiéramos visto en tan precaria situación como ustedes si nuestro buen cocinero, obrando involuntariamente, según asegura, no incurriese, como incurrió, en la grave falta de reservarse 200 francos.....

—¡Ahl—gritó *Simnobre*—¿con que el señor Pancho tiene dinero?... Pues no hay que preguntar quién ha sido el ladrón.

—¡Pancho *de Pravia*—vociferó el mulato—no ha hecho jamás cosa tan sucial

Y diciendo así, se habría arrojado sobre el fogonero á no intervenir yo oportunamente.

—Pues lo mejor, ¡digo, me parece á mí!—exclamó *Simnobre*—es que se nos registre á todos. Yo empiezo; aquí están mis bolsillos..... aquí están mis ropas..... ¡que se veal ¡que se veal!

En resúmen, lector mio: nada conseguí poner en claro sobre aquel asunto. Sólo una idea, verosímil hasta cierto punto, pudiera explicar el enigma, y era que nuestro viejo capitán llevase consigo aquellos valores el día de su desaparición. Apuntó la especie el fogonero, y aunque yo no la encontraba muy admisible, aparenté aceptarla por entónces.

Tratamos despues de la cuestion, mas interesante que nunca, de encontrar á D. Luis. Evidentemente no había muerto, pues en nuestras exploraciones hubiésemos, de lo contrario, visto algunos despojos de él. Tal vez había vuelto á la gruta despues de abandonarla nos-

otros, y suponiendo que caminábamos á lo largo del litoral, segun nos aconsejó su experiencia, habríase desde luégo dirigido á aquellos parajes. A la citada costa, sin pérdida de tiempo, debíamos emprender la marcha, por si teníamos la doble satisfaccion de hallar á nuestro jefe, y surto en alguno de los puertecillos de aquel extenso litoral un buque que nos llevase á países civilizados.

Para volver de nuevo á Tykebæ exigíonos el guía una suma igual á la ajustada para la venida, lo que mermaria en gran manera nuestro exíguo capital. Pero de este conflicto nos sacó el dueño del *boer*, comprometiéndose á llevarnos á una aldea de la costa que distaba poco, en cuyo punto podríamos utilizar para ir á Tykebæ la barca de un su amigo.

A la mañana siguiente pagamos al guía, y se despidió de nosotros marchando con sus caballos en direccion opuesta á la que debíamos seguir. Tambien el islandés, que como guía voluntario acompañaba á Miguel Garzon y á sus cuatro compañeros, tomó el camino de Reykiavick, pues á una aldehuela próxima á aquella poblacion se dirigia. Nosotros, precedidos de nuestro huésped, nos encaminamos con cuanta rapidez nos fué posible hácia el SO.

A la tarde llegamos á un pequeño pueblo formado de algunas miserables chozas. El buen islandés que nos condujo allí, ajustó nuestro pasaje con su amigo, el dueño de la barca, en solos *dos rixdales y medio*. ¡Nunca olvidaré de qué manera fuimos explotados por el patron de

la *Grand' Nau Française!* No en balde se mostraba tan satisfecho y complaciente.

Nos embarcamos acto continuo, y la barca, auxiliada por los remos y el viento, se alejó rápidamente de la orilla. La costa era árida y despoblada; componíase de agrupaciones de rocas de traquita y largas playas de arena oscura. Frecuentemente se veían espacios inmensos ocupados por la lava, que al enfriarse formaba elevadas mesetas, en cuyo suelo sólo crecían plantas musgosas.

De estas mesetas, bastante accidentadas algunas, salían enormes lenguas que se internaban en el mar, que debió hervir algún día á su candente contacto, encerrando sus aguas en oscuros *fiords*.

Más léjos extendíanse grandes cadenas de montañas, descollando en ellas las gigantes cimas del *Hecla* y del *Myrdals-Fokull*, cubiertas de eterna nieve. Más al O. se divisaba la cordillera de Eria, que sustentaba, al parecer, espléndida vegetación, y que sólo era una ilusión óptica producida por los extraños colores de las rocas.

El *Hecla* está abierto en la más elevada cumbre de aquellas montañas; su altura pasa de 1.600 metros sobre el nivel del mar, y de su cima, cubierta de nieve sempiterna, brotaban largos y continuos penachos de humo que iban á disiparse en el horizonte. El volcán que teníamos á la vista era el más célebre de Islandia. Constituye un centro volcánico activo de suma importancia en la historia de la geología; sus

terribles erupciones hacen que á cada paso se modifique la configuracion de la isla. Aun era reciente la última catástrofe que asoló la comarca que teníamos á la vista; á consecuencia de ella, los habitantes del S. de la isla viéronse reducidos á la mayor indigencia.

En 1845, el Hecla despidió de su cráter cantidades inmensas de cenizas y piedras calcinadas, que cubrieron muchos valles y desviaron el curso de los torrentes en que el calor convertia las nieves que coronaban la cima del volcan. La espantosa erupcion duró varios días; derrumbóse parte de la montaña, y por sus abiertos flancos corrieron impetuosos rios de ardiente lava, que llegaron á extenderse en un espacio de más de tres leguas.

Tambien las nieves, derretidas al contactó de las lavas y del fuego, formaron terribles avalanchas, que destruian cuanto encontraban al paso. Hacía cerca de un siglo que el *Hecla* dormitaba en su encendido cráter. En dicha época, desde la base de la montaña hasta la costa, veíanse pintorescos pueblecillos, rodeados de tierras cultivadas, que á fuerza de mucho trabajo producian trigo y otras plantas alimenticias. Pero en el tiempo de nuestra peregrinacion por la volcánica isla sólo quedaban escasos restos de aquellas tierras de labradío, que con sus raquítics pinos y abedules parecian esmeraldas engarzadas en pizarrosos esquistos.

Desde aquel memorable acontecimiento plutónico los buenos islandeses que beneficiaban aquellos campos arrastraban penosísima existencia.

CAPÍTULO VI.

En Tikebæ.—Un médico español en Breidabolsland.—Noticias complementarias.—Cacería de leones marinos.—Despedidas.—A Berufiorder.

Llegamos á Tykebæ al otro día á las doce, ó poco ántes, y dirigímonos, acompañados de una multitud de curiosos, al domicilio de la familia Mooré. Recibiéndonos ésta con visibles demostraciones de contento, y nos proporcionó, en seguida que se lo indicamos, una lancha, que por la cantidad de seis *rixdales* por todos, nos trasportaria al *fiord*, teatro de nuestras primeras penalidades.

La travesía duró cuatro días, llevándose á cabo con toda felicidad. Nos proponíamos hacer de nuevo en aquellos lugares los más detenidos reconocimientos, por si encontráramos indicio alguno que nos diera á conocer lo que habia sido de nuestro infortunado capitán. No cansaré al lector con el detallado relato de nuestras investigaciones; sólo manifestaré, que éstas no obtuvieron resultado alguno; lo que acabó de confirmarnos en la creencia de que D. Luis existia aún.

Era necesario á todo trance visitar los puertos de la costa, y á este fin emprendimos el

viaje dos días despues. El fogonero *Simnombre*, que habia en otra época navegado en buques balleneros, y recalado diferentes veces en las costas de Islandia, conocia algo el idioma de sus naturales, y medio lograba entenderse con ellos; por esta circunstancia quedó encargado de las funciones de intérprete.

Caminamos todo aquel día sin descansar apénas; encontramos algunos ganaderos y pastores, y á las preguntas que les hizo el fogonero acerca de D. Luis, contestaron todos, que no le habian visto. Pidióseles nos designaran la poblacion más próxima, y supimos, que de allí á dos millas y media ó tres, cinco ó seis leguas, se encontraba Breidabolsland, puerto más importante que Tykebæ y Scandfiáll.

Dirigímonos, por las indicaciones que nos hicieron, á la poblacion citada. El camino no era muy accidentado; á menudo, á uno y otro lado, se veian bosquecillos de pinos y abedules. A la caida de la tarde divisamos, á mucha distancia aún, á Breidabolsland.

Allí era probable que adquiriésemos noticias de nuestro jefe, y si por desgracia nada lográbamos saber, tendríamos que resignarnos con nuestra suerte, y seguir por la costa hasta llegar á Berufiorder, que es uno de los puertos de Islandia más frecuentado por los balleneros, y en el cual habian desembarcado en otros tiempos, *Simnombre* y *Curro Trinquete*.

Hacia más de tres horas que el sol se habia ocultado cuando dimos vista á un tendedero de bacalao establecido á la entrada del pueblo,

Entramos en éste, y despues de recorrer las dos únicas calles que lo formaban, nos dimos de manos á boca con un islandés, al cual preguntamos si habia establecido allí algun extranjero. La respuesta fué afirmativa y en alto grado satisfactoria.

Residia allí, de muchos años atrás, un español llamado Manuel García, y médico único en casi todo aquel litoral. Conducidos á su casa, pronto nos vimos en presencia suya; al fin encontrábamos quien hablaba nuestro mismo idioma.

Era el médico un hombre de simpático semblante y cuya edad frisaría en los cuarenta años; vestía á la europea, y su negra y abundante barba le llegaba á la mitad del pecho.

—Mucho me place, señores—díjonos D. Manuel—oirles hablar, porque presumo que acaso sean ustedes compatriotas míos.....

—No, señor—repuse cortésmente—no tenemos esa honra mis jóvenes amigos y yo; pero sí nos gloriamos de pertenecer á la raza española; somos naturales de la América del Sur, república Argentina.....

—¡Ah! magnífico país, le conozco.

—Pues yo—exclamó *Curro Trinquete* adelantándose y ofreciendo al médico su callosa diestra—yo....., ¡apriete osté, paisanol yo soy de por allá, ayamontino, para servir á osté y á la zantísima Triniá.

—Y yo—dijo á su vez el cocinero, avanzando tímidamente—yo tambien soy español puro y neto, como que me llamo Pancho *de Pravia*.

Don Manuel García estrechó bondadosamente la diestra del mulato. Hícele despues relacion exacta, aunque en breves términos, de nuestros trabajos, esperanzas y propósitos, y nos manifestó, acerca del capitán, que no se hallaba náufrago ni forastero alguno en aquél pueblo; asimismo se desconocía en él el naufragio del *Toro*. Diónos seguridades de que practicara en dicho asunto toda clase de investigaciones, y nos ofreció generosa hospitalidad mientras permaneciésemos en Breidabolsland.

Acto continuo llamó á un criado islandés, y le dió, reservadamente, algunas instrucciones. Hecho esto, pidiónos noticias de España, de Europa, de América..... Se las dimos tan cumplidas como nos fué posible. En esto estábamos, cuando habiendo vuelto el criado, hízonos pasar nuestro huésped á otra habitacion, en la cual estaba servida una cena abundante.

La dimos honroso término vaciando el contenido de una botella de exquisito Jerez; en seguida nuestro espléndido huésped condujo á los hermanos Areco y á mí á un dormitorio donde tres blandísimos lechos nos esperaban. ¡Buena falta, ciertamente, nos hacian!

Nuestros seis compañeros restantes fuéron conducidos por el criado al departamento que ocupaban los trabajadores. Al dia siguiente, muy de mañana aún, presentónos el médico á su esposa doña Victoria y á su pequeña hija Luisa. Tenía la primera bello y expresivo semblante, y contaria á lo sumo treinta y cinco años; la segunda apenas llegaba á diez, y era

loquilla y encantadora como todas las niñas de su edad.

Aquella familia parecia realmente feliz en aquel apartado rincon del mundo. Almorzamos en su honrosa compañía, y de sobremesa suscitóse la conversacion acerca de aquel extraño país y de sus naturales, dignos de estudio por más de un concepto.

—No siempre ha tenido Islandia—dijo Don Manuel—el rigoroso clima que hoy soporta. Repetidamente se descubren en su accidentado suelo, á veces á gran profundidad, enormes yacimientos de madera fósil; bosques seculares están sepultado en ellos, y su presencia indica que en muy remotos tiempos debió ser más benigna la temperatura de estas regiones. Tampoco los habitantes de Islandia han sido siempre víctimas del marasmo, de la atonía moral que les consume ahora; hubo una época en que la civilizacion brillaba en este país con esplendores desconocidos en el resto del mundo. Mientras Europa entera estaba sometida al despotismo de los señores feudales, el *Althing*, antiguo parlamento escandinavo de Islandia, celebraba todos los años sus grandes sesiones en el mes de Julio, en las cuales se discutia cuanto era conveniente al interés del país. Celebrábanse estas libres asambleas bajo la ancha bóveda del cielo, en la meseta de la *Almanna-gla*, denominada tambien Montaña de la ley. El presidente, llamado *Logmadr*, que quiere decir hombre de la ley, desempeñaba su cargo de por vida, y en su eleccion intervenia directamente

el pueblo. Hace justamente ochocientos cincuenta y siete años que en una de esas memorables asambleas, despues de pesarse detenidamente el pro y el contra, fué adoptado el Cristianismo á pluralidad de votos.

—Es admirable—dije entónces—lo que nos referís, doctor. ¿Cómo ha descendido este pueblo desde tan alto grado de civilizacion?

—Se está en un craso error, amigo mio, suponiendo á los islandeses sumidos en la barbarie. Si por civilizacion de un pueblo entendeis el sucesivo desenvolvimiento de ferro-carriles, obras públicas y toda clase de empresas industriales, comerciales y especulativas, ciertamente que este país vive completamente estacionado, porque sus especiales condiciones geológicas y la rigidez del clima hacen imposible aquel civilizador movimiento. Pero si por civilizacion comprendéis la instruccion individual y la morigeracion de las costumbres en su más perfecto desarrollo, no hallareis en toda la tierra pueblo alguno que iguale al islandés.

—¿Qué decis, doctor?

—Lo que escucháis, amigo mio. No hay islandés alguno que á la corta edad de siete ú ocho años, no sepa leer, escribir y contar. Señaladme en otro país un hecho semejante; decidme ¿en qué otro pueblo como en éste, se desconoce el robo, y no existen, porque son inútiles sus servicios, cárceles, policías ni fuerza armada de ninguna especie? Solo puede echarse en cara á los islandeses la inercia que los

trabaja, nacida del rutinarismo con que de padres á hijos se perpetúan en ellos todas las prácticas y condiciones de la vida. Pero ¿quién nos dice, que en este su especial modo de ser, no ejerce decisivo influjo la ingrata naturaleza de que se ven rodeados?

Gustábame escuchar al médico español; discurría con gran acierto, y parecía poseer lo que ha dado en llamarse don de gentes.

Aquel día tuvimos ocasion de presenciar, en un golfo que más al norte se abría en la costa, una cacería de *leones marinos*. Nos embarcamos en una barca, en compañía de D. Manuel, y precedidos de otras embarcaciones, hicimos rumbo hácia el sitio en que iba á efectuarse la caza.

El mar estaba en calma, y el viento era favorable. A corta distancia de Breidabolsland tuvimos que navegar con precaucion en medio de los peñascos conocidos con el nombre de *Papey*. Estos escollos, que son elevadas rocas que salen del mar, sirven de refugio á multitud de aves marinas, que á nuestro paso huyeron asustadas.

A la entrada del golfo, despues de navegar tres horas y media, se detuvo la expedicion. Era necesario examinar los parajes en que iba á tener lugar la lucha con aquellos mónstruos marinos. En el centro del golfo se veian como dos veintenas de focas; retozaban algunas en las aguas, miéntras otras, tendidas muellemente en la playa, tomaban el sol.

Una compañía de pescadores era propietaria

de las trece barquillas que componían la expedición. Esta compañía, de la que D. Manuel formaba parte, realizaba todos los años exorbitantes ganancias exportando el aceite de los anfibios y cetáceos, y el pescado salado. El transporte de dichos productos hasta Reykiavick, puerto de exportación para Europa, se verificaba en lanchas.

Determinóse que dos de las barcas se quedasen á la entrada del golfo, mientras que las demás se dirigirían hácia diferentes puntos de la playa. Cada una de ellas iba tripulada por cinco ó seis hombres; dos de ellos, de pié en la proa, iban provistos de arpones y lanzas.

Pronto fuéron los anfibios atacados por todas partes y empujados hácia un punto de la costa, en el cual viéronse encerrados en medio de las barcas. La nuestra avanzó hasta el cordón de bloqueo, y nos detuvimos en la parte exterior, desde donde podíamos contemplar la cacería en todos sus detalles.

Las focas, al verse acorraladas, comprendieron el peligro que corrían, y trataron de esquivarle, huyendo por los espacios libres que entre las lanchas mediaban; pero allí, los seguros golpes de los arponeros las remataban en breve. La pesca duró más de tres horas, durante las cuales, fuéron muertos treinta y siete de aquellos anfibios. Los expedicionarios, con su rico botín, hicieron rumbo á Breidabolsland.

Las focas, cuya pesca había presenciado, pertenecían á la especie llamada *leon marino*, cuya longitud llega á 6 y 7 metros. Su cuerpo

pisciforme está cubierto de pelo espeso, que tiene un tinte amarillo oscuro; en la cabeza y parte del cuello es mucho más largo, 12 centímetros, y forma una tupida melena que eriza á voluntad; las hembras carecen de ella.

Estos anfibios acostumbran á reunirse en grandes manadas, compuestas de un macho, diez ó doce hembras y un crecido número de hijuelos.

Cuando llegamos al oscurecer á Breidabolsland, el cargamento de focas fué desembarcado y conducido á unos barracones situados en la playa; á la mañana siguiente daríase principio á las faenas preparatorias para extraer el aceite.

En mi excursion de aquel día observé un hecho que quiero dejar consignado. En las calles del pueblo, en la playa, en los talleres, en todos los sitios en que se presentaba el médico español era objeto, por parte de los islandeses, de las más afectuosas demostraciones de admiracion, respeto y simpatía. Aquellas sencillas gentes parecian amarle como á un bienhechor, como á un hombre á quien debiesen grandes beneficios.

La comida nos esperaba en casa de D. Manuel, y confieso, por lo que á mí hace, que como no habia tomado alimento alguno desde el almuerzo, sentíame con excelente apetito. Doña Victoria hacía los honores de la mesa con exquisita amabilidad; mis jóvenes amigos estaban encantados en medio de las comodidades y atenciones que nos rodeaban, y yo, en

honor de la verdad sea dicho, no sé qué invencible curiosidad arrastrábame á inquirir el pasado de nuestro huésped.

Cediendo á este vivo deseo, preguntéle, cuando nos levantábamos de la mesa:

—Decidme, doctor, ¿vivís dichoso y contento en este país? Perdonad si mi interpelacion os parece indiscreta.....

—Soy completamente feliz, amigo mio.

—¡Feliz! ¡feliz!—exclamé lleno de asombro —¡feliz en medio de esta naturaleza salvaje y estéril, lejos de los grandes centros civilizados....!

—No lo dudeis, amigo mio.

—Es extraño que un hombre científico, una inteligencia cultivada, se resigne á vivir de esta manera.....

—¿Qué quereis? Azares del inexcrutable destino hiciéronme abordar á estas playas, en momentos en que consideraba como un supremo bien perder la vida. Hoy bendigo mis pasadas desventuras, porque á ellas debo la felicidad presente.

—Picais, D. Manuel, en alto grado mi curiosidad.

—Tal vez en momento más oportuno os cuente algunos detalles de mi vida; ellos os explicarán lo que casi casi os parece incomprendible ahora.

Juzgué conveniente no insistir más sobre aquel asunto. Trascurrieron otros dos días, y con tanta brevedad, y tan á placer mio pasaron, que su recuerdo, como uno de los más gra-

tos de mi existencia, vivirá siempre conmigo ¿Qué mucho que, tras las penalidades sufridas, me pareciese deliciosa sobre toda ponderación mi breve estancia en el tranquilo hogar del médico español?

En la mañana del cuarto día presentáronseme *Simnobre* y Miguel Garzon. Venían en nombre suyo, y en el de sus camaradas, á manifestarme, que perdíamos lastimosamente el tiempo en Breidabolsland, y que en vista de que D. Manuel, á pesar de sus muchas relaciones en aquellos contornos, no había conseguido tener noticia alguna del capitán, debíamos desistir de encontrarle, y dirigirnos rápidamente á Berufiorder, pues estábamos en la época en que suelen tocar en dicho puerto algunas embarcaciones balleneras.

Confieso que no tuve razón plausible que oponer á la argumentación de aquellos hombres, y mal de mi grado contestéles, que aquel mismo día emprenderíamos la marcha para Berufiorder.

¡Pobre D. Luis! En virtud del resultado negativo de nuestras investigaciones, parecía indudable que hubiera perecido..... Pero ¿cómo en este caso no dimos con su cadáver ó con algunos de sus despojos?

Procedimos á hacer nuestros preparativos de viaje; el generoso médico nos regaló gran cantidad de pescado seco, y 50 rixdales, que añadidos á los 24 que aún nos restaban, hacían una suma de más de 300 francos; para todos, individualmente, reservó alguna fineza ó recuer-

do; á *Curro Trinquete*, el ayamontino, obsequióle con dos navajas de afeitar metidas en su estuche, y al insigne Pancho *de Pravia*, con una enorme pipa de espuma de mar.

Llegó el momento de la marcha; despedímonos de la amable esposa de nuestro huésped, y de su preciosa niña, y cambiamos con él afectuosos apretones de manos.

En el instante de echar á andar detúvome D. Manuel, y dándome un pequeño manuscrito profirió estas palabras:

—Como á los demás, amigo mio, os consa-
gro tambien un recuerdo. Leed ese manuscrito;
contiene la historia de mi vida. En él vereis
cómo un hombre de mis condiciones pue-
de vivir dichoso en esta apartada region del
mundo.

—Nunca, querido doctor—le contesté emo-
cionado—se borrarán de mi memoria los gra-
tos instantes que he pasado en su hogar.

Partimos al fin: penosa marcha emprendi-
mos, porque desde Breidabolsland á Berufior-
der habia más de 12 millas de terrenos áspe-
ros, en los cuales apénas se hallaba alguna que
otra aldea, y porque teníamos que hacer el via-
je á pié por no haberse encontrado en el pue-
blo caballerías que nos trasportasen; las pocas
que habia se hallaban pastoreando en los *boers*
del Osterantel.

Nuestro excelente huésped nos acompañó
hasta la salida del pueblo; allí nos dió un fuer-
te abrazo á cada uno, y se separó de nos-
otros.

El camino no era muy agradable á causa de lo escabroso y accidentado que se presentaba; pero ya estábamos casi acostumbrados á las asperezas del suelo de Islandia. El país estaba desierto; ni una miserable aldea apercibíase en cuanto alcanzaba la vista; sólo se descubrían á largas distancias algunos *boers*, que parecían deshabitados.

Cuando al aproximarse la noche, teníamos la buena suerte de encontrar una de aquellas chozas, pernoctábamos en ella; si no pasábamos la noche al raso, ó al abrigo de las peñas; por fortuna, el tiempo era magnífico; ni abrumaba el frío, ni sentíase exceso alguno de calor.

No pudimos hallar caballos hasta cuatro días despues de nuestra salida de Breidabolsland. Casi todos los *boers* estaban vacíos por haber sus moradores conducido los ganados al Osterantel.

El cuarto día de nuestra marcha caminábamos por tierras cubiertas abundantemente de musgos y pequeñas gramíneas. A la caída de la tarde descubrimos una manada, como de veinte ó más caballos, que á las voces de dos islandeses se retiraban hácia la falda de un monte cercano.

Detuvimos á los conductores del ganado, y *Simnombre*, que seguía desempeñando sus funciones de intérprete, les propuso el alquiler de nueve de aquellas béstias. Los islandeses respondieron que eran criados, y que como tales no podían hacer trato alguno; pero que en un

boer, que distaba poco trecho, encontraríamos á su amo, con el cual no sería difícil que nos entendiésemos.

Algo ántes de oscurecer llegamos á la puerta de la choza, y nos detuvimos ante ella esperando que se nos invitase á entrar. Algunos marineros se introdujeron en el corral, con objeto de poner sus líos de pescado seco en la cocina, situada al otro lado de la choza.

Poco despues apareció el dueño de la casa con una luz en la mano; ya habia cerrado del todo la noche. Saludónos afectuosamente el islandés, y nos condujo á la cocina, donde el insigne Pancho *de Pravia* preparaba ya sus trebejos para confeccionar nuestra cena.

Nos sentamos alrededor del fuego, é inquirimos de nuestro huésped si estaba dispuesto, mediante el precio que se conviniera, á facilitarnos nueve caballerías, que nos trasportaran hasta Berufiorder.

—No sólo os daré los caballos que necesitais—contestó el islandés á *Simnobre*, que era el que habia formulado la pregunta—sino que me contentaré con que sólo gratifiqueis al guía, en lo que vuestra voluntad os plazca. En cambio, habeis de hacerme un favor.....

Segun nos manifestó el fogonero, habíase el islandés negado obstinadamente á decir qué servicio reclamaba de nosotros, alegando que la fatiga nos abrumaba, y que lo más conveniente en aquél momento era que nos echásemos á dormir, pues tiempo sobraba al otro dia para hablar del asunto.

Pareciónos el consejo acertado, y despues de cenar pusímosle en práctica; á este fin, el dueño del *boer* nos condujo á una habitacion inmediata, bastante espaciosa, en la que habia gran cantidad de musgo seco, sobre el cual nos acomodamos de la mejor manera posible.

CAPÍTULO VII.

Insomnio.—Misteriosas visiones.—Un incendio.—Encuentro del Capitan.—Niels-Juel.—El *Jutlandia*.—Una aldea de esquimales.—En el mar de Baffin.—Los elefantes marinos.

No sé porqué huía aquella noche el sueño de mis párpados; tampoco sé porqué efecto de intuicion retrospectiva, permítaseme decirlo así, fijóse mi inteligencia en la conversacion habida entre el islandés y nuestro intérprete.

Hubo en ella algunos detalles, que entónces pasaron desapercibidos para mí, y que despues recordaba perfectamente..... Nuestro huésped habia pronunciado algunas palabras que yo no pude comprender, pero que en *Simnombre* causaron viva alarma, por más que luégo lo disimuló.

En la cena estuvo el fogonero inquieto, nervioso, preocupado..... ¿Serian suspicacias é infundados recelos mios, ó hechos reales lo que habia creido observar en aquel hombre? Batallando mi espíritu con estas cavilaciones, fuése poco á poco sumergiendo en ese estado de sopor, casi inconsciente, intermedio entre el sueño y la vigilia.....

¿Me quedé realmente dormido? Lo ignoro;

pero al cabo de algun tiempo parecióme ver que uno de nuestros marineros se levantaba, y poco á poco, con las cautelosas precauciones del criminal, avanzó hácia una ventana, de poca altura, que estaba abierta, y saltó por ella al exterior.....

Despues..... despues trascurrió otro buen espacio de tiempo..... sentí un ligero ruido y fijéme de nuevo en la ventana..... Por allí entraba en aquel momento el hombre ó fantasma que habia salido ántes. ¿Quiér era? En medio de la profunda oscuridad que nos rodeaba, me fué imposible reconocerle.

De pronto desperté sobresaltado; oia gritos, imprecaciones y siniestras resonancias; rojizo resplandor, deslumbrando mis ojos, me cercaba por todos lados.....

La voz de Juan Areco, que me sacudia enérgicamente, llegó entónces á mis oidos.....

—¡Despertad!—decia—¡Salgamos! ¡Salgamos de aquí cuanto ántes! ¡La casa está ardiendo!

—¡Ardiendo!..... repetí con espanto.

Y como si aquella palabra bastase por si sola á darme á conocer el peligro, púseme de un salto en pié, y precedido de Juan Areco corrí hácia la puerta.

No sé cómo me vi en medio del corral; allí estaban nuestros marineros, y el islandés y sus dos criados..... El fuego era imponente; la casa ardía por uno de sus ángulos, junto al cual veíase aglomerado enorme monton de musgo y hojas secas; las llamas le devoraban rápida-

mente, y todo hacía creer que de él se había comunicado el fuego á la choza.

Mientras nuestros hombres y los criados islandeses traían agua en cubos del arroyo inmediato, el dueño del *boer* y nosotros sacábamos de la casa cuantos muebles y efectos podíamos.

De pronto observamos que nuestro huésped lanzó un grito de angustia y que se llevaba las manos á la cabeza con expresion desesperada, como si en aquel momento recordase algo que le afectára vivamente. Nos dirigió breves palabras, que no pudimos comprender, y se precipitó en el interior de la casa.

Tras corta vacilacion, Juan Areco y yo le seguimos; era hombre de complexion robusta y avanzaba á grandes pasos en medio del humo y la asfixiante atmósfera que allí se respiraba; á duras penas íbamos tras él porque desconocíamos la distribucion de la casa y nos cegaba la humareda.

Llegamos á una habitacion en la que habia dos puertas que daban á otros cuartos..... No sabíamos por cuál de ellas habria penetrado nuestro huésped..... Las llamas parecian haber hecho presa en uno de aquellos aposentos..... Íbamos ya á entrar en él, cuando vimos salir al patron cargado con un voluminoso objeto, que al pronto no reconocimos..... Ayudámosle á conducirlo, y con harta fatiga y no poco peligro, porque las llamas amenazaban envolvernos por todas partes, logramos salir al corral.

Depositamos en tierra el objeto que conducíamos..... Era un hombre enflaquecido, dema-

crado, parecía enfermo.... Juan Areco y yo fijámosnos en sus facciones, y una exclamacion de alegría se escapó simultáneamente de nuestros labios.... ¡Aquél hombre era nuestro excelente y querido capitán!

Ricardo corrió á comunicar á los marineros aquella nueva feliz, y todos se apresuraron á rodear á su antiguo jefe.... Todos no; recuerdo que no vi entre ellos á *Simnobre* y á algun otro.... Quizás la faena de apagar el incendio les ocupaba tanto en aquel instante, que no pudieron acudir, como sus camaradas, á saludar al que ya juzgáamos muerto.

Reconociónos D. Luis, y con el gesto y entrecortadas frases nos dió á entender cuán dulce satisfaccion embargaba su espíritu. Las lágrimas se agolparon á mis ojos.... ¡Qué dichoso me sentí en aquél instantel

Pero el islandés reclamaba nuestros servicios; dispuse que todos volviesen á auxiliarle en su ruda empresa, y yo sólo permanecí al lado del capitán. No me cansaba de verle, de estrecharle las manos, de dirigirle los más cariñosos conceptos.

El fuego, entre tanto, habia decrecido de su anterior intensidad; como el agua estaba próxima, de mano en mano pasaban los cubos, y su contenido se arrojaba á los lugares de la choza abrasados por el voraz elemento. Al fin, tras no escasas fatigas, se consiguió dominarle y extinguirle; reconocimos entónces lo que quedaba en pié de la casa: excepto dos habitaciones, todo lo demás habia sido destruido. Por

fortuna, cuanto de algun valor poseia el dueño del *boer* se puso á tiempo en salvo.

El capitán estaba sumamente débil; no podia soportar fatiga alguna. Segun nos dijo, con algunos dias de descanso, y, más que nada, con la satisfaccion de vernos al lado suyo, podria montar á caballo y á pequeñas jornadas ir hasta Berufiorder.

Le dimos cuenta detallada de la peregrinacion que emprendimos en su busca; nuestro relato pareció afectarle, porque uno á uno nos estrechó las manos con la más viva expresion de reconocimiento. Rogámosle que nos refiriese sus trabajos, pero rehusó hacerlo entónces porque se sentia conmovido y necesitaba descanso; despues añadió:

—A Niels-Juel debo la vida..... Niels-Juel reviste á mis ojos el carácter de la Providencia.....

—¿Quién es Niels-Juel?—le pregunté.

—El honrado islandés que nos alberga. Preguntadle, y él os dirá.....

Colocamos á D. Luis en una de las habitaciones salvadas del incendio, y dejámosle sólo para que un sueño reparador fortaleciese su extenuado cuerpo, y calmase la excitacion nerviosa que le poseia.

Salí al corral, y allí encontré á nuestro huésped ocupado, segun pude comprender, en averiguar de qué extraña manera tuvo principio el incendio de su casa.

Era indudable que del enorme monton de musgo seco se habia propagado á la choza;

pero ¿cómo se había desarrollado en él? Esto es lo que nadie adivinaba.

Sin embargo, el marinero que entre sueños creí ver salir por la ventana de la habitación en que dormíamos, ¿sería al autor de aquél hecho criminal? Si no fué una ilusión de mis sentidos, ¿qué se proponía con semejante acción? y, sobre todo, ¿cuál de nuestros hombres era el que había cometido tan punible atentado?

Guardé absoluto silencio acerca de mis dudas y desconfianzas, y límitéme á observarlos á todos. Los marineros ayudaban á los criados indígenas á separar de las habitaciones que quedaron intactas, los carbonizados restos de las otras; parecían muy afanados en su tarea; sólo advertí que el fogonero *Simnombre* se detenía de vez en cuando pensativo y dirigiendo á todas partes miradas oblicuas.....

Niels-Juel se acercó á mí, y llamando á *Simnombre* para que le sirviera de intérprete, manifestó cuán reconocido y obligado estaba á todos por los servicios que le habíamos prestado durante el incendio. El fogonero, por indicaciones mías, le puso despues al corriente de quién era su huésped enfermo, y quiénes nosotros, cosa que pareció admirarle en sumo grado.

Intenciones tuve de interrogar á Niels-Juel acerca de lo que ocurrió á D. Luis desde la noche de su desaparición; pero repugné, ignoro porqué causa, instintivamente quizás, servirme de *Simnombre* en aquel caso; además, deseaba obtener aquellas explicaciones de labios del mismo capitán. Callé, pues.

Trascurrieron tres días; nuestro jefe recobrabá por momentos el vigor y las perdidas fuerzas; el placer de estar á nuestro lado contribuía poderosamente á su restablecimiento. Ya daba prolongados paseos, apoyándose en alguno de nosotros, por los alrededores del *boer*.

El cuarto día, mientras hacía con él una matutina excursión, siguiendo el curso del arroyuelo inmediato, le hablé en estos términos:

—Decidme, D. Luis, ¿os sentís ya con ánimos para que nos ocupemos de ciertos asuntos.....?

—Sí—me respondió—mi cuerpo se fortalece y mi alma está tranquila; hablad.

—¿Recordais perfectamente todo lo que ocurrió aquella terrible y tormentosa noche, ántes de que el desencadenado huracan os arrebatase de la roca en que nos hallábamos?

—Creo tenerlo presente.

—¿Recordais si los valores de que érais depositario, los llevábais encima?

—No, por cierto. ¿A qué fin había de llevarlos conmigo, cuando su volúmen era molesto, y cuando estaban bien guardados en un sitio que sólo vos y Juan Areco conocíais?

—Es..... que han desaparecido de allí.

—¿Qué pronunciais?

—Alguien, no me cabe duda, los ha sustraído.

—¿Quién? Decid, decid, amigo mio.

—Mi continúa observación, mis investigaciones todas no han podido descubrirle.....

—Pero ¿no os habréis equivocado? Recordais perfectamente el sitio.....

—Sí, era aquél hueco, bastante profundo, que dejaban entre sí dos grandes piedras verdes que formaban una especie de ángulo..... A su alrededor no había otra hendidura semejante.

—Es verdad, y me maravilla en extremo.....

—¿Qué antecedentes teneis, capitán, de ese fogonero que se llama *Simnombre*?

—Es el tercer viaje que hace conmigo; recomendóme un viejo marinero como muy inteligente en su oficio, y le admití á bordo; no sé nada más de él.

Hice referencia entónces á D. Luis de todos mis celos y sospechas acerca de aquél individuo; hablamos aún largamente sobre el mismo asunto, y terminamos la conversacion diciendo el capitán:

—Sin pruebas que justifiquen vuestra desconfianza, nada podemos hacer, amigo mio. Limitémosnos, pues, á observar á ese hombre y á sus compañeros, y, tarde ó temprano, creedme, arrancaremos la máscara al verdadero criminal.

Dos dias despues, en una risueña alborada, montábamos todos á caballo, y precedidos de un criado de Niels-Juel, emprendimos la marcha hácia Berufiorder.

La despedida entre el dueño del *boer* y nuestro capitán fué tierna y afectuosa; el honrado islandés no quiso aceptar nada por nuestro hospedaje y el alquiler de los caballos hasta el citado puerto.

—Ayudándome—dijo—á salvar mis bienes del incendio, os quedo á deber mucho más.

Caminábamos despacio, y hacíamos frecuentes paradas á objeto de que D. Luis no se fatigase mucho. En la mañana del tercer día llegamos á Berufiorder; el criado de Niels Juel, que nos sirvió de guía, nos condujo al domicilio de unos comerciantes franceses que no titubearon en darnos hospitalidad. Recompensamos liberalmente al guía, y, por conducto suyo, enviamos al médico español de Breidabolsland, la grata nueva de nuestro singular encuentro con D. Luis Roisseau.

Pasados siete días de nuestra llegada á Berufiorder, apareció un buque que venía del Norte, y no tardó en fondear en el puerto. Se dedicaba á la pesca de los grandes cetáceos, y venía del Spitzberg y de Nueva Zembla, donde no había logrado capturar más que algunas morsas y delfines, que vendió á los mercaderes franceses que nos hospedaban. Su capitán, á objeto de probar fortuna, quería aquel mismo día hacerse á la vela para el mar de Baffin, donde esperaba hallar muchas ballenas, y si al cabo de dos meses no lograba su propósito, bajaría á Terranova á pescar el bacalao, ó se volvería á Copenhague, donde residían sus armadores.

Era difícil encontrar otra ocasion de embarque, y no titubeamos en tomar pasaje á bordo del *Futlandia*, que éste era el nombre del ballenero. Los marineros iban considerados en clase de auxiliares, y el capitán, los hermanos Areco y yo, como pasajeros.

A las dos de la tarde levamos anclas y nos hicimos á la mar con un tiempo magnífico. Soplabá viento frescachon del Norte, que nos hizo perder muy pronto de vista las escabrosas costas de Islandia, y, más tarde, sus elevadas *jokulls* (1), que desa parecian envueltos en la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente estábamos en pleno mar; nada más que agua veíase en la vasta superficie que los ojos abarcaban, y sólo con el auxilio de un buen catalejo, se descubria confusamente el Hecla á más de ochenta millas al NO. Aquel día bajamos hasta el paralelo 60, es decir, hasta la altura de las islas Shetland, que dejamos á 6° al Este. Enderezamos nuestro rumbo al O., debiendo conservar esta direccion hasta más allá del Cabo Farewell, en la parte meridional de Groenlandia.

La travesía duró tres días, durante los cuales recorrimos doscientas cincuenta leguas, mil ochocientos kilómetros, con viento favorable y mar tranquila. Desde que doblamos el Cabo Farewell, que fué durante la noche del tercer día, hubo que poner vigías en los mástiles, para que avisáran, durante la noche, la proximidad de los témpanos de hielo que venian por el Estrecho de Davis con rumbo al Sur.

Al mismo tiempo que nuestro buque, penetraban en el mar de Baffin otros balleneros. Hasta entónces no habíamos divisado cetáceo alguno,

(1) *Jokulls*. Se da este nombre en Islandia á las montañas cubiertas de nieve.

y no era probable encontrarlos sino más al Norte. Tal vez tendríamos que arriesgarnos por el canal de Smith, que empieza en el cabo Yorck, cerca del paralelo 76, donde los témpanos son tan numerosos que dificultarian nuestra marcha.

Antes de entrar en el mar de Baffin nos tuvimos en Frederihshand, colonia de la costa occidental de Groenlandia, en cuyo paraje nos proveimos de agua dulce. Durante el tiempo que se empleó en embarcarla, fuimos á tierra con objeto de visitar la poblacion, que estaba casi toda ella habitada por esquimalés.

Componian el pueblo unas treinta chozas de forma esférica, que se levantaban sobre el terreno como enormes medias naranjas; estas chozas estaban construidas de piedra, y sólo tenian como entrada una pequeña abertura circular colocada á pocos piés del suelo.

Trabajo nos costó penetrar en una de aquellas viviendas, cuyo interior estaba dividido en tres compartimientos; uno servia de depósito, pues en él se veia gran cantidad de bacalao y otros pescados secos; el segundo contenia el hogar, de donde el humo no podia salir al exterior sino por la entrada del edificio; y decoraban el tercero una mesa y dos taburetes rústicos, algunas estampas pegadas en la pared y un lecho de yerbas marinas.

Muy singular es la raza á que pertenecian aquellas gentes. Son de baja estatura y de color atabacado; tienen la cara pequeña y redonda, ó, mejor dicho, triangular; los ojos diminutos, algo inclinados y sin expresion; la boca, tam-

bien breve, deja ver constantemente unos dientes blanquísimos. Su pelo, que es lacio y negro, y del cual para nada se cuidan, cuélgales por ambos lados de la cabeza; van vestidos con pieles, y algunos llevaban camisas interiormente, aunque pocos usaban este lujo.

Aquellas gentes, curiosas por demás, nos rodearon en un instante, y nos costó gran trabajo deshacernos de ellas para volver á bordo; los chiquillos se colgaban de nuestras piernas y casi no nos dejaban andar. Nos embarcamos en la lancha que nos esperaba en la orilla para llevarnos á bordo. El *Futlandia* estaba soltando sus amarras á una milla de la costa; un verdadero tropel de esquimales embarcados en sus impermeables y ligeros *kayaks* nos siguió hasta el buque.

Levamos anclas y nos hicimos á la vela con rumbo al NO.; los esquimales en sus ligerísimas embarcaciones nos acompañaron por espacio de unos 10 kilómetros. Desde á bordo podíamos contemplar á nuestro gusto el país que bordeábamos; la costa se extendía del Sur al Norte hasta perderse de vista, presentando profundos golfos y bahías. La buena estación comenzaba, y el suelo de aquel país revestía un ligero tinte verdoso que indicaba la desaparición del hielo; las montañas se destacaban á lo léjos caprichosamente recostadas sobre el fondo azul del cielo.

La pequeña aldea de Frederihshand presentaba un aspecto precioso; parecía una población de inmensos castores establecidos á la ori-

lla del mar, con sus casas esféricas y sus largos diques tendidos á lo largo de las aguas. En una pequeña eminencia, en el centro del pueblo, se levantaba un edificio de piedra, sobre el cual ondeaba el pabellon de Dinamarca; era la factoría.

Algunos bosquecillos de pinabetes y abedules rodeaban la aldea, dando al lugar con su verde follaje pintoresca apariencia. La travesía se verificó sin novedad, y el 29 de Mayo penetramos en el mar de Baffin, donde esperábamos hallar abundante pesca de cetáceos. El mar estaba libre; sólo de tarde en tarde se divisaba algún gran témpano que bajaba lentamente hácia el Sur.

El día duraba entónces en aquellas latitudes las veinticuatro horas con letas, durante las cuales el sol apenas se ocultaba. Esta continua claridad facilitaba la deriva del *Futlandia* entre las moles de hielo que se derretian por efecto del calor.

El primer día de nuestra entrada en el mar de Baffin, perseguimos una gran manada de morsas ó *elefantes marinos*; sin poder darles caza, nos llevaron estos anfibios hasta la costa groenlandesa, donde se internaron en un extenso golfo. Las cinco lanchas del *Futlandia*, tripuladas por bogadores y arponeros, lanzáronse en persecucion de las morsas. Desde á bordo no pudimos contemplar la caza, porque un alto promontorio nos ocultaba el teatro de la lucha.

Antes de dos horas, los diestros pescadores regresaron al *Futlandia* conduciendo quince

morsas, que fuéron izadas á bordo por medio de poleas, y el buque continuó su marcha remolcando las cinco balleneras.

Las morsas ó *elefantes marinos*, *Trichecus rosmarus*, son gruesos anfibios, de cuerpo pisciforme como las focas, aunque más robusto, y de una longitud variable entre 4 y 8 metros; están cubiertos de pelo corto y áspero, que tiene un color pardo amarillo; las patas delanteras, si bien muy desfiguradas, dejan distinguir las articulaciones de los dedos. La cabeza, bastante voluminosa, es redondeada y desprovista de orejas; el hocico, corto, lleva en su extremo achatado barbas pequeñas y rígidas; dos enormes colmillos inclinados hácia el pecho parten de su mandíbula superior; tales apéndices suelen llegar hasta 80 centímetros, pesando de 3 á 4 kilogramos.

Estos anfibios, esencialmente ictiófagos, viven en manadas no muy numerosas, en medio de los mares polares, persiguiendo á los peces de todos tamaños. Antiguamente se encontraban también en los mares de Europa, pero sufrieron tan encarnizada persecucion, que se han visto obligados á refugiarse en medio de los hielos de ambos polos.

Hácese un lucrativo comercio con algunos despojos de las morsas. Se utiliza su piel, se convierte su grasa en aceite tan bueno como el de ballena, y alcanzan sus enormes colmillos un precio poco inferior á los de elefante. Su pesca es bastante difícil, y aunque en la de aquel dia no ocurrió ningun accidente desagra-

dable, no son pocas las veces que hacen zozorar las lanchas con las terribles sacudidas que as imprimen cuando hacen presa en ellas.

El capitán del *Futlandia* ordenó dar un vaso de ron por cabeza á los afortunados pescadores. Desolláronse los anfibios, y la espesa capa grasienta que se halla debajo de su piel fué recogida en toneles, y depositados éstos en la sentina, mientras un marinero, práctico en el asunto, les arrancaba los colmillos por la misma raíz. En breve sólo quedaron sobre cubierta los sangrientos cuerpos, que fuéron arrojados al mar en medio de los cantares y las vociferaciones de la tripulación.

CAPÍTULO VIII.

Detalles retrospectivos.—El capitán dinamarqués.—La aurora boreal.—La pesca de los cachalotes.—En las costas de Groenlandia.

La vida á bordo del ballenero ofrecia gran número de atractivos, por la novedad, á los que hasta entónces no habíamos disfrutado de ella. Nuestros marineros desempeñaban, al par de los del *Futlandia*, todas las faenas de á bordo, y debo hacer notar, que entre todos ellos se distinguia *Simnombre*, como arponero; la precision de su vista y su destreza en arrojar el arpon no tenian rivales.

Ni D. Luis ni yo advertíamos nada sospechoso en la conducta y acciones del fogonero, ni en las de sus camaradas; todos ellos nos manifestaban respeto y deferencia, si bien algunas veces me pareció notar que *Simnombre* dirigia al antiguo capitán del *Toro* miradas de incomprendible expresion.

Por lo demás, ni él ni sus compañeros estaban ya obligados á nada con nosotros; en su condicion de auxiliares, dependian del capitán del *Futlandia*. Las brisas del mar habian restituido por completo la salud á nuestro excelente amigo Roisseau.

Habíanos contado ya varias veces los por menores de su vida en el tiempo que estuvo separado de nosotros; pero cada vez que los referia dábales tan nuevo aspecto y colorido, que no me cansaba de oírse los narrar. Como aún no los conoce el lector, haré de ellos, para inteligencia suya, un sucinto extracto:

En aquella terrible noche, cuyo recuerdo vivirá siempre en mi memoria, un violento torbellino del huracan, que á la sazón reinaba, arrebató á D. Luis y le llevó por el aire á considerable distancia. La caída hubiera despedazado su cuerpo sin dos providenciales circunstancias; el poncho que llevaba, ahuecado por el viento, moderó la rapidez de la caída y la violencia del choque, que hubiera sido más rudo á no ocurrir sobre el blando y arenoso lecho de las turbias aguas de un torrente, que corrian por un profundo barranco, impenetrable á las miradas de los que no fuesen prácticos en aquellos parajes.

Magullado, aturdido, sin fuerzas casi, luchó el capitán instintivamente con las aguas, y trató de ganar la orilla; pero sólo á medias consiguiólo, porque perdió el sentido, y la mitad de su cuerpo quedó hundido en el cieno del torrente. No le fué posible precisar despues el tiempo que estuvo desmayado. Su buena estrella quiso que al honrado Niels-Juel, que volvia de Scandfiall para su *boer* con algunos caballos que habia adquirido allí, se le ocurriera bajar á abrevarlos en las aguas de aquel torrente, donde encontró el inanimado cuerpo del

capitan, que se desangraba por las muchas confusiones que recibió al caer.

Examinar detenidamente al extranjero, advertir que aún quedaba en él un soplo de vida, cogerle en sus fornidos brazos, colocarle después delante de sí sobre el lomo de una de sus caballerías, y fustigar á éstas incesantemente hasta que llegó á su *boer*, fuéron los preliminares de la buena obra emprendida por el humanitario y generoso islandés.

Una vez en su domicilio consagróse, en cuanto sus escasos recursos lo permitian, á salvar la vida del extranjero. Rodeóle de solicitud y de cuidados, y gracias á esto, y á que su mal dependencia, principalmente, de la gran pérdida de sangre que habia experimentado, consiguió, aunque muy poco á poco, que fuese recobrando las perdidas fuerzas.

Cuando nosotros encontramos al capitan, sólo esperaba Niels-Juel verle lo bastante dispuesto para conducirle á Berufiorder, pues comprendió, por las repetidas indicaciones de don Luis, que deseaba ser trasladado á dicha población.

El *Futlandia* vióse obligado á avanzar hácia el N. en el mar de Baffin, pues escaseaban los cetáceos en cuya busca iba, y era de presumir que los encontraría más adelante. A pesar de que el verano se acercaba, no se sentia aún calor alguno. Desde nuestra entrada en el estrecho de Davis teníamos que arroparnos y permanecer encerrados en nuestras literas y camarotes. El sol describía casi un círculo completo

en el espacio, y su disco apenas ofendía la vista cuando se la fijaba en él.

Las nieves de Groenlandia se hallaban derretidas en gran parte, pero aún conservaban su manto blanco las montañas del interior. A medida que avanzábamos en latitud, los témpanos flotantes eran más numerosos, y entónces fué preciso instalar un *ice-master* (1) para dirigir nuestra navegacion entre aquellas masas de hielo.

Várias veces divisamos algunos inmensos *ice-bergs* (2) que corrian para el S., aunque á mucha distancia del *Futlandia*. Por la parte del N., intensa claridad anunciaba que allí existian enormes *ice-fields* ó campos de hielo, que reflejaban los rayos del astro visible casi todo el día y la noche.

El *Futlandia* prosiguió su viaje en busca de los anhelados mamíferos por espacio de tres días, pasando á lo largo de costas cubiertas de hielos, y rodeado á menudo por las masas flotantes que derivaban hácia el Atlántico. Durante estos días sólo se pescaron algunas focas y elefantes marinos. Avistáronse ballenas, pero la distancia que nos separaba de estos cetáceos, y su ruta hácia la infranqueable barrera de hielo que se divisaba al N., imposibilitaron su captura.

El día 3 de Junio, el capitán del *Futlandia*, que era un danés de alta estatura, ojos azules

(1) *Ice-master*. Piloto de los mares polares.

(2) *Ice-bergs*. Montañas flotantes de hielo.

é inteligente fisonomía, llamado Gillenstierne, hizo las observaciones astronómicas de costumbre, y diéronle por resultado que el buque se encontraba á los 73° , $22'$, $13''$ de latitud septentrional, y á los 74° , $38'$ de longitud O. de Greenwich. Nos hallábamos cerca de las tierras de Baffin, y no muy léjos del canal de Lancaster, en cuyas inmediaciones no sería difícil encontrar cachalotes y ballenas.

Los marineros del *Toro* y los tripulantes del *Futlandia* se habian amistado prontamente, y la más pacífica concordia reinaba entre ellos; ocupados continuamente en las faenas de á bordo, no se quejaban nuestros marineros de la contraria direccion que para su interés seguíamos. En efecto, á ellos y á nosotros hubiera sido más grato dirigirnos al S. mas bien que al N.

La tripulacion disponia de pocas horas para entregarse al descanso; á veces las voces de alarma del *ice-master*, la obligaban á dejar las dulzuras del sueño, y entregarse á la ruda tarea de repeler los témpanos con largos y herrados bicheros.

Don Luis y el capitán Gillenstierne habian contraído tambien grande amistad; eran los primeros en acudir al puente cada vez que se anunciaba la aproximacion de los hielos flotantes. Yo y mis amigos solíamos acompañarlos, pero aunque se acercaba el estío, sentíase todavía un hálito glacial que nos obligaba á refugiarnos en la cámara.

El día 4 me hallaba sobre cubierta con los

dos capitanes, y Ricardo y Juan Areco; toda la tripulacion permanecia de pié sin moverse ni hablar apénas. Era de noche, es decir, el sol se hallaba oculto en aquel momento, y disfrutábamos del sublime espectáculo de una aurora boreal. Por la parte del N., un gran resplandor rojizo formaba como una inmensa gloria que se extendia por el cielo, cambiando de color á medida que avanzaba hácia el cénit, donde la luz se descomponia, y una faja luminosa, reflejando los siete colores del iris, ondeaba majestuosamente por la celeste bóveda. Las estrellas palidieron ante la luz difundida por el meteoro, que duraria veinticinco minutos, y concluyó por apagarse súbitamente.

Volvió la semi-oscuridad del crepúsculo matutino á restablecer el brillo de las constelaciones, y la tripulacion del *Futlandia* tornó á cobijarse en el entrepuente.

Los vigías dieron la voz de *ballenas á la vista*. Acto contínuo, cuantos íbamos á bordo subimos al puente; la luz era ya bastante clara, y permitió divisar, á una milla de distancia, gruesas masas oscuras que se movian velozmente; de ellas se escapaban á intervalos grandes chorros de agua que subian á prodigiosa altura, y despues de describir un arco prolongado, caian hácia adelante. La direccion de los chorros, el no ser éstos más que uno en cada animal, sus enormes cabezas y lo numeroso de la manada, nos hizo conocer que no eran ballenas, sino cachalotes, los que teníamos á la vista.

El cachalote, *phiseter*, se halla en todos los

mares, pero es más raro en los de los polos que en el Océano equinoccial, á donde van á pescarle los ingleses. La caza de estos mamíferos suele ser peligrosa; el *Futlandia* no habia capturado aún ningun gran cetáceo, y esto indujo al capitán Gillenstierne á no perder aquella ocasion de aumentar su cargamento.

Botáronse al mar las cinco chalupas, y trasladáronse á ellas los que habian de tripularlas; el capitán del ballenero formaba parte de la flotilla, y D. Luis quedó á bordo con nosotros y el resto de la marinería. Nos encaramamos á la cofa del palo mayor para disfrutar de aquel espectáculo.

El cachalote es un animal temible para los pescadores; su enorme boca está guarnecida de grandes y cónicos dientes; cuando se siente herido se arroja sobre las lanchas y suele hacerlas astillas; no es extraño entónces ver á los marineros refugiarse en otras barcas, mientras la suya queda sepultada y desecha en el fondo del Océano. Para la pesca del cachalote se hace uso de balas explosivas y otros mecanismos de fácil manejo, que permiten á los pescadores ponerse á respetable distancia del monstruo.

Las cinco lanchas del *Futlandia* llevaban sus correspondientes fusiles y balas explosivas, así como cuerdas, lanzas, arpones, etc. La manada de cachalotes divisó al buque, y se detuvo á ménos de una milla. Las chalupas se aproximaron cautelosamente hasta cierta distancia de los más avanzados cetáceos, los cuales perma-

nebian casi inmóviles, mirando con curiosidad las evoluciones de sus enemigos.

Hízose la señal de acometida desde la ballenera en que iba el capitán. Apenas los pilotos, provistos de sus fusiles, apuntaron cuidadosamente é hicieron fuego, los arponeros, de pié en las proas de las barcas, voltearon un instante sus arpones, y éstos hendieron, zumbando, el aire, y fuéron á hundirse en la capa grasienta de los cachalotes.

Al ruido de las detonaciones la manada se declaró en fuga, y pronto se perdió de vista tras las moles flotantes del Norte. Pero cuatro de aquellos enormes animales quedaron sujetos por los arpones y heridos de muerte; las balas explosivas hicieron su efecto reventando en medio de las entrañas de aquellos mónstruos, que retorciéndose sobre sí mismos y azotando con violencia las aguas, quedaron en breve á merced de los marineros que los remolcaron hasta el buque. El quinto cetáceo habia huido, llevando en su cuerpo el proyectil, porque el arponero erró el golpe; mas no pudo el animal alejarse mucho, pues haciendo explosion la bala, pronto quedó su cuerpo inerme flotando sobre las olas. Fácil fué á los marinos del *Futlandia* hacerse dueños de su cadáver.

Desde el capitán al último grumete mostrábanse todos satisfechos; pocas veces se hizo caza tan productiva y con ménos peligro. Los enormes cetáceos fuéron amarrados á los costados del buque, y dispúsose todo para el inmediato despedazamiento.

La manada de cachalotes volvió á presentarse durante el día, dirigiéndose hácia el Este, es decir, hácia Groenlandia. Vióse que la componian unos treinta animales de gran tamaño; mantuviéronse siempre á mucha distancia. El capitan se propuso perseguirlos, alentado por el resultado de aquel día; é inmediatamente orientó las velas y dirigió el rumbo hácia la costa groenlandesa.

Además, el capitan Gillenstierne concibió un proyecto que consultó con D. Luis y conmigo. Conocía el danés lo bastante de nuestro idioma para que pudiéramos entendernos.

—El despedazamiento—nos dijo—de los cachalotes capturados, entorpece la marcha del buque é imposibilita además la captura de otros; para obviar estos inconvenientes, he pensado formar un establecimiento provisional en la costa, donde se llevarán á cabo aquellas faenas, mientras el *Futlandia* remonta hácia el N. en busca de las ballenas, que despues de capturadas se trasportarian al establecimiento. ¿Qué os parece, señores, mi plan?

Hallámosle excelente en todas sus partes; y convínose que D. Luis desempeñaria en tierra el cargo de jefe administrativo, mientras que un contramaestre estaria al frente de todos los trabajos manuales. Algunos marineros del *Futlandia* y todos los del *Toro* completarian el personal del establecimiento en número de diez y siete personas.

Los edificios debian ser cómodos y resistentes, con objeto de hacerlós servir en los siguien-

tes años; la direccion de las construcciones quedó á cargo de don Luis. Yo y mis jóvenes amigos estábamos contentos, porque, al fin, es mejor estar en tierra que navegando por aquellas regiones árticas. Esperábamos con ánsia el momento de saltar en tierra, aunque ésta no presentaba, en verdad, muy bella perspectiva.

Despues de una travesía de más de sesenta leguas persiguiendo á los cachalotes, avistamos la costa y, con gran satisfaccion mia, no tardamos en ser desembarcados en ella juntamente con el resto del personal. Se desembarcaron tambien herramientas y diferentes utensilios, que se colocaron provisionalmente bajo tiendas de campaña. Gran cantidad de galleta y carnes saladas constituirian nuestra alimentacion cuando no abundase la caza.

Hasta entónces no habia habido á bordo más que dos casos de escorbuto; pero el capitán Gillenstierne nos dejó gran cantidad de coque, limones y pastillas de cal.

Los toneles vacíos que iban destinados al aceite fueron trasladados de la sentina del *Jutlandia* á la costa, así como otros muchos efectos, entre los cuales se contaba una chalupa y bastantes armas para defensa del establecimiento y caza de animales terrestres y acuáticos.

El día 7 de Junio, poco despues de aparecer el sol, el ballenero soltó sus amarras, y desplegando sus velas hizo rumbo al NO., para internarse en la parte septentrional del mar de Baffin. Los marineros y el contraamaestre del *Jutlandia* empezaron el despedazamiento de los

cachalotes varados en la playa, mientras el capitán Roisseau, los hermanos Areco y yo explorábamos el país en busca del lugar más apropiado para el establecimiento.

Visitamos los bosquecillos de pinabetes y abedules que no muy lejos se divisaban, y vimos con júbilo que tenían suficiente madera de construcción y bastante combustible para todo el verano y aún el invierno siguiente, si hubiera necesidad de pasarle allí.

El suelo apenas producía vegetación alguna; derretidas las nieves por completo, tomaba el país un tinte oscuro en toda su extensión; parecía sembrado de manchones verdes, producidos por los bosquecillos de árboles árticos, y otras más vastas líneas de manchas blancas, indicadoras de dilatadas neveras y ventisqueros. De estas nieves eternas nacían arroyos que, murmurando entre las asperezas del suelo, iban á morir á la playa.

La costa, muy accidentada, ofrecía abrigados puertos, á propósito para la fundación proyectada: no tardamos en elegir uno á la desembocadura de un grueso raudal de agua. Aquel puerto era espacioso y las costas morían en dilatada playa por la parte del N.; dicha playa parecía á propósito para el varado y despedazamiento de los cetáceos, y facilitaba asimismo el transporte de efectos á los almacenes que debían construirse al pié del arroyo.

Ante todo, quisimos averiguar en qué parte de Groenlandia nos hallábamos; con este objeto hizo D. Luis algunas observaciones, por las

cuales supimos que el nuevo establecimiento estaria situado á 54 leguas al N. de Uppernawick, la más avanzada factoría que tiene Dinamarca en las regiones del polo.

Procedimos en seguida á dar nombres á los puntos importantes del litoral, para hacer más fácil la designacion de las localidades. Llamóse *Puerto Roisseau* al que se veia al frente del lugar destinado á los edificios, en conmemoracion del jefe del personal terrestre; denominacion que todos confirmaron, así como las demás propuestas por D. Luis, que fueron:

Cabo Areco, al que seguia al N. del puerto Roisseau, separándolo de la *bahía de los Cachalotes*, donde se procedia entónces al despedazamiento; *Arroyo Gillenstierne*, al que desembocaba en aquel lugar; *Punta Hensch*, del nombre del contramaestre, la del S. del puerto Roisseau, é *Isla del Pino*, á un islote solitario que se veia á un cuarto de milla del cabo Areco, el cual debia su nombre á que uno de aquellos árboles era el único que descollaba en él. Con esto dióse por terminada la denominacion cartológica de aquellos parajes.

Seguidos de los hombres del *Toro*, nos encaminamos al campamento provisional de la bahía de los Cachalotes; allí nos proveimos todos de hachas y sierras, y trasladándonos á los bosquecillos, empezamos la corta de árboles.

Se eligieron cuidadosamente los más adecuados á las diversas partes de los edificios. A los golpes de las hachas caian en tierra los árboles, que despojados luégo de sus ramas, eran

conducidos al lindero del bosque, donde las sierras debian convertir sus troncos en vigas, tablas, horcones, etc.

Cuatro dias despues, el 11 de Junio, habia bastante cantidad de maderas preparadas, al ménos para dar principio á las obras; su transporte y acarreo hasta el puerto Roisseau, facilitóse en gran manera por el curso del arroyo Gillenstierne, que corria á poca distancia del bosquecillo.

Dióse principio á las obras, y éstas adelantaron rápidamente; mucho más desde que el contramaestre del *Futlandia* y sus marineros, terminadas sus faenas, vinieron á aumentar el personal de nuestros operarios.

El campamento provisional de la bahía de los Cachalotes fué trasladado al pié de las obras, y la pequeña lancha quedó surta en el puerto. En la isla del Pino instalóse, para que sirviese de guía, un elevado mástil, en cuyo extremo se desplegabá al viento el pabellon danés.

CAPÍTULO IX.

El fuerte San Juan.—Recalada del Jutlandia.—Despedazamiento de cetáceos.—La butaca Roisseau.—Siniestra cargada.—Vuelven los expedicionarios.—El unicornio de mar.

Gran placer nos causó ver armados los edificios del nuevo establecimiento. Toda la techumbre fué construida con gruesos maderos y dándole la inclinacion necesaria; las paredes, tambien de gruesos tablones, se calafatearon cuidadosamente para que no penetrase el frio ni la humedad.

Se echó un puente sobre el arroyo Gillenstierne, que ponía en comunicacion los edificios de una y otra orilla. Sobre la márgen izquierda, á cien metros de la playa, se construyó la casa principal, que ocupaba una superficie de 1.800 metros cuadrados, en razon de 60 de fondo por 30 de frente. Componíanla un espacioso salon con dos ventanas al O., que daban vista al puerto; detrás estaban la cocina y la despensa, y alrededor pequeños aposentos, que no recibian más luz que la que les entraba del salon. Al lado de la cocina habia una especie de cobertizo cerrado para los perros que se destinaban al tiro de los trineos.

Del otro lado del arroyo se edificaron los al-

macenes en que debian guardarse los productos de la pesca.

Tales fuéron la aptitud directriz de nuestro capitan y los esfuerzos de los operarios, que el día 24 de Junio, fiesta de San Juan Bautista, se tomó posesion solemnemente de la casa, inaugurando el hecho con un banquete, en el que lució todas sus habilidades y recursos culinarios nuestro insigne cocinero Pancho *de Pravia*.

No podia exigirse más á los 72° de latitud N. Carne guisada de varios modos, tanto salada como fresca de rengífero, y algunas de las provisiones que nos dejó el *Futlandia*, constituyeron la comida, que fué extremadamente alegre. En honor al Santo del diadecidióse bautizar el establecimiento, que estaba en vísperas de concluirse, con el nombre de *Fuerte San Juan*.

El día 7 de Julio describió el sol en el cielo un círculo completo, sin ocultarse en lo más mínimo; empezaba un largo dia de dos meses de duracion.

Poco tiempo despues quedaron concluidas todas las obras de construccion; fuerte y segura empalizada defendíalas de cualquier enemigo. Los marineros más hábiles en carpintería, pusieronse á construir ciertos muebles del más indispensable uso, mientras otros se ocupaban en cortar y acarrear enormes cantidades de leña, tanto para el derretimiento de las grasas, como para el consumo doméstico.

Yo y mis amigos salíamos alguna que otra vez en busca de caza. Multitud de variadas aves poblaban el elevado cabo Areco y la isla del

Pino, sitios predilectos de nuestras aventuras cinegéticas. Armiños, cibellinas, nútrias, zorras blancas y plateadas, liebres polares, lobos, osos blancos y no recuerdo si otros animales más, abundaban tanto por aquellos sitios, que en ellos sacaría pingües ganancias un establecimiento de peletería.

En nuestras expediciones y paseos, procurábamos no alejarnos mucho del fuerte, pues atraídos por el olor de los restos abandonados en la bahía de los Cachalotes, acudían grandes manadas de lobos y no pocos osos polares.

El día 15, el contramaestre Helchs y sus seis marineros recibieron de D. Luis instrucciones, útiles y dinero para procurarse en Uppernawick cincuenta perros y algunos rengíferos domesticados. El capitán del *Futlandia* se propuso levantar en toda regla un establecimiento ó factoría, no sólo para aquel año, sino para los venideros; y D. Luis, para satisfacer los deseos del marino dinamarqués, no omitió trabajo ni requisito alguno.

Supuesta la distancia de 54 leguas que nos separaban de Uppernawick, y habiendo el 15 de Julio emprendido la marcha los expedicionarios, era probable que para mediados del mes siguiente se hallasen ya entre nosotros.

El *Futlandia* no había aparecido por aquellos parajes ni se sabía nada de él. Tal vez se habria internado por el estrecho de Smith, ó recorrería con poca suerte las regiones septentrionales de aquel mar boreal.

Miéntras duraba la ausencia de los daneses,

emprendimos nosotros varias excursiones persiguiendo á las focas, morsas y delfines. Por tierra tuvimos varios encuentros con las fieras; pero no hubo que lamentar, afortunadamente, ningun percance. Cazamos gran cantidad de ratas almizcleras y muchos zorros blancos; algunos rengíferos salvajes, que se acercaron imprudentemente al establecimiento, atraídos por la abundancia del musgo, fueron víctimas de los certeros disparos de nuestras armas.

La estación era magnífica; el calor se hacía sentir desde que el sol no se ocultaba, y el cielo permanecía constantemente sereno y límpido; alguna que otra vez, sin embargo, levantábase por la parte del N. densas brumas que, si bajaban al S. impulsadas por las corrientes de aire de aquel cuadrante, traerían mal tiempo; pero desde muchos días atrás reinaban sin interrupcion los vientos del O.

El 21 de Julio, *Juanote*, el marinero semi-indio, regresaba de la isla del Pino, á donde fué con la lancha en busca de ostras de que habia allí un pequeño banco, y nos traía la agradable nueva de que el *Futlandia* estaba á la vista. Acto continuo, Ricardo, el capitán y yo, provistos de un antejojo de gran alcance, nos embarcamos en la lancha y fuimos á la isla, desde la cual, en efecto, se veía un buque que, por las trazas, debía ser el ballenero.

Distaba aún algunas millas; pero habia visto y reconocido la bandera que ondeaba en nuestro mástil, porque en aquel momento la saludaba con un cañonazo.

Pocas horas despues, el *Futlandia* echaba el ancla en medio del puerto. Las tres ballenas que traia amarradas á los costados, pronto quedaron varadas en la playa, y condujéronse tambien á ella más de cuarenta focas y elefantes marinos.

La llegada del ballenero fué el primer acontecimiento notable para el fuerte San Juan. Se festejó su venida con un banquete más espléndido que el del 24 de Junio, pues sirviéronse en él abundantes asados y guisos de aves y de carne de rengífero, que el mulato Pancho *de Pravia* condimentó con su reconocida suficiencia culinaria.

El capitan Gillenstierne quedó contentísimo de las obras ejecutadas bajo la direccion de don Luis: dióle por ello los más expresivos plácemes, y desde entonces pareció cimentarse con nuevos lazos la amistad que unia á los dos capitanes.

Tres días permaneció el *Futlandia* surto en el puerto. El capitan Gillenstierne hubiera concedido mayor descanso á sus marineros; pero se acercaba la época de abandonar aquellos mares, y ántes queria dar en ellos otra batida. El 24 de Julio levó anclas el ballenero, y desplegando todas sus velas salió del puerto á impulsos de una favorable brisa. Dejó en tierra cuatro de sus hombres para que nos auxiliasen en nuestras faenas.

Apénas traspuso el ballenero la isla del Pino, dimos principio en tierra con verdadero ardor al despedazamiento de los cetáceos. Todos,

excepcion hecha de D. Luis, provistos de grandes cuchillas y azuelas, abríamos anchas y profundas zanjas en el dorso de las ballenas.

Fué tambien una de las primeras operaciones el cortar ó arrancar las ochocientas barbas, próximamente, que cada ballena tenía en la mandíbula superior. Estas barbas, largas y flexibles, fuéron guardadas cuidadosamente en los almacenes. Quisimos poner en práctica el método actual de despedazamiento, pero nos ofreció dificultades que evitaba el antiguo, y optamos por este. Despojamos á los cetáceos de su espesa capa de grasa en largas tiras desde la cabeza hasta la extremidad de la cola; concluida esta operacion en el dorso, se les dió media vuelta, é hízose el mismo trabajo por el vientre.

Los balleneros acostumbran á desechar los restos de los cetáceos sin aprovechar la grasa que contienen los intestinos, por ser tarea difícil; pero en el fuerte San Juan se disponia de bastante tiempo, y practicóse á conciencia dicha operacion.

Los enormes trozos de grasa eran arrojados sobre grandes tableros; de allí se les cogia despues para fundirlos. El dia 30 solo quedaban los huesos y la carne de los tres mónstruos; por medio de cables, la lancha pudo arrastrar los sangrientos restos y abandonarlos léjos de la costa. Se instalaron los hornillos en la playa, acopióse gran cantidad de combustible junto á ellos, y se dió principio á la tarea de derretir la grasa.

Los pedazos de esta sustancia se arrojaban continuamente en grandes calderas, cuyo contenido, que hervía á borbotones, los fundía rápidamente. Trabajábamos sin descanso; el mismo capitán nos ayudaba, ya cuidando de los hornillos, ya dirigiendo, prácticamente, la estiva en el almacén.

Era, en verdad, un pintoresco espectáculo. Aquí un marinero limpiaba á toda prisa los toneles, poniéndolos en disposición de recibir la grasa fundida; más allá otros añadían leña al fuego, ó revolviánle ó echaban grasa en las calderas que rebosaban del hirviente líquido.

Apénas una de aquellas enormes marmitas se vaciaba, veíasela llena otra vez del tocino fundido; tal era la rápida trasformación debida á la abundancia de leña. A cada instante rodaban al almacén los barriles cerrados, llenos de aceite aún caliente, y se les estivaba con notable ligereza. Los golpes del martillo componiendo las pipas se mezclaban con los cantares de los operarios y el chisporroteo de la grasa que caía sobre los encendidos leños.

Pero también se oían á menudo sordos y siniestros gruñidos del otro lado de la empalizada, que parecía agitarse á impulsos de terribles fuerzas. Eran osos polares que, atraídos por el olor de la grasa derretida, llegaban hasta el fuerte; mas la empalizada oponía á sus intenciones infranqueable obstáculo. Esta era la causa de su ir y venir, de sus rugidos y de su empeño en derribar la cerca.

El 5 de Agosto estaban concluidos todos los

trabajos. En los almacenes se hallaban estivados 200 barriles de aceite, de 80 kilogramos cada uno, producto de la última pesca, que unidos á los 50 que rindieron los cinco cachalotes, hacían un total de 250 toneles de aceite, representando un peso de 20.000 kilogramos. Además, poseíamos 80 barriles de aceite de morsas y focas; 60, de 50 kilogramos de esperma cada barril; gran cantidad de dientes de cachalote y morsa, y algunas pieles de mucho valor. Hé aquí los totales de mercancías existentes en almacén, y sus respectivos valores, hecha la reducción de francos á pesetas:

ARTÍCULOS.	Peso en kilogramos.	Precio en pesetas.	Valor en pesetas.
Aceite.....	26,400	1,15	30.360,00
Ballenas en bruto.	50	13,00	650,00
Esperma.....	3,000	1,50	4.500,00
Ambar gris.....	130	0,80	104,00
Marfil y pieles ..			800,00
TOTAL.....			36.414,00

3 El personal del fuerte San Juan quedó nuevamente desocupado. La inacción á que desde entónces vivíamos entregados, casi, casi se nos hacía insoportable; el capitán Roisseau, más que ninguno, se mostraba impaciente por el pronto regreso del *Futlandia*. Los demás entreteníamos con la caza nuestros forzados ocios; pero don Luis, que no hallaba atractivo algu-

no en los placeres cinegéticos, se aburría soberanamente.

Pasábase gran parte del día encaramado en una alta peña del cabo Areco, asestando su anteojo á los puntos del horizonte, por los cuales pudiera presentarse el ballenero. Cotidianamente emprendía aquella ascension, que era peligrosa por demás. Para ganar la roca, tenía que asirse á las ramas de un retorcido abedul, que al pié de ella se erguía, y de este modo escalaba su cúspide y tomaba asiento en su granítica mole.

Desde léjos parecia un sillón de brazos; por esta causa Ricardo Areco habíala bautizado con el nombre de *butaca Roisseau*.

Pasaba el tiempo con lenta monotonía para la actividad que en aquella elevada latitud se habia desarrollado en nuestros organismos. Nada digno de especial mencion tuvo lugar en la pequeña colonia hasta el 13 de Agosto, en que un suceso extraño nos llenó de alarma y pesadumbre. En las primeras horas de la mañana del citado día, el capitan, nuestros jóvenes amigos y yo nos encaminamos al cabo Areco, con el propósito de subir aquél á su observatorio, y nosotros con el de entretener el tiempo cazando.

Apénas nos alejábamos veinte pasos, despues de separarnos de D. Luis, cuando resonó á nuestras espaldas un grito de suprema angustia y cierto ruido sordo, imponente..... Nos volvimos para conocer la causa, y mudos de terror observamos, que la alta peña en que solia tomar

asiento nuestro amigo, desprendida de su base, rodaba al abismo con pavoroso estruendo, mientras que el capitán hacía desesperados esfuerzos para sostenerse de las ramas del abedul, á las que estaba asido con ambas manos.

Ibamos á correr en auxilio suyo cuando, de repente, resonó en nuestros oídos, por dos veces seguidas, lúgubre, brutal, siniestra carcajada. Empuñé indignado mi carabina para castigar al infame que en aquel triste momento se permitía tan sangrienta burla; pero á nadie divisé..... Además, la situación del capitán no admitía espera; si las fuerzas le abandonaban y se desprendía del abedul, haríase pedazos su cuerpo en las agudas peñas del promontorio.

Volamos á socorrerle; mas ¡ahl pronto advertimos nuestra impotencia; de nada podíamos servirle: las ramas á que estaba cogido no eran las que le ayudaban á escalar la roca que se había derrumbado, sino otras más salientes que suspendían su cuerpo sobre el abismo.

—¡Animo! ¡valor! ¡no desmayeis!—le gritamos poseídos de terrores y esperanzas.

Era D. Luis hombre de espíritu sereno y robusta complexión. Rápidamente se dió cuenta de su estado y, poco á poco, calculando todas las probabilidades que en pró y en contra tenía, haciendo prodigios de fuerza que envidiaría el más hábil gimnasta, fué soltando unas ramas y asiéndose de otras, sucesivamente, hasta que logró alcanzar las que le servían de apoyo para subir á la peña. Ya estaba en salvo.

Los hermanos Areco y yo prorumpimos

entonces en vítores y gritos de loca alegría. ¡Qué momentos de terrible ansiedad habíamos experimentado!

Abrazámosle enternecidos una y cien veces; cuando nuestra natural emocion se calmó algun tanto, pedímosle explicaciones de aquel suceso.

—Ha sido cosa incomprensible, en verdad— nos dijo.—Al sentarme en la roca, advertí en ella un extraño movimiento, é instintivamente, más rápido que su pesada mole, me arrojé al abedul, asiendo las primeras ramas que á mi vista se ofrecieron. Si no lo hubiese verificado así, la peña, seguramente, me habria arrastrado en su terrible descenso.

—¡Ah, capitan, en inminente peligro tuvistes la vida!

—No, en otros más graves la he visto.

—¿Más graves decís?

—Sí, amigos míos. ¡Cuántas veces, en mi aprendizaje, me he encontrado, casi sin punto de apoyo y terriblemente balanceado y sacudido por el huracan, cogiendo rizos á las velas de gavia....! ¡Indudablemente, no están aún cumplidos mis días!

La carcajada que con tan lúgubres ecos habia resonado en mis oídos vínome entonces á la memoria y, acompañado de mis amigos, busqué afanosamente á su autor por aquellos alrededores..... Mi exploracion no produjo resultado alguno.

Volvimos de momento al fuerte San Juan. En él hallé á nuestros hombres y á los cuatro marineros del *Futlandia*. Unos y otros parecían

ocupados en sus faenas, y apenas repararon en nuestra presencia ni en las investigadoras miradas que les dirigíamos. A mis preguntas acerca de si alguno de ellos se habia ausentado del fuerte aquella mañana, contestáronme todos negativamente.

Hé aquí otro suceso misterioso que era preciso añadir á los anteriores. Quizás se ligaba con éstos por un fatalismo incomprensible; quizás reconocian todos como generadores la misma causa.

En la mañana del siguiente dia divisamos á lo léjos un grupo de hombres que se dirigia al fuerte. Le formaban el contraamaestre Hensch y sus seis marineros, que regresaban de Upper-nawick, donde habian cumplido su mision adquiriendo no escaso número de perros y de rengíferos.

Cuantos nos encontrábamos en el fuerte salimos llenos de alegría á recibir á los que llegaban. Despues de las consiguientes muestras de afecto, condújose al ganado á sus respectivos departamentos; los canes á su cuadra ó perrera, y los rengíferos al lugar en que teníamos el depósito de leña, para el cual habíamos decidido construir otro almacen, adosado á la casa principal, á fin de que en el invierno no fuera preciso salir al aire exterior para procurarse combustible.

Emprendióse de momento la obra del almacen, como asimismo otras de notoria utilidad; entre ellas reforzar y calafatear la lancha, que fué tambien provista de un mástil y de una

vela, que se formó con la lona de una tienda de campaña. También la empalizada que rodeaba al fuerte reforzóse con gruesos troncos, porque se había observado que todo podía temerse de la pujanza de los osos polares.

El 24 de Agosto estaban concluidas estas obras, y acto continuo procedióse á la construcción de trineos, destinados á las necesidades que pudieran surgir.

Yo y mis dos amigos nos encaminamos en la lancha hácia la bahía de los Cachalotes con objeto de reconocer y levantar la carta de su litoral; pero nuestro deseo no pudo lograrse en absoluto. Llegamos al cabo Areco, y seguimos hácia el N. las sinuosidades de la costa, dando nombres á sus principales entradas y salidas, que íbamos marcando en nuestra carta marítima.

Próximos ya al cabo N. de la ancha abra, vimos extenderse por gran trecho peligrosos arrecifes y bajos, que evitábamos cuidadosamente. En medio de aquellas rocas, cuyas puntas apenas sobresalian del agua, observamos con sorpresa que una masa oscura y voluminosa agitaba y batía con furor las olas, que iban á estrellarse en los arrecifes.

Nuestra lancha se hallaba cerca de aquel coloso. Ibamos á alejarnos á fuerza de remos, cuando de pronto nos envolvió un diluvio de agua, que casi hizo zozobrar nuestra navecilla; acababa el mónstruo, que era un cachalote, de arrojar por sus espiráculos enorme masa líquida. Pasada la inesperada lluvia, vimos confusamente agitarse bajo el agua, y junto al cetáceo,

otro animal de piel blanca con manchas negras, de unos seis metros de largo; retorneado cuerno de dos metros de longitud salía de su parte anterior; azotaba las olas con furia, é intentaba arrojarse sobre el cachalote, que con su potente cola le tenía á raya.

Tenía lugar una lucha terrible entre los dos más encarnizados enemigos de los mares boreales: el cachalote y el narval.

El narval ó *unicornio de mar*, *Monodon* científicamente, es un cetáceo de instintos pendenciosos; persigue sin tregua á los grandes mamíferos acuáticos, á los cuales vence en muchas ocasiones. Su largo cuerno parte de la mandíbula superior, y se prolonga hácia adelante en una longitud de dos á dos y medio metros; su parte posterior es hueca, y contiene dentro otro más pequeño; la hembra carece de este apéndice ó le tiene muy corto; respira por medio de dos espiráculos, que se reúnen formando un sólo orificio exterior, el cual abre y cierra á voluntad.

El cuerno ó diente del narval es un arma terrible; con ella traspasa el casco de los buques, embiste y mata á la ballena, y se hace respetar en medio de las regiones septentrionales donde comunmente habita. Los antiguos creían que el cuerno del narval tenía la virtud de inutilizar los efectos tóxicos de todo líquido venenoso en el cual se sumergiese. Por esto los próceres y príncipes estaban provistos de él, y le adquirían á precios exorbitantes. Hoy día se sabe que el diente del *unicornio de mar* es buscado únicamente por su hermoso marfil.

Era probable que el cachalote, preso entre los arrecifes, sucumbiese bajo el cuerno de su agresor. Nosotros hicimos rumbo al S. para llegar á toda prisa al puerto Roisseau, y dar cuenta de nuestra aventura. Aquella tarde, seis marineros y el contramaestre Hensch se embarcaron en la lancha con el fin de apresar al narval si le encontraban.

Aquel día tuve ocasion de examinar detenidamente los aparatos de pesca. Los arpones se componian de una barra de hierro, terminada en punta, alrededor de la cual giran dos aletas que se abren y cierran por medio de un resorte; al otro extremo se halla un hueco para fijar el mango que lleva la cuerda. Esta arma, al penetrar en el cuerpo de un cetáceo, queda sólidamente afianzada en él, porque las dos aletas, que se cierran al pasar por el estrecho agujero producido por la punta, se abren despues en medio de la grasa.

Teníamos además balas explosivas, balanzanza y balas Visme. Forman las primeras un tubo de cobre, en cuya parte superior se atorquilla una punta de acero, provista de una canal, que pone en comunicacion la pólvora encerrada en el tubo con la pequeña cápsula puesta en la punta; esta cápsula, al chocar dentro del animal con un cuerpo algo duro, estalla y la bala hace explosion. Dicho aparato sólo puede emplearse despues de que el cetáceo está preso con el arpon; se le dispara con la carabina ballenera, pesada arma de ánima rayada en espiral.

El tubo que contiene la pólvora en la bala-lanza es de hierro, y á su extremidad se le atornilla una punta estriada de acero. Una mecha comunica con el tubo, y sale fuera de la bala para prenderse en la pólvora del fusil. Esta arma tiene el inconveniente de explotar á veces en el aire ántes de herir al animal si se le tira desde muy léjos.

En cuanto á la bala-arpon de Visme, es el más perfeccionado de estos instrumentos de muerte. Se compone de una bala explosiva, en cuyo interior un eje de acero sujeta dos aletas, que se encajan exteriormente en la bala; en la parte posterior hay una lámina horadada, á la que se ata una cuerda. Al tiempo de estallar la bala en el cuerpo de un cetáceo, abre sus aletas, que constituyen entónces un verdadero arpon. Algunas veces se mezcla á la pólvora una sustancia venenosa que mata en el acto á las ballenas.

CAPÍTULO X.

Los osos dentro de casa.—Se aproxima el invierno.—Efectos glaciales de la estación.—Nuevo sistema de calefacción.—Noticias del *Jutlandia*.

Eran las nueve de la noche, hora en que el personal del fuerte se recogía para descansar, y nuestros expedicionarios no habían vuelto aún. Era, pues, de noche, metafóricamente hablando, porque el sol brillaba entonces en un cielo puro y sin nubes cuando me entregué al reposo.

No todos los marineros se acostaron; algunos quedaron en espera del contramaestre Hensch y de los hombres que le acompañaban. Dos horas después de haberme acostado, despertáronme las voces que en la playa resonaban. Eran nuestros marineros, que volvían de su expedición remolcando los cadáveres del cachalote y del narval.

No era á propósito la hora para empezar los trabajos de despedazamiento, por lo cual echaronse todos á dormir, y el más profundo silencio reemplazó en el fuerte San. Juan al ruido y movimiento que poco ántes había.

Todo el mundo se levantó muy de mañana para dar principio á los trabajos. Ya el contra.

maestre se ocupaba en dar á cada uno las herramientas precisas, cuando, en la parte exterior de la casa, se oyeron gritos de: «¡Los osos! ¡los osos!»

Apresurámosnos á coger armas de todas clases. Tres osos enormes vagaban por la playa devorando gruesos trozos de los cetáceos. ¿Por dónde habian entrado aquellos temibles carnívoros? Era la primera vez que habian logrado penetrar en el recinto de la empalizada; pero ésta no habia sido derribada en ningun punto, y la puerta del cercado permanecia sólidamente asegurada.

No podia explicarme la presencia de aquellos animales en la playa, mas no tardé en comprenderla. Cogí mi carabina y salí de la casa detrás de los marineros que ya estaban próximos á las fieras. Cuando éstas nos divisaron diéronse á huir, abandonando los restos de su banquete. No se hallaban á tiro y hubiera sido inútil hacerles fuego; al llegar á la orilla del mar, echáronse á él, y á nado ganaron el otro lado de la empalizada: por allí se habian introducido.

Fuimos entónces á hacernos cargo de los destrozos que en los cetáceos causarían, y todo, afortunadamente, se redujo á unas cuantas arrobas de grasa inservible por haberse llenado de arena.

Pronto los habitantes del fuerte quedáronse otra vez sujetos á la inaccion; para combatirla ideó D. Luis un importante trabajo que debia durar algun tiempo: se trataba de purificar la esperma de ballena.

Se instalaron en la playa grandes calderas para derretir la esperma. Es esta una sustancia del aspecto de la cera, pero más blanca y trasparente; parece cristalina y untuosa al tacto. Hállase contenida en cantidad inmensa en grandes cavidades de la cabeza de los cachalotes, permaneciendo mientras vive el animal en estado líquido; entónces es más ligera que el agua, y esto hace comprender cómo la enorme cabeza de aquel cetáceo puede sobresalir de las olas. Después de extraída del animal esta sustancia se vuelve inmediatamente sólida.

Fundida la esperma, se coló por un saco de lona sobre una segunda caldera, mediada de fuerte lejía; hízosela hervir con ella por bastante tiempo hasta que se la vió despojada de las materias grasientas que contenia. Inmediatamente se extrajo la esperma y se echó en moldes, donde se enfriaba tomando la forma de panales.

La purificacion de la esperma exigió cerca de quince dias. En los almacenes se conservaban perfectamente todas las tortas ó panales de la valiosa sustancia, que el ballenero no tardaria en llevar á Copenhague. Pero el *Futlandia* no parecia, y esto traia cavilosos á los moradores del fuerte.

El invierno se aproximaba con todos sus rigores. Estábamos á primeros de Setiembre, y el sol ocultábase ya por espacio de algunas horas, durante las cuales el descenso de temperatura era brusco y pronunciado. Empezaban á caer las primeras nieves, que no tardaban en

derretirse por el calor solar; pero ántes de mucho, el suelo de aquella parte de Groenlandia quedaria uniformemente cubierto de hielo.

El *Futlandia*, pues, no podia permanecer por más tiempo en aquellos mares próximos á congelarse, sin exponerse á quedar aprisionado entre los hielos y á sufrir una peligrosa inverna. Esperábamos por momentos su llegada; pero los días pasaban sin presentarse á la vista el ballenero.

El 8 de Setiembre determinamos mandar al contraamaestre Hesch y varios marineros en busca del *Futlandia*. Equipóse la barca convenientemente, y aquella madrugada zarpó del puerto Roisseau.

Nuestro almacen de leña estaba abundantemente provisto; y nosotros y los perros mantenidos á satisfaccion, por haberse cazado en aquellos dias gran número de liebres polares y otras bestiecillas de la fauna ártica, que, previendo la proximidad de la mala estacion, huian para el Sur.

Hubo necesidad de abrigarse, porque el frio se hacia ya insufrible, aún en aquellas horas en que el sol estaba en lo más alto de su carrera. Al otro dia de partir el contraamaestre se formó una gran borrasca, en la que el viento y la nieve jugaron el principal papel. Aquel dia fué preciso encerrarse herméticamente y encender la chimenea del salon. N., por esto permaneció ocioso el personal del fuerte, sino que se empleó en un trabajo de gran utilidad. Preveíase lo riguroso del clima, y que pronto serian

insuficientes los abrigos de lana contra aquella temperatura capaz de congelar el mercurio.

Los tripulantes de los buques balleneros son muy prácticos en confeccionar vestidos de pieles para las invernadas. Se trajeron, pues, algunas pieles de foca y de rengífero, y con ellas los marineros del *Futlandia* empezaron á abastecer nuestro guardaropa de vestidos invernales.

La tempestad duró hasta el día 12, en que habiéndose calmado el viento, pudo el sol abrirse paso por en medio de las nubes. Saludamos con júbilo su aparición y salimos de la casa para gozar de sus benéficos rayos. Pero el sol ya no era más que un disco pálido que con grande oblicuidad nos enviaba su luz desprovista de calor.

El país ofrecía imponente aspecto. Una alfombra de extraordinaria blancura habia reemplazado al verde matiz de la época primaveral. En las montañas, cubiertas también de un blanco sudario, reverberaba la luz con todos los colores del iris. El mar se habia solidificado en gran parte; pero la furia de la tormenta dislocó su helada superficie, y flotaban chocando con estrépito los témpanos, que iban derritiéndose nuevamente.

Preocupados nos traía á todos, no solo la suerte del *Futlandia*, supuesto lo avanzado de la estación, sino lo que hubiera sido del contramaestre, si alcanzó á su frágil navecilla el temporal que nos obligó á encerrarnos en el establecimiento; pensábamos asimismo muchas veces en nuestro porvenir; temíamos los rigo

res del invierno en aquella alta latitud, y era cosa indudable, que nuestra larga ausencia impresionaria tristemente á nuestras familias y amigos del otro lado del gran círculo equinocial.

El tiempo abonanzó completamente y nos permitió hacer algunas excursiones en busca de caza; poca fué la que hicimos, á pesar de habernos alejado algunas millas del fuerte. De día en día se acumulaban los hielos en el mar, y el sol era insuficiente para licuarlos. Poco despues, la superficie del mar de Baffin sería intransitable para los habitantes terrestres, y el *Futlandia* no podia contar con volver á Dinamarca hasta el próximo verano.

El dia 21, despues de doce de ausencia, la lancha regresó al puerto Roisseau conduciendo al contramaestre y á los tres marineros que le habian acompañado.

En su excursion registraron el litoral de Groenlandia hasta el cabo Yorck, sin hallar el más leve indicio del ballenero. El contramaestre danés nos dió en cambio una noticia de gran importancia; y era la de haber encontrado á dos leguas del cabo Areco, en una profunda bahía, donde se refugió buscando abrigo contra la tempestad, una abundante capa de caliza bajo la forma de carbonato, de cuya sustancia nos traia algunas muestras.

Confieso que no comprendí entónces por qué nuestro capitán acogió con tanto júbilo esta noticia. ¿Para qué podríamos necesitar la cal? No íbamos á edificar nada con ella; y aun-

que así fuese, la estación invernal le impedía en absoluto. Pero D. Luis se propuso á todo trance hacer provision de aquel mineral, y fué necesario obedecerle. Dispusiéronse los trineos con sus correspondientes tiros, y el 24, por la mañana, una parte del personal púsose en camino guiada por el contra maestre.

Llegamos al sitio designado: bajo espesa capa de nieve presentósenos en abundancia el carbonato de cal; cargamos los trineos, y á la puesta del sol estuvimos de regreso en el fuerte San Juan. La preciosa provision de cal, que no en ménos la estimaba D. Luis, fué guardada cuidadosamente.

Habíase entablado de un modo definitivo la mala estación; el 21 de Setiembre, día de los equinoccios, la duración del día fué exactamente igual á la de la noche. El sol alumbraba vagamente las desiertas comarcas del mar de Baffin, cubiertas de una espesa capa de hielo. Era ya cosa indudable que el *Futlandia* no podía regresar á su país ántes del verano, y que nosotros teníamos que invernar á más de 72° de latitud.

El 3 de Octubre se declaró una violentísima borrasca que duró hasta el día 9; vino acompañada de remolinos de nieve, y la temperatura bajó súbitamente á más de 20° bajo cero. Los efectos de este temporal fueron terribles; congelada la nieve por el intenso frío, endurecióse y formó un inmenso campo, donde yacían hundidos el fuerte de San Juan y sus habitantes. Para salir de la casa fué necesario hacerlo por la techumbre.

El mar, á cuanto alcanzaba la vista, estaba uniformemente helado. Enormes ice-bergs se levantaban á inmensas alturas; algunos pasaban de 400 metros. Estas montañas de agua sólida ofrecían el aspecto más extraño que puede imaginarse; pirámides y prismas se alzaban como gigantescas agujas en medio de montones de masas heladas, que afectaban diferentes formas y se mantenían milagrosamente en equilibrio. Por todas partes, en el horizonte, veíanse aquellas moles de hielo; eran la infranqueable barrera que impidió hasta ahora el arribo al Polo boreal.

Emprendimos algunas excursiones al N. y al O. en los trineos con objeto de buscar á la tripulación del *Futlandia*; pero nuestras pesquisas por los ásperos campos de hielo fueron inútiles. El 24 de Octubre otra nueva borrasca nos obligó á encerrarnos en el fuerte.

La temperatura se sostenía muy baja, y en nuestra chimenea ardía constantemente el combustible. Al exterior oíamos el silbido del huracan, deslizándose por las agudas puntas de los ice-bergs; continuos y estrepitosos ruidos nos anunciaban la ruptura y caída de enormes masas de hielo, que cedían al impulso del viento. Nuestra existencia era por demás monótona é inactiva; indefinible tristeza se apoderaba de nuestros espíritus; pero el capitán Rousseau parecía más preocupado que nadie; de algun tiempo atrás yo observaba en él un ensimismamiento extraño, como si una idea fija ocupara constantemente su cerebro.

A menudo sentábase en el salon, separado de nosotros, y allí se entregaba á profundas cavilaciones..... Su constante preocupacion llegó á alarmarme; decidíme un dia, y le interrogué de este modo:

—¿Qué os afecta, capitán amigo? Pensais, acaso, en que puede ofrecernos el porvenir terribles pruebas y penalidades?

—¿Qué decís?—murmuró el marino como si despertara de un sueño profundo, ó se sintiera trasportado bruscamente de un mundo de ilusiones á la penosa realidad de la vida.

Reiteréle mi pregunta, y entónces me contestó:

—No, amigo mio; no pienso en los azares que nuestra situacion pueda traernos; estamos admirablemente preparados para resistir los rigores de la invernada, y nada temo por esa parte.

—Pues ¿por qué os veo siempre abstraído y como abrumado bajo la pesadumbre de un pensamiento íntimo?

—Es que no puedo olvidar..... es que pienso.....—tartamudeó D. Luis, cual si titubeara en responder.

—En qué pensais?—insistí.

—Pienso.....—dijo bajando la voz—pienso en aquella lúgubre carcajada..... ¿Os acordais, amigo mio?

—Bien presente la tengo; y tanto como á vos me preocupa aquel suceso extraño.....

—No es la primera vez que oigo esa carcajada—prorumpió el capitán levantándose bruscamente y alejándose de mí.....

La nieve se había acumulado sobre la casa

á extremo tal, que el humo de los hogares salia difícilmente al exterior; entónces empezamos á notar que el ambiente era muy denso y que dificultaba la respiracion. Nuestra casa no era más que un pequeño recipiente lleno de gases deletéreos, sumergido bajo la enorme campana de una gigantesca máquina neumática. Procedióse á ponernos en comunicacion con la atmósfera exterior horadando la nieve por la chimenea; pronto el aire respirable penetró á torrentes en la casa, desalojando los perniciosos gases, producto de la respiracion.

Pero la nieve volveria á acumularse obstruyendo los orificios de las chimeneas, y el humo haria insoportable otra vez nuestra habitacion. D. Luis mandó que no se echase más leña al fuego; tan extraña orden nos consternó. El fuego es el agente que sostiene la vida en las regiones árticas; si se nos privaba de tan necesario elemento, ¿qué sería de nosotros?

Un resto de subordinacion contenia á los marineros; sin embargo, pronto observé en ellos algunos síntomas de hostilidad..... *Sin nombre*, Miguel Garzon, el contramaestre, todos, formando grupos, hablaban en voz baja con cierta vehemencia..... Yo miraba con miserativamente á D. Luis. ¿Estaria en su juicio el honrado capitán?

Este comprendió lo que en nuestros ánimos pasaba, y exclamó con vibrante acento:

—Tendremos calor sin fuego y sin humo.

Mandó en seguida traer una caja de hierro, que guardaba las armas de pesca; se vació su

contenido y fué instalada en medio del salon. La chimenea acababa de recibir un brazado de leña, que un marinero le arrojó á hurtadillas, y no tardó en esparcirse un intenso calor. El capitán hizo como que no habia reparado en ello.

Ordenó traer gran cantidad de carbonato de cal, que en algunos dias algo bonancibles habíamos conseguido calcinar, y se la echó dentro de la caja hasta llenarla en su tercera parte. Mirábamos todos estas operaciones sin comprender su resultado; D. Luis arrojó entonces sobre la cal cierta cantidad de agua y cerró rápidamente la caja.

Un momento despues era imposible tocar el cajon de hierro sin quemarse; se apagaron los hogares del salon y la cocina, y advertimos que en toda la casa reinaba suave temperatura; ¡cuántas alabanzas y plácemes recibió nuestro querido capitán!

Este nuevo sistema de calefaccion reúne las ventajas de no producir humo, ser muy económico y exigir poco cuidado, porque basta cambiar de vez en cuando la cal apagada por igual porcion de cal viva. De esta suerte no se viciaba tan pronto el aire, y sólo le renovábamos alguna que otra vez al dia desobstruyendo las chimeneas.

La temperatura al exterior era insoportable; bien lo notábamos al purificar el ambiente de nuestro domicilio. El 6 de Noviembre hubo señales de haberse modificado el rigor del tiempo; la nieve habia cesado de caer, y las chimeneas funcionaban libres de hielos. Cuatro dias

despues pudimos abrirnos paso á través de la nieve y salir al exterior.

La oscuridad era completa; el dia sólo duraba entónces algunas horas, y no tardaria en llegar el tiempo en que el sol no apareciese sobre el horizonte.

Nuestras casas y almacenes estaban sepultados bajo una espesa capa de hielo, que era necesario remover. Nos pusimos á trabajar con gran ahinco, y en ménos de treinta horas dejamos libres las puertas de las cuadras; era necesario que los perros y los rengíferos, que sufrían ya muy largo encierro, tuviesen algunos instantes de libertad; cuando les abrimos las puertas, salieron á manera de avalancha, atropellándose unos á otros.

Visitamos los almacenes, y tuvimos la satisfaccion de ver que los efectos que encerraban permanecían en perfecto estado de conservacion. El dia 13 quedó el establecimiento completamente despojado de hielos. Nuestros animales vagaban por las inmediaciones; algunas veces parecían emprender largas caminatas por los campos de nieve; pero nunca faltaban á las horas en que se acostumbraba á darles alimento.

El personal del fuerte ocúpose tambien en reparar la casa y almacenes, dándoles toda la seguridad posible. El invierno, propiamente dicho, no habia empezado aún, y temíase con razon su crudeza.

El dia 15 de Noviembre un inesperado acontecimiento nos sorprendió causándonos vivas inquietudes. Aquella tarde regresaron los perros

para el establo á la hora acostumbrada. El contraamaestre Hensch recontaba siempre el ganado, y al hacerlo aquel dia, advirtió que uno de los perros traia atado al cuello, á modo de corbata, un pedazo de tela roja.

Rápidamente cundió la noticia, y todos acudimos al establo. ¿Qué significaría aquella señal? ¿Habitarian cerca de nosotros algunos invernantes? ¿Tendríamos noticias del *Futlandia* y de su tripulacion?

Pronto íbamos á salir de dudas; sujetóse al perro, y desatando cuidadosamente la corbata, se encontró en uno de sus pliegues un pequeño papel doblado, que parecia contener algo escrito. La oscuridad no nos permitió que le leyésemos allí, y nos trasladamos al salon. La curiosidad y la impaciencia nos devoraban. El capitán leyó en alta voz lo siguiente:

«El *Futlandia* quedó aprisionado entre los hielos, en medio del estrecho de Smith, á los 77°, 3' de latitud N. y 79°, 48' de longitud occidental de Greenwich, el 17 de Setiembre. El buque no resistió la presión de los hielos, y sólo se pudo librar las lanchas y algunos víveres. El dia 8 de este mes salimos para el Sur en busca del fuerte San Juan; el tiempo es borrascoso; arrastramos las lanchas que nos sirven de trineos. Sólo quedan de la tripulacion veintisiete personas, las demás murieron del escorbuto, cuya enfermedad sigue cebándose en nosotros. Segun mis cálculos, debemos estar á seis leguas del fuerte al N.—Socorrednos pronto.—El capitán Gillenstierne.»

Honda tristeza produjo en todos nosotros aquella lectura. Pero no habia un instante que perder; ordenó D. Luis enganchar los tiros á los trineos, y tomando algunos víveres y nuestras ropas de más abrigo, nos lanzamos por los campos de hielo en busca de los pobres tripulantes del *Futlandia*.

Los trineos se deslizaban sobre la dura nieve más veloces que una locomotora á todo vapor; cuando llegó el efímero día del 16 de Noviembre habíamos recorrido ya muchas millas sin hallar vestigios de ningun campamento.

Al fin descubrimos hácia el O. una ligera humareda que salia de entre algunas enormes masas de agua solidificada. Aquel humo debía proceder del campamento, y hácia él nos encaminamos con toda la velocidad de nuestros tiros. Media hora más tarde veíamos ante nosotros cuatro extraños vehículos; eran las lanchas del ballenero cubiertas de un encerado, y apoyándose en unas zapatas á guisa de trineo.

En el interior de aquellas lanchas encontramos desfallecidos é inermes á nuestros compañeros; el hambre y el escorbuto marcaban en sus fisonomías terribles huellas. Les prodigamos de momento algunos auxilios, y se dispuso regresar al fuerte. El sol, despues de permanecer breves instantes sobre el horizonte, se ocultó de nuevo; pero una especie de claridad difusa, esparcida por la atmósfera, y que reverberaba en los campos de hielo, alumbró con vaguedad nuestro camino.

Instalamos en la casa á los recién llegados

con las comodidades posibles, y se les dieron las medicinas y los alimentos reparadores que su estado reclamaba.

El capitán Gillenstierne, á pesar de lo que le hacía sufrir el escorbuto, quiso referirnos sus desventuras, y amplió con extensos detalles la breve noticia que de ellas teníamos por el papel escrito, que tan oportunamente llegó á nuestras manos.

CAPÍTULO XI.

Extraña actitud de Simnobre.—En marcha por el campo de hielo.—Tres desertores.—La osa.—Hazaña de Simnobre.—En marcha otra vez sobre el hielo.

Al número de cuarenta y ocho ascendíamos entónces los habitantes de aquella region ártica, muerta y silenciosa, y como perdida en las sombras de la noche polar. El astro de la luz habia descendido bajo el horizonte, y no debia reaparecer hasta pasado algun tiempo.

El gobierno del fuerte correspondia al capitán Gillenstierne, que apénas restablecido tuvo que hacerse cargo de él, cediendo á las súplicas de D. Luis. La disciplina se habia conservado hasta aquel momento, y no era probable que se relajara en lo sucesivo.

Los náufragos del *Toro*, excepcion hecha de *Simnobre*, en quien no parecian hacer mella los rigores del clima, sufríamos, á consecuencia del frio, más que los dinamarqueses, que por razon de su oficio y ser naturales de los países del Norte, soportaban mejor aquellas heladas temperaturas. La situacion, sobre todo, se nos hizo intolerable cuando algunos de nosotros empezaron á padecer de agudas oftalmías y neuralgias. No faltó tampoco quien, como *Cu-*

vro Trinquete, estuviese á punto, en una breve excursión que hicimos, de perder la mano derecha por habérsele helado; ¡gracias que se acu-
dió á tiempo!

Si esto nos sucedía en los principios del invierno boreal, ¿qué sería más adelante?

A una latitud tan elevada, donde el polo del frío estaba más próximo que el terrestre, la vida era punto ménos que imposible para los seres organizados. Sólo se veían algunas focas, que de vez en cuando salían del mar por los orificios practicados en la costra de hielo que lo cubría; el oso blanco, envuelto en sus largos vellones, apénas se atrevía á llegar hasta aquel paralelo; y los demás animales árticos, propios de aquellos climas, desde mucho tiempo atrás habian huido en busca de más benignas latitudes.

Si la naturaleza habia puesto en aquel punto una barrera de frío, que detenía y obligaba á huir á los más robustos seres, ¿podía el hombre, animal muy sensible á los cambios de temperatura, permanecer en aquellas inhospitalarias regiones? Los marineros del *Futlandia* contestaban que sí; pero nosotros comprendíamos que nos era preciso abandonar aquellos parajes.

Esta idea posesionóse por completo de mi espíritu; Ricardo y Juan Areco pensaban de igual manera, y celebraron el pensamiento con vivas muestras de júbilo Miguel Garzon, *Curro Trinquete*, Pancho de Pravia y los semi-indios *Juanote* y *Pedrote*. Sólo el fogonero *Simnobre* pareció al pronto terriblemente contraria

do; pero reponiéndose luégo, dijo con cierta frialdad:

— Yo iré á donde mis compañeros vayan.

La extraña personalidad de aquel hombre me era insoportable de todo punto.

— ¡Aunque los tripulantes del *Futlandia*—le dije—rehusen abandonar el fuerte?

— ¡Ah! no—replicóme con indefinible sonrisa y singular expresion.—Mucho sentiré partir, pero sentiria más quedarme si se ausentan ustedes.

Y apénas acabó de pronunciar tan enigmáticas frases, volvió la espalda y se alejó del grupo que á la sazón formábamos, no incluyendo á D. Luis, los náufragos del *Toro* Algo misterioso é incomprensible existia en aquel hombre, que excitaba vivamente mi curiosidad. La más atenta observacion de sus actos, palabras y acciones, sólo hacía aumentar mis recelos y desconfianzas; pero no me daba la clave de los enigmas que yo intentaba descifrar.

Dejé por entónces al tiempo y á mi perseverancia que hiciesen luz acerca de la nebulosa personalidad del fogonero, y consagréme en cuerpo y alma á llevar adelante la empresa que me habia propuesto. Acompañado de mis jóvenes compatriotas me presenté al capitán Roisseau, y expuse nuestros deseos y propósitos, que eran abandonar el fuerte y dirigirnos, ántes que el mal tiempo lo estorbara, á una factoría dinamarquesa, situada más al S., en la cual soportaríamos mejor el invierno.

Encontró D. Luis plausibles mis razones, y

convino en que nuestros temperamentos meridionales resistirian dificilmente, en tan alta latitud, los rigores de la estacion. Acto continuo pasamos á ver al capitan Gillenstierne. En vano nuestro jefe y amigo intentó persuadirle acerca de la conveniencia de abandonar el establecimiento.

El capitan dinamarqués rechazó en absoluto esta idea alegando: Que él y sus marineros habian invernado ya dos veces en los climas boreales, y no hallaba inconveniente alguno en que lo hiciesen la tercera; que el abandono del fuerte San Juan determinaba la quiebra de los armadores, que bastante tenian que lamentar en la pérdida del *Futlandia*, solo reparable con las existencias almacenadas en el establecimiento; y que el abandono de éste suponía su destruccion, pues no era posible que resistiese la presion de los hielos acumulados sobre él en la invernada, ó no le arrasasen las avalanchas formadas por los deshielos al principio del verano.

De gran peso era la argumentacion del capitan Gillenstierne; pero á nosotros, náufragos del *Toro*, no nos obligaba á nada. Resolvimos, pues, dejar el fuerte, tan luego acordásemos el itinerario que debíamos seguir y con qué medios de trasporte podíamos contar.

—Respecto al segundo punto,—nos dijo el honrado dinamarqués—como que todos ustedes tienen participacion, más ó ménos directamente en los beneficios, y como no es posible practicar ahora la liquidacion de las existencias

almacenadas, á buena cuenta les daré dos trineos con sus tiros y los víveres que puedan necesitar.

Dímosle las más expresivas gracias porque su generosidad orillaba el extremo que mayores dificultades ofrecía.

—Por lo que hace al itinerario—siguió diciendo el capitán del *Futlandia*—creo que siguiendo el litoral de Groenlandia y aprovisionándose en las factorías que encuentren, llegarán ántes de cuarenta días á Gothoab, en donde el verano próximo podrán embarcarse en alguno de los buques que allí recalán.

Preparamos á toda prisa el viaje, y el 25 de Noviembre, dispuestos los trineos en el patio del fuerte y después de despedirnos de los invernantes, emocionados y casi con lágrimas en los ojos, nos pusimos en marcha para el Sur.

El tiempo estaba sereno, y, sin embargo, caía abundante nieve y se dejaba sentir intenso frío. El fuerte San Juan no tardó en ocultarse á nuestros ojos tras las gigantescas moles de hielo que le rodeaban. Seguíamos un camino tortuoso y difícil; mas era imposible seguir otro por la disposición de la banca que bordeábamos.

En aquel dédalo de moles de hielo solo nos podían guiar las constelaciones, que brillaban á través de las brumas; la brújula, completamente trastornada por la inmediatez del polo magnético, no marcaba con firmeza el Norte.

Llevábamos dos horas de marcha cuando ocurrió un suceso que me dió mucho que pensar. Al dar vuelta á una enorme masa de hielo

vimos tres hombres que se adelantaban hácia nosotros. *Simnobre* corrió á su encuentro, y despues de cambiar con los mismos algunas frases vino, precediéndoles, á donde estaba D. Luis.

Aquellos hombres pertenecian á la tripulacion del *Futlandia*; se habian escapado del fuerte temiendo pasar allí la invernada, y rogábanos les llevásemos en nuestra compañía, pues estaban decididos á perecer entre los hielos ántes que regresar al punto que abandonaban. Nuestro capitan, con su excelente corazon, admitió á los tres desertores, y continuamos nuestro penoso camino.

La marcha era lenta; solo se andaba cinco leguas diariamente, por lo cual tardaríamos unos doce dias en llegar á Uppernawick. Durante tres jornadas seguimos una direccion casi S.; pero en los comienzos de la cuarta nos detuvo bruscamente una mole inmensa cortada á pico, que excederia de cien piés de altura.

Ni al S. ni al E. habia camino practicable; solo al O., con inclinacion al NO., abríase una brecha larga y tortuosa. O debíamos retroceder, ó penetrar por el estrecho callejon, por más que esto nos apartaba de nuestra ruta; optamos por el último extremo.

Los trineos avanzaban con dificultad por aquel pasadizo sembrado de rocas de duro hielo; á menudo teníamos que ayudar á los perros en su tarea de arrastre, y levantar en alto los vehículos para trasponer las asperezas del suelo. El estado de la atmósfera parecia calmoso, aunque se dejaba sentir el frio con exceso, y

caían en abundancia pequeñas partículas de nieve. Nuestra respiración se hacía dolorosa, y el vapor acuoso que salía de nuestros labios convertíase en nieve ó se nos cristalizaba en los bigotes.

Tuvimos ocasión de confirmar lo observado por algunos viajeros acerca de las agudas agujas de hielo que llenan nuestra boca, cuando la tenemos abierta imprudentemente algun tiempo. Este fenómeno tiene por causa la cristalización de los vapores acuosos de la respiración. Cuando tal acontece, se hace imposible cerrar la boca, porque las agujas, como si fueran de acero, penetran en la lengua y el paladar. Uno de nuestros hombres sufrió tan extraño percance.

El 30 de Noviembre advertimos que el callejon se bifurcaba, y que uno de sus ramales tomaba de repente la dirección del S. Penetramos por él llenos de alborozo, pues nos veíamos en el buen camino.

El cielo empezó á oscurecerse de tal modo que las estrellas no se veían. Todo anunciaba un temporal de muchos días. Fué preciso hacer uso de linternas para buscar un sitio abrigado; en aquellas latitudes es temeraria imprudencia viajar con mal tiempo. Los anteriores días, la luna, con su luz pálida y triste, alumbraba lánguidamente nuestro camino, pero aunque entraba en su lleno al otro día, estábamos sumidos en las más profundas tinieblas.

El temporal no tardaría en desencadenarse, porque el viento nos envolvía ya en sus recios

torbellinos cubriéndonos de nieve. Era preciso buscar un refugio cuanto ántes; en la base de un enorme *ice-bergs*, de los que bordeaban el camino, se abría una cueva natural, cuyo oscuro fondo no descubría la linterna; su ancha boca y espacioso interior permitían que nosotros y los trineos con sus tiros pudiéramos pasar allí el mal tiempo.

Colocamos nuestros efectos, vehículos y personas á la entrada de la gruta, que era la parte más ancha, y en el fondo oscuro donde la luz no llegaba, se alojarían los perros. Los soltamos y les dimos su correspondiente ración de carne seca de rengífero. Entre tanto, el insigne Pancho *de Pravia*, en un pequeño hornillo portátil, preparábase á confeccionar para nosotros algunos alimentos.

Ya el aceite de la sartén puesta al fuego, mostrábase en disposición de recibir la carne fresca que conservábamos en hielo. El aceite caldeado chisporroteó al contacto de la carne húmeda, esparciendo gran humareda y agradabilísimo olor.

De repente, un mónstruo de piel blanca se presentó en el fondo oscuro de la cueva, exhalando de sus fauces vagos murmullos y bramidos; á su vista, los perros prorumpieron en lúgubres aullidos y se refugiaron debajo de los trineos. Nosotros, envueltos en el humo que el aceite levantaba, no le veíamos distintamente.....

El animal avanzó hasta cerca del hornillo; era una osa de espantable magnitud. Despre-

venidos y desarmados nos encontraba la enorme bestia, que se detuvo un instante contemplándonos, como si tratara de escoger su primera víctima. Por suerte nuestra, el bullicio de los perros, fijando su atención, hizo saltar hacia aquel sitio; pero en el momento de volver la espalda, un hombre, armado de un cuchillo, se montó sobre su robusto lomo.....

Irguióse el animal sobre sus patas traseras, y con bruscas sacudidas y resoplidos procuraba desasirse de aquel parásito, permitiéndome la frase, que se aferraba á sus espesos vellones con los dientes, las piernas y la mano que tenía libre.

Nosotros presenciábamos aquella escena poseídos de ansiedad y evitando las terribles zarpadas de la osa: comprometida era la situación del hombre que cabalgaba sobre ella; la rapidez en el obrar podía sólo salvarle. Así debió comprenderlo él, porque sin esperar á más, hundió repetidas veces su cuchillo en el cuerpo de la bestia, la cual, lanzando cavernosos alaridos, que hacían retemblar la gruta, cayó al suelo con las ansias de la muerte.

Los marineros victorearon al vencedor, que no era otro que el fogonero *Simnobre*. Allí estaba, en medio de la gruta, con su epidermis renegrida, blandiendo el cuchillo tinto en sangre, y paseando sus miradas por todos nosotros.....

—¿Qué teneis, capitán?—preguntéle en voz baja, observando que palidecía.

—Recuerdo—me contestó—que hace más

de veinte años presencié una lucha bajo las mismas condiciones que la que acaba de tener lugar.

—¿Y deducís de eso....?

—¡Nadal!—repuso D. Luis secamente y alejándose de donde yo estaba.

Se registró la cueva detenidamente por ver si la osa tenía algun oseznó; pero no pudo hallarse vestigio de tal cosa. Uno de los marineros daneses desolló la fiera, cuya carne guardamos para conservarla en cajones llenos de hielo.

Volvió el mulato Pancho *de Pravia* á reanudar sus interrumpidas tareas culinarias, y apenas las hubo terminado, pusímonos todos á cenar, seguros de que en la cueva no habia más osos, si bien estábamos prevenidos por si algun macho rondaba los alrededores.

Poco despues nos entregábamos al sueño, quedando de guardia un marinero que sería relevado á las tres horas, y así sucesivamente.

La borrasca, cuatro ó cinco horas más tarde, se desencadenó con furia; oíamos los silbidos del huracan en medio de los escarpados *icebergs*, que á menudo anunciaban con pavoroso estruendo su caída. La nieve, en gruesos copos, rellenaba las hendiduras y grietas del helado suelo, y nos era preciso rechazar de vez en cuando, la que pretendia obstruir la entrada de nuestro albergue.

El descenso de la temperatura se pronunciaba por instantes, á extremo tal, que en el interior de la gruta sentíamos helarnos. Así tras-

currieron dos días de terribles sufrimientos; los semi-indios *Juanote* y *Pedrote* viéronse amagados de escorbuto; pero algunas dosis de coclearia impidieron el desarrollo del mal.

Al fin cesó la tempestad; la atmósfera estaba casi limpia y la superficie de los hielos favorablemente modificada. El capitán dispuso partir en seguida; mas las fuertes nevadas que habían caído elevaron el suelo ante la entrada de la gruta en tanto espesor, que era impracticable la salida de los trineos. Pronto algunos de nuestros hombres removieron dicho obstáculo, y los vehículos, enganchados ya, salieron al aire libre.

Aquellos dos días de descanso nos habían fortalecido en gran manera. Hacía ocho que habíamos dejado el fuerte San Juan, y calculábamos en treinta leguas la distancia recorrida.

Los campos de hielo se habían modificado considerablemente; el camino que seguíamos hacía el S. estaba abierto en todas direcciones y su superficie más nivelada que antes. En esta disposición anduvimos doce leguas en dos días, y el 6 de Diciembre desembocamos de pronto en medio de una llanura de hielo, cuyos límites no alcanzaba la vista. Era un inmenso *ice-field*, perfectamente plano.

Los trineos correrían con facilidad por aquella dilatada extensión de hielo. El capitán Roisseau creyó necesario entonces orientarse acerca del lugar en que se hallaba, y á este fin verificó algunos cálculos astronómicos, que comprobó con sus notas de viaje, y nos hizo saber,

que nos encontrábamos en el mar de Baffin, no muy distantes de las tierras del mismo nombre.

Su intencion, en vista de las observaciones practicadas, era continuar hácia el S., á lo largo de las tierras de Baffin, Kennedy, Cumbertlan, etc., y atravesando despues el estrecho de Hudson, dirigirse á alguno de los fuertes establecidos en la Nueva Bretaña, donde encontraríamos más facilidades de trasporte.

La distancia que era necesario recorrer pudiera calcularse en 180 leguas, que era posible andar en veinticinco dias, si el campo de hielo continuaba compacto y uniforme como hasta allí.

Todos, al parecer, aceptamos con júbilo los propósitos del capitan, y yo dispuse y se aprobó un nuevo orden de marcha. Eramos trece los expedicionarios y podíamos ocupar los dos trineos, si se les aligeraba de efectos inútiles. Cada uno de dichos vehículos iba tirado por doce perros, que podian, no haciéndoles correr mucho, trasportarnos cómodamente.

Se abandonaron en el campo de hielo varios cajones llenos de cal, gran número de utensilios de cocina y no escasa porcion de herramientas; sólo reservamos lo que era de absoluta necesidad. Despues nos dividimos en dos grupos; el capitan, los hermanos Areco, Miguel Garzon, *Curro Trinquete* y yo ocuparíamos un vehículo, y el resto de los expedicionarios el otro: ambos fuéron herméticamente cerrados con dobles pieles, y en cada uno de ellos se colocó además una caja de hierro con cal y

agua, que en gran manera modificaba la temperatura.

El viaje en estas condiciones, si el tiempo continuaba tranquilo, se realizaría con rapidez y sin grandes sufrimientos. Los trineos avanzaban de ocho á diez leguas por día, descansábamos otras tantas horas, y sólo á las doce de la mañana se hacía un pequeño alto para comer.

CAPÍTULO XII.

Situacion moral.—Historia del médico español.—En perpétua noche.—El continente americano.—Nueva Bretaña.

Un dia, y otro y otro presentábase á nuestra vista, monótona y uniforme, la inmensa sábana de hielo, cuyos límites se perdian en las cenicientas brumas del horizonte. La inercia, el aburrimiento, el extraño sopor del frio parecian ejercer en nosotros, física y moralmente, visibles perturbaciones; no sólo se entumecian nuestros miembros, como si perdiesen su vital energía á causa del forzado quietismo á que nos obligaba nuestra permanencia en los trineos, sino que experimentábamos tambien efectos parecidos en nuestras facultades intelectuales.

Todos, unos más que otros, éramos víctimas de singular obsesion. Parecíanos que aquella llanura helada se prolongaba al infinito, sin término ni medida, y que nuestro viaje era la más viva representacion del suplicio de Tántalo. Juan Areco y el capitán, especialmente el último, mostrábanse taciturnos y ensimismados.

Además de la influencia moral de nuestra situacion, comun á todos, luchaba D. Luis, desde algun tiempo á la fecha, segun pude comprender, con extraños recuerdos y memorias

del pasado. Yo, sacando fuerzas de flaqueza, como suele decirse, procuraba levantar el abatido ánimo de mis compañeros con anécdotas y narraciones que yo mismo inventaba muchas veces.

Cierto día, para distraer al capitán Roisseau y á mis jóvenes compatriotas, les propuse dar lectura al manuscrito, que el excelente médico español de Breidabolsland me había entregado al despedirse de mí. Con aire indiferente aceptaron mi ofrecimiento.

—No os pesará, —les dije—es una historia del realismo social de nuestros tiempos. Yo la conozco por haberla leído ya; pero experimentaré sumo gusto en repasar de nuevo sus breves y pintorescas páginas.

Esta especie de exordio tuvo el privilegio de llamar la atención de mis amigos.

—Prestad cuidado—exclamé sacando unos papeles del enorme bolsillo de mi chaquetón de piel de oso.

Y empecé la lectura del manuscrito, que decía así:

»Ligeros rasgos de la historia de mi vida.

»Nací en Valencia, ciudad de floridos vergeles y de recuerdos y reminiscencias árabes. Fui hijo único, y mis padres poseían pingüe fortuna, parte de la cual invirtieron en mi educación; para completarla, después de haberme doctorado en Ciencias médicas ante el Claústro Universitario de Madrid, hiciéronme emprender largos viajes por casi toda Europa y no escasa porción de América. En ambas regiones con-

traje conocimientos y amistad con los hombres más eminentes del saber humano.

»Mis excursiones no eran solo de puro recreo, como las de cualquier simple *tourista*; yo observaba y estudiaba atentamente las clínicas, los aparatos quirúrgicos, y cuantos progresos y adelantos acerca de mi profesion se conocian y practicaban en otras naciones.

»Establecíme definitivamente en la capital de España, y empecé á ejercer mi facultad con general aplauso. No se me tache de inmodesto; mas celebrábanme tan á menudo en periódicos nacionales y extranjeros, por mis curas y arriesgadas operaciones, recibia tan repetidamente plácemes y elogios de las celebridades científicas de otros países, con las cuales sostenia activa correspondencia, que bien puedo aventurar aquella frase sin que se me tilde de vanidoso.

»¡Ahl ¡cuán feliz me consideraba entónces! ¡cuán grata, dulce y bella era para mí la vida!

»Quise hacer partícipe de mi ventura á un sér, relativamente desgraciado, y convertí en esposa mia á una triste jóven de sin igual belleza, pero nacida en las ínfimas clases de la sociedad. Encarguéme yo mismo de educarla, de instruirla, de aleccionarla para que figurase dignamente en el puesto á que la habia elevado desde su humilde esfera.

»Un año despues de nuestro matrimonio tuve precision de ausentarme de Madrid. Habia invadido la Siberia oriental una enfermedad contagiosa, desconocida hasta entónces, que cau-

saba numerosas víctimas; revestía singulares caracteres, y se la supuso importada de la China, pues los rusos se habían apoderado de la isla Segalien y del territorio comprendido hasta el río Amour. A objeto de conocer tan extraña enfermedad partí para aquellas tierras.

»En Inkutsh encontré á otros profesores, que animados de iguales propósitos, me habían precedido.

»Mi ausencia duró cerca de un año. ¡Qué plácidos instantes pasaba leyendo las tiernas y apasionadas epístolas de mi esposa! Anunciéla oportunamente mi regreso; pero por una fatalidad terrible se extravió la carta, y llegué á Madrid, sin ser esperado, en las primeras horas de la mañana. Mucho me extrañó no fuese mi esposa á recibirme ni me enviase, cuando ménos, algun criado con el coche.

»No sé qué vago presentimiento se apoderó de mi espíritu. Corrí á mi hotel, situado en la Castellana: la sorpresa, casi el miedo se reflejó en los ojos de los criados al verme. Dije á la doncella de mi esposa que la anunciase mi llegada. La sirvienta vaciló, púsose lívida..... Rechacéla bruscamente y penetré en el dormitorio de mi mujer..... No estaba allí..... El lecho yacía intacto..... ¡Había pasado la noche fuera de casa!

»Un sobre y un papel doblado, que estaba encima de la mesa de noche, llamaron mi atención..... Con mano temblorosa, temiendo no sé qué, los cogí y leí en ellos..... ¡mi vergüenza y el oprobio de una mujer!

»En aquel inmundo billete un amante daba cita para la pasada noche á mi esposa..... Mi esposa! ¡la mujer que habia elevado hasta mí desde el barro de la calle! ¡la mujer de clase humilde, que me debia nombre, posicion y fortuna....!

»Salí ciego, enloquecido de mi casa. Instalé-me en el Hotel de Rusia, y poseido de febril actividad realicé todos mis bienes, hice cuantiosas limosnas, y llamando á los padres de la desgraciada que deshonoraba mi nombre, les dí una fuerte suma para los gastos de su hija, quien desde allí en adelante viviria con ellos, porque el hotel con todo su mobiliario habia dejado de pertenecerme.

»Y sin ver á nadie, ni de nadie despedirme, empecé, como el judío Ashavero de la leyenda cristiana, á recorrer el mundo, llevando en el alma la desesperacion y en la conciencia la duda y el escepticismo más crueles.

»En 1843 hallábame en Lóndres, cuando recibí una carta de mi notario de Madrid, en la que me hacía saber que mi esposa, no pudiendo sobrellevar la pérdida de su anterior boato, y, más que nada, el desden con que la veian sus antiguos adoradores, habia, en un raptó de ofuscacion, quitádose la vida. ¡Pobre mujer! ¡lamenté su triste fin! ¿En qué disminuia su muerte mis pesares? De su falta, fué quizás único móvil el ambiente social que en los primeros años de su vida respiró.

»¡Ay! ¡yo la amaba todavía!

»Continué, poseido de extraña excitacion,

mi triste peregrinaje por la tierra. Ansiaba llegar á un punto, y huía de él apenas mis piés le hollaban; parecíame que por todas partes leían las gentes en mi rostro la vergüenza estigmatizada en él por la torpe conducta de mi esposa..... De buena gana hubiera imitado su ejemplo suicidándome..... ¡Ah! yo deseaba la muerte, la buscaba, la apetecía; mas repugnábame cometer un crimen en mí mismo.....

»Trascurrió el tiempo: en Octubre de 1846 me embarqué en New-Yorek en una fragata inglesa, que iba á hacer la travesía desde dicho puerto al de Liverpool. Conducía numeroso pasaje que á todas horas ocupaba la toldilla del buque; mi rara misantropía hacía-me huir del trato de toda clase de gentes, y procuraba encontrarme siempre solo, aislado de los demás.....

»Una jóven, al parecer, pues cubria su rostro denso velo, manifestaba mis mismas aficiones; rehuía todo contacto con los pasajeros, y solo en los más retirados parajes del puente se la veía.....

»El tiempo era magnífico; fresco brisote impulsaba la fragata hácia las costas de Inglaterra; pero á la altura del Banco de Terranova desencadenóse la tempestad con imponente aspecto. Soplaba huracanada virazon del SE., apartándonos de nuestra ruta; en balde el capitán resistió cuanto pudo la fuerza del viento; vióse obligado, al fin, á aferrar todo el velámen, y á correr á palo seco delante del temporal.

»El buque volaba sobre las movibles crestas

de las olas; impenetrable oscuridad reinaba en torno; vino la noche y con ella se hizo más difícil la situación. Trascurrieron muchas horas; el barco apenas gobernaba; era arrastrado por el huracán en su vertiginoso movimiento.

»De repente, un choque espantoso, formidable, conmovió de proa á popa todo el buque; acababa de encallar. En medio de lamentos, blasfemias y sollozos, gritaban muchas voces: «¡A las chalupas! ¡a las chalupas!» Arriáronse éstas, y pasajeros y tripulantes empezaron á descender por la escala.....

»Yo, mientras tanto, asido á la borda, contemplaba aquella escena tranquilo, sonriente.... Tenía el propósito de quedarme á bordo de la fragata, que por momentos se hundía.... De pronto sentí que una mano cogiendo mi diestra me atraía hácia sí..... Era la mujer del velo que me invitaba á ocupar uno de los botes.....

»Rechacé bruscamente su oferta; pero hubo de leer, sin duda, en mis ojos y actitud cuáles eran mis intenciones, porque asíome de nuevo la mano con tan vehemente expresión de súplica, que, sin saber lo que me hacía, como un autómatas, fuí detrás de ella, y ocupé á su lado un sitio en el bote.....

»A pesar de las densas nubes que encapotaban el cielo, el crepúsculo matinal anunciaba ya el nuevo día. Nuestra chalupa, cargada de gente, se separó del costado de la fragata; pero con tan mala fortuna lo hizo, que fué cogida de través por una ola terrible y lanzada al abismo..... No sé cómo me ví en la superficie de

las aguas, é intenté ganar á nado un islote próximo..... Entónces advertí que la mujer del velo agitaba desesperadamente los brazos y desaparecia bajo las ondas..... La así del cabello, y, en un momento de relativa calma en el oleaje, alcancé con ella el islote.....

»Unos pobres pescadores nos recogieron al otro dia en su barca. Eramos los únicos sobrevivientes de aquella catástrofe, y la tierra á que habíamos aportado llevaba el nombre de Islandia.

»Fácilmente se adivina lo que pasó despues: aquélla mujer, que era jóven, hermosa y rica, veíase, como yo, entregada á merced de su destino en aquél olvidado rincon de la tierra. Las necesidades del momento, el mútuo desamparo, la comun desgracia nos atrajo el uno hácia el otro; pero habia además otros puntos de contacto entre nuestras dos almas: aquella mujer erraba tambien por el mundo llorando amargas decepciones. La historia de sus duelos era viva representacion de la mia.

»Nacida en Cuba, creyó hacer su felicidad entregando su amor y su fortuna á un hombre que nada poseia. Las promesas, los juramentos, la simulada humildad de aquél hombre trocaronse, apénas se celebró la ceremonia nupcial, en desvío, malos tratos é inconcebible abandono. Casi nunca se le veia en casa; el juego y las orgías, los tahures y las más degradadas mujeres absorbían todo su tiempo. Tan corrompida conducta pronto le ocasionó la muerte.

»Herida en sus más caras afecciones, la jóven

esposa buscó un lenitivo á sus penas en los viajes, y entónces..... entónces, en uno de ellos, los inescrutables arcanos de la Providencia nos reunieron, y decidimos, lejos de la civilizacion y olvidados del mundo, hacer nuestra patria adoptiva del país á donde nos condujo el destino.

»Sancionada por la Iglesia nuestra union y buscando la felicidad en las prácticas del bien, nos consagramos desde entónces á mejorar la triste suerte de los habitantes de esta comarca. De Breidabolsland, poblacion cercana al lugar en que naufragamos, hicimos nuestra residencia; y á fuerza de tiempo, perseverancia y respetables sumas de nuestro capital, hemos logrado desenvolver en el país los únicos cuatro venteros de riqueza que por el pronto podian explotarse, y son: pesca, salazones, cria de ganados y algunos cultivos agrícolas.

»La miseria y la inactividad tenian ántes su asiento en esta comarca; hoy todo en ella es bullicio, animacion y vida. No hay en esta region islandés alguno, por pobre que sea, que no viva con cierto desahogo; así es, que estas sencillas gentes bendicen la hora en que aporté á sus playas; y como les asisto además, gratuitamente, en todas sus dolencias, no es mucho, en verdad, que me estimen y consideren como á su bienhechor y amigo.

»Lo que precede expuesto explica suficientemente, porqué al lado de mi esposa y de mi hija vivo dichoso y feliz en esta tierra de Islandia, tan distante de los centros civilizados, y,

por esto mismo, doblemente grata para mi reposo.»

—Comprendo perfectamente—exclamó Juan Areco apenas hubé terminado la lectura del manuscrito—que el filántropo y sabio médico español, despues de los sinsabores que desgarraron su alma generosa, haya encontrado la dicha en un medio social, donde sus bellos instintos se desenvuelven con entera libertad de accion.

—No participo, hermano, de tus filosofías—prorumpió Ricardo con su natural bullicioso y alegre;—por nada del mundo resignaríame á vivir en ese destierro.

Mientras tanto, nuestros trineos avanzaban rápidamente por aquellos campos de hielo, en los cuales nada de particular nos sucedió hasta el día 8 de Enero de 1858, en que llegamos á la isla de Southampton, situada en medio de la entrada á la bahía de Hudson. Algunas leguas de error en los cálculos habian causado aquella leve desviacion.

El país estaba cubierto de hielo y sumido en las sombras de la noche. Solo un ligero crepúsculo permitia divisar los objetos; la luna próxima al novilunio, alumbraba breves instantes; el sol aún no habia reaparecido.

La isla de Southampton no era el término de nuestro viaje, porque estaba desierta; era necesario bajar al S., á lo largo de la costa del mar de Hudson, para encontrar alguna de las factorías que se ocupan del comercio de pieles. Emprendimos de nuevo la marcha; las condiciones del camino eran iguales á las del que dejábamos

detrás. El mismo día nos dirigimos al O. y pisamos la tierra de Chesterfield.

¡Aquella tierra era del continente americano!

Nos hallábamos en la vasta región de América llamada Nueva Bretaña por pertenecer á los ingleses. Este territorio abarca una extensión de 9.500.000 kilómetros cuadrados, y su población es tan escasa que puede considerarse como desierto; su posición geográfica en la parte más septentrional de la América del Norte, hace que el clima sea riguroso y cubran el suelo la mayor parte del año espesas capas de nieve; está situado entre los 55° y 140° de longitud O. de Greenwich, y los 48° y 70° de latitud N.

Se divide en grandes regiones, las cuales, en su mayor número, son dominios de compañías comerciales. Lo ingrato del clima hizo que este país no pudiese poblarse tan rápidamente como los otros del Nuevo Continente; y aún el corto número de extranjeros residente en él se halla aglomerado en la parte meridional, á orillas del Atlántico, ocupando el Alto y Bajo Canadá en las dos márgenes del río San Lorenzo, donde sostiene un lucrativo comercio con los Estados- Unidos y Europa exportando maderas, pieles y bacalao.

La ciudad de Quebec, á orillas del río San Lorenzo, cerca del golfo del mismo nombre, es la capital de los dominios ingleses en la América del Norte. Otras muchas é importantes poblaciones del Canadá se encuentran en las ori-

illas de aquel gran río y de los lagos Ontario, Erie, Huron, Superior y Michigan.

En esta región, la más culta de la Nueva Bretaña, todavía existen algunas tribus indias que vagan por las inmediaciones de los grandes lagos, sobre todo en el Bajo Canadá. Las principales de estas tribus denominanse *hurones*, *algonquines* é *iroqueses*, que solo se ocupan de la caza y de traficar en pieles.

Los habitantes de Nueva Brunswick, población situada en la desembocadura del río San Lorenzo y dando frente á la isla de Terranova, se dedican á la pesca y á la preparacion del bacalao, que tanto abunda en sus costas. A esta industria deben su importancia los puertos de Frederikclown, S. Jhons, Halifax, Sidney y San Juan.

Al N. del Canadá se extiende la tierra del Labrador, completamente despoblada, hasta el Océano septentrional y confines de las tierras árticas; y por otro lado, los territorios de la bahía de Hudson ocupados por algunos fuertes ó colonias que comercian en peletería. El resto de la Nueva Bretaña pertenece á otras compañías como la de San Luis, del Noroeste, etc.

El camino más seguro para nosotros era el del Canadá, porque á cada paso encontraríamos los establecimientos de la Compañía de Hudson. Convenía ante todo dirigirse al más próximo de los fuertes de la Compañía, á objeto de reponernos algun tanto de las fatigas del viaje; tambien lo necesitaban nuestros pobres perros.

Pero habia una duda que resolver; ¿cuál era

el fuerte más cercano al territorio de Chesterfield? Sólo teníamos un mapa bastante incompleto de aquella region; señalaba algunos fuertes, los más próximos, en las orillas del lago del Esclavo, á 350 millas de distancia; tal vez habia otros más inmediatos, pero no conocíamos su situación.

CAPÍTULO XIII.

Vuelve la luz del sol.—Cinco esquimales.—El fuerte Simpson.—Itinerarios.—Los marineros rusos.—El fuerte Vermillon.—Camino de Arkangelsk.

Después de dos días de descanso, emprendimos otra vez la marcha, el 10 de Enero, con dirección al O., pues por ella llegaríamos al lago del Esclavo. El suelo continuaba presentando su anterior monotonía; su helada corteza reflejaba las inciertas luces del crepúsculo y de las estrellas, únicas que alumbraban aquella extensión blanquecina. Los trineos se deslizaban velozmente por su dura superficie, andando de 10 á 12 leguas diarias. Contábamos con llegar al lago en diez días, de modo que concluiría aquella parte del viaje al mismo tiempo que la noche polar replegara un poco su oscuro manto, para que de nuevo exhibiese el sol su rubia cabellera.

Nuestro viaje iba tocando á su término, según creíamos. El sol aparecía ya sobre el horizonte; pero ántes que su disco frío y pálido se mostrara por completo, volvía á ocultarse. La noche polar habia concluido; era el 20 de Enero de 1858. Pero aún no habíamos avistado el fuerte Reliance hácia el cual nos dirigíamos, ni

ningun otro. Proseguimos caminando con la ansiedad consiguiente.

Otros dos dias pasaron sin que nuestras esperanzas se realizasen. Para colmo de desgracias, hubo que abandonar tres perros que se negaron á seguir tirando; quizás los otros no tardarian en imitarles.

El capitán, á fin de conocer nuestra situacion, hizo el dia 24 algunas observaciones astronómicas, que trasladadas á la carta geográfica ind caban á 90 millas más al NO. el fuerte Providencia. La distancia que de él nos separaba debíamos recorrerla en treinta y cinco ó cuarenta horas, aprovechando el último arranque de los tiros.

Se aligeraron considerablemente los trineos, abandonando cuanto no era de un uso preciso, y nos pusimos en marcha. Los conductores hostigaban sin cesar á los perros, ora con sus gritos, ora con el látigo, que restallando en el aire caia sin piedad sobre el lomo de los pobres animales. Sólo parábamos de tres en tres horas para que comiesen su crecida racion de carne.

Así recorrimos 70 millas en treinta y una horas. Pero durante este tiempo habian quedado ocho perros fuera de combate, y los demás negáronse desde allí á continuar arrastrando los vehículos. Este contratiempo no logró desanimarnos; sólo nos faltaban 20 millas para llegar al fuerte; abandonamos, pues, los trineos y recogiendo lo más preciso en víveres, armas y abrigo, continuamos á pié y resignadamente nuestro viaje.

El frío era muy intenso, y las brumas de la atmósfera dejaban caer sobre nosotros copiosísima nevada. Por fortuna no hacía viento, y con las linternas encendidas y apoyándonos en largos bastones con puntas de hierro, avanzábamos á buen paso.

Las densas nubes que cubrían el cielo nos ocultaban el sol y los demás astros. Era, pues, imposible orientarse, no poseyendo más que una brújula, inservible á causa de las perturbaciones magnéticas que habia experimentado. Sin embargo, seguíamos adelante trazándonos en lo posible, una línea recta.

El día 27 vimos á lo léjos unos esquimales que venían hácia nosotros. Eran cinco, vestidos de pieles sin diferencia de sexos, bajos de estatura y rechonchos; parecíanse á pequeños osos parados sobre sus patas traseras.

Resolvimos pedir noticias á aquellos pobres salvajes acerca del fuerte Providencia y del camino que seguíamos. Pero nuestros esfuerzos de gesticulación y de expresiva mímica sólo consiguieron averiguar, que ellos se dirigian al fuerte Simpson, situado hácia el O., segun indicaban. Puesto que no habíamos encontrado ninguno de los establecimientos que señalaba la carta geográfica, el partido mejor era seguir en compañía de aquellas gentes.

Aunque con inmenso trabajo, se lo hicimos comprender así. La nivelada llanura, que habíamos por tantos días recorrido, fué poco á poco trasformándose en un suelo accidentado por montecillos y valles cubiertos con una

blanca sábana de nieve. La vejetacion debia ser más abundante en aquella region, porque en las colinas que rodeaban los valles, veíanse á trechos las fantásticas siluetas de los árboles cubiertos de hielo, de cuyas ramas pendian enormes carámbanos que, asemejándose á transparentes estalagmitas, se apoyaban en el suelo.

De vez en cuando solíamos hallar algunos osos, pero no se mostraban hostiles. El día 1.º de Febrero presentóse la atmósfera despejada; el paisaje se habia convertido en una extensa planicie, que limitaban al O. las montañas Rocallosas; todo aparecia teñido de ese tinte de tristeza producido por las nieves.

En medio de la llanura se levantaba una informe eminencia, cubierta ó formada de hielos. Los esquimales nos anunciaron que allí estaba el fuerte Simpson. En efecto, no tardamos en encontrar algunos soldados ingleses que nos condujeron á él.

Ocho dias permanecimos en aquel hospitalario albergue. Componíanle, principalmente, dos edificios; vivia en el uno el capitán Shaw con sus oficiales, y en el otro los treinta soldados que custodiaban el fuerte. No tenían estos veteranos, vestidos de pieles lanudas, ningun aspecto militar; verdad es que poco ó nada se ocupaban ellos de lo que á su instituto concierne; el país está completamente despoblado, y se pasan el tiempo en cazar osos blancos, zorras plateadas, toros almizclados, ratas, castores, waipitis, rengíferos, martas, etc. etc., cuyas

pieles les producen algunos miles de francos al año.

Los esquimales que nos acompañaron al fuerte vendieron al capitán Shaw algunas pieles de morsas y focas que traían; pero en vez de dinero tomaron objetos de manufacturas europeas, cuyo uso empezaba á extenderse entre los habitantes de las playas del mar glacial. Dichos efectos, que en Europa tienen precios muy bajos, en el fuerte Simpson representaban un valor de muchos francos.

Consultamos con el capitán Shaw y sus oficiales, acerca del mejor itinerario que debíamos seguir para llegar á nuestro destino, que era Buenos-Aires, y nos propusieron un nuevo plan, que aceptamos con júbilo, en vista de lo ventajoso que para nosotros era.

El fuerte Simpson está situado en la vertiente oriental de las montañas Rocallosas, *Rocky Mountains*, y margen derecha del gran río Mackenzie, al cual se une por la izquierda el río Turnagain, 40 leguas al NO. del lago del Esclavo, y otras tantas al S. de los fuertes Kerman y Francklin, cerca del lago del Oso grande. Para dirigirse desde este punto al Atlántico por el Canadá, había que recorrer más de 3.500 kilómetros ántes de pisar los dominios ingleses del Alto Canadá, atravesando un país estéril, donde nos veríamos expuestos á infinitas penalidades. Además, el deshielo no tardaría en dejar libres las aguas de los lagos Atabasca, Wollaston, Winipeg y otros, que forman una cadena cuyos eslabones, unidos por los ríos

Mackenzie y Nelson, nos obligarian á largos y continuos rodeos. Podíamos fácilmente atravesar los lagos deshelados con el auxilio de los ingleses establecidos en sus orillas. Si el lago del Esclavo estuviese aún solidificado, llegaríamos al fuerte Resolucion en ocho dias, andando diez leguas diarias sobre el hielo; de este punto al fuerte Chippewayan, situado al N. del lago Atabasca, emplearíamos seis dias; doce ó quince despues, quizás hallaríamos casi deshelado el rio Churchill; para vadearlo nos sería preciso acudir al fuerte Crosse, aunque con poca esperanza de ayuda, por estar este fuerte á más de doce leguas al N. del rio. Desde aquí en adelante la despoblacion del territorio dificultaria en gran manera nuestra marcha. Resumiendo: la travesía desde el fuerte Simpson al límite NO. del Canadá nos costaria, por lo ménos, tres meses de fatigas y padecimientos.

Hay que convenir en que nuestro itinerario no era muy practicable; los oficiales del fuerte nos propusieron efectuar el regreso por el Océano Pacifico, en esta forma:

Salir del fuerte el dia 9 de Febrero en varios trineos, y encaminarse al S. siguiendo el curso del rio Turnagain hasta el fuerte Vermillon, establecido en sus orillas á 50 leguas al S. Desde aquí se tomaria el cauce del rio, atravesando las *Rocky-Mountains* por el valle que el mismo forma en su curso superior, del lado occidental de la cordillera, para unirse con el Mackenzie en la otra vertiente. Una vez del otro lado de la cordillera, se podian seguir dos

rutas: una á Nueva Arckangelsk, en la América rusa, y la otra al fuerte Simpson, establecido en la costa del Pacífico, como límite de la Colombia inglesa, frente á la grande isla del Rey Jorge III. Este camino era largo y difícil; habia que seguir para el S. la falda occidental de las *Rocky-Mountains*, y descender luégo de sus altas planicies por un país muy quebrado, á través de la Nueva Norfolck y la Colombia inglesa, sin encontrar más punto habitado que el fuerte de Bubinck. El camino para Nueva Arckangelsk ofrecia ménos dificultades; bajar de las montañas hácia el O. en busca del Océano. Si este viaje se emprendia pronto, sería posible pasar á la isla donde se asienta aquella poblacion por encima de los hielos. Este trayecto de 1.500 kilómetros podria recorrerse en un mes.

En Nueva Arckangelsk, segun nos aseguraron, habia tantas probabilidades de embarque como en Terranova. Todos los dias buques rusos é ingleses llegan á aquel puerto, único en el Pacífico septentrional, con objeto de exportar peletería y salazones.

Vistas sus ventajas, nos decidimos á seguir este itinerario. Al fogonero *Simnobre* y á los tres marineros del *Futlandia* prodújoles nuestra decision locos extremos de alegría; ellos habian apoyado calurosamente la adopcion de este itinerario, y aunque sin duda alguna era el mejor, parecíame advertir no sé qué cosa extraña en sus exageradas demostraciones de júbilo. Siempre suspicaz, lo confieso, me dirigí á ellos

preguntándoles la causa de su excesivo contento.

—¡Toma!—contestó *Simnobre* con cierta socarronería—¿no quereis que estos buenos muchachos se regocijen, si ántes de mucho, al posar los piés en Nueva-Arcangelsk, estarán, como quien dice, en su patria?

—Es que de esa poblacion á Compenhague—repliqué—media una gran distancia.....

—Y ¿qué les importa si no son dinamarqueses, sino rusos?

—¿Rusos?—exclamé admirado.—Yo creia...

—Las apariencias suelen engañar—repuso con extraño retintin el fogonero.—Pasaban por daneses, porque en nuestro oficio, para hallar pronto embarque, conviene á veces cambiar la procedencia legítima.....

—Paréceme un subterfugio criminal.....

—¡Bah! ¿qué importa eso? Son moscovitas acomodaticios á las circunstancias..... Os los voy á presentar bajo su nuevo aspecto: este mozo, de seis piés de estatura, nació en las orillas del Báltico, y se llama Ivan Otchacoff; este otro, que tiene cuello de toro y miembros de idem, aunque es de pequeña talla, lleva por nombre Mikhail Lapoukin, y vino al mundo bañándose un dia su madre en el Volga; por último, este otro guapo mozo, que parece medio cosaco, se llama Fedor Schowiski. Ya veis que no pueden negar que son rusos.

—Y vos ¿lo sois tambien?

—¿Yo? Je, je, je..... Yo no se lo que soy; me dicen todos *Simnobre*.....

Y una mirada de inteligencia se cruzó en aquel instante entre el fogonero y los supuestos dinamarqueses.

La voz de D. Luis que me llamaba me hizo apartarme de ellos, no sin cierta inquietud.... Después de todo, ¿qué me afectaba á mí que aquellos bergantes fueran rusos ú holandeses?

El 9 de Febrero, después de despedirnos de nuestros favorecedores del fuerte Simpson, nos pusimos en marcha en cuatro pequeños trineos; dos soldados nos acompañaban hasta el fuerte Vermillon, desde donde se volverían con los trineos á su habitual residencia. Nos dirigimos al S., á lo largo de las *Rocky Mountains*, cuyas fantásticas siluetas se dibujaban sobre el azul del cielo, á diez leguas de distancia del Turnagain, cuya corriente helada seguíamos.

El aspecto del país era triste; algunos árboles cubiertos de hielo y escasos en número coronaban las cimas de los collados; apenas se veía alguno que otro cuadrúpedo; la primavera polar tardaría aún en presentarse, y mientras tanto seguían refugiados en el S. casi todos los animales. Algunas horas permanecía ya elevado el sol sobre el horizonte; sus pálidas luces iluminaban los grupos de montañas situados al O., cuyas nevadas cimas reflejaban vivamente los rayos solares. Al desaparecer éstos bajo la línea del horizonte, seguía un prolongado crepúsculo, durante el cual recobraban las constelaciones su brillo. La luna se hallaba opuesta al sol, y las regiones árticas se alumbraban en

sus largas noches con la luz de las estrellas que reflejaban los hielos.

El 14 de Febrero, á media noche, llegamos al fuerte Vermillon; sus habitantes dormían; pero á los fuertes golpes que dieron los soldados que nos acompañaban, acudieron á abrir la puerta del recinto fortificado. Un cabo nos hizo los honores de la hospitalidad conduciéndonos á una habitación confortable donde pasamos la noche.

Al otro día se verificó el relevo de trineos, y con dos soldados, que debían acompañarnos á Nueva Arckangelsk, partimos hácia el O. por una llanura inmensa situada á gran altitud sobre el Océano. La cadena de montañas se había desunido, y sus eslabones se veían aislados al N. y al S.

Aquella llanura no era más que un inmenso valle por donde el Turnagain pasaba de una á otra vertiente de las *Rocky-Mountains*, única y notable brecha que presenta aquella imponente muralla de granito. En dos días atravesamos este valle, cuyo límete occidental no alcanzaba la vista. En este punto el río cambia de dirección inclinándose al Norte.

Abandonamos su helado cauce, que habíamos seguido por medio de profundos barrancos, y nos lanzamos por la inmensa planicie. Volvió á presentar el terreno la monotonía de las dilatadas llanuras de hielo de la region oriental de Nueva Bretaña. Pero ocho días despues, las llanuras fueron declinando y escalonándose hasta convertirse en un valle inmenso, limitado al O. por altas montañas, cuyos picos se alza-

ban á más de 3.000 metros sobre el nivel del mar. En medio de estas montañas, hácia la parte meridional, se elevaba majestuosamente un enhiesto cono de cuya alta cúspide salía un gran penacho de humo; era el volcan Crillon.

Nos hallábamos en esa parte montañosa y árida de la Nueva Bretaña llamada Tierra de Stekin, que se extiende al S. de la despoblada é inhabitable Nueva Firweather. La Tierra de Stekin, situada en la vertiente occidental de las *Rocky-Mountains*, está cruzada por otras cordilleras, que le son paralelas, llamadas Alpes del Mar. Este sistema orográfico comienza desde Méjico, y recibe distintos nombres en su trayecto, tales son: Sonora en Méjico, Nevada en California, de las Cascadas en los Estados Unidos, y Alpes del Mar en Nueva Bretaña.

Cambiamos de direccion, tomando otra hácia el S., y á lo largo de las montañas que se veian al O. Despues de cinco dias de marcha logramos atravesar la áspera sierra por un punto formado de pequeñas colinas. Traspuesta la serranía, en la cual se encontraba el volcan Crillon, seguimos bajando por una llanura helada, cuya suave pendiente fué inclinándose cada vez más hasta que ¡al fin! el dia 2 de Marzo saludamos al inmenso Océano.

La temperatura, desde algun tiempo atrás, empezaba á elevarse, mientras el sol permanecía sobre el horizonte; á causa de esto, veíase, en parte, deshelado el mar. Debíamos, pues, proveernos de una embarcacion para ganar las islas que á algunas leguas de la costa al S. se

divisaban; en la llamada Sitka está fundada Nueva Arckangelsk, capital de los dominios rusos en Norte América.

Aun no habia concluido nuestro viaje; necesitábamos trasladarnos á aquella poblacion, pero ¿de qué manera? La casualidad vino en nuestro auxilio; aquel dia era ya completamente de noche, cuando á pocas millas de la costa divisamos una pequeña luz verde; debia ser de algun vapor que regresaba para el mundo civilizado.

Inmediatamente encendimos fuego y disparamos nuestras armas en señal de socorro. ¡Ah! ¡qué momentos de ansiedad pasamos! Al fin, nuestras señales fueron comprendidas á bordo, porque hicieron un disparo de cañon. Bajamos á la playa, y esperamos en la orilla del mar poseídos de inquietudes y esperanzas....

Entre tanto, los dos soldados del fuerte Vermillon se preparaban para regresar á sus cuarteles; aguardaron, sin embargo, á que una pequeña chalupa, destacada del vapor, arribase á la playa; y nosotros, despidiéndonos entónces de ellos, entramos en la barquilla. Un instante despues, nos alejábamos de las regiones hiperbóreas del Continente americano.

¡Con qué placer ascendimos por los peldaños de la escala del buque de vapor! El capitan y sus oficiales se adelantaron á nuestro encuentro, saludándonos en idioma ruso; viendo que no les comprendiamos, continuaron hablando en francés, y nos condujeron á la cámara, excepcion hecha de los marineros, que se quedaron sobre cubierta.

CAPÍTULO XIV.

El capitán Hartckoff.—Inquietudes.—Sublevación á bordo.—En mi prisión.—El capitán Simnobre.—Detalles retrospectivos.

Aquel buque, según nos dijo el capitán Hartckoff, se llamaba el *Moscow*, y se ocupaba en el transporte de salazones de la América rusa á Europa, especialmente á los puertos de Francia. Era un hermoso vapor de quinientas toneladas, perteneciente á la marina mercante del imperio de Rusia; le tripulaban veintinueve hombres.

Dirigíase directamente á Kijnei-Kamtchatka, donde esperaba completar su cargamento de salazon con alguna peletería. Después de arribar á la península de Kamtchatka, seguiría su derrotero al S., costeano las islas Kuriles y el Japon, haciendo escala en el puerto libre de Yockoama, para que allí pudiésemos embarcarnos en los vapores-correos que hacen la travesía entre los Estados Unidos y el imperio Chino.

En Yockoama, pues, dejaríamos el vapor ruso, que seguiría su viaje para el Mar-negro por Singapoore y el Canal de Suez, y nosotros navegaríamos á través del Pacífico hasta San Francisco en la costa americana. Pero la fatali-

dad, que parecia perseguirnos de algun tiempo á la fecha, dispuso las cosas de otro modo.

El capitán Hartckoff nos trataba como á cuerpo de rey, segun suele decirse; el buque era excelente, el mar estaba tranquilo, diáfana la atmósfera, y soportable la temperatura. No podíamos realizar aquel viaje en mejores condiciones.

Yo me pasaba casi todo el día y buena parte de la noche sobre el puente. ¡Pronto, quizás, pisaría el suelo de mi querida patria! ¡Cuán dulces esperanzas halagaban mi fantasía! Pero mi espíritu, desconfiado y receloso, no tardó en encontrar motivos de inquietud.

Llevábamos tres días de navegacion; yo estaba en la mañana del tercero sobre el puente, y parecióme notar hacia proa, donde se hallaban los tripulantes del buque y nuestros marineros, singulares idas y venidas de *Simnombre*, de unos grupos á otros; el fogonero hablábales en voz baja, gesticulando con gran enegía; muchos de los que le escuchaban hacían señales de asentimiento.....

¿Qué significarian aquellos conciliábulos?

Dos días despues observé que en la parte de proa formaba siempre la marinería dos grupos..... En el más numeroso se encontraban *Simnombre*, *Fuanote*, *Pedrote* y los tres tripulantes del *Futlandia*; en el otro, compuesto cuando más de diez hombres, se veian á Miguel Garzon, Curro *Trinquete* y Pancho de *Pra-
via*..... Comunicué mis observaciones al capitán Roisseau, y, aunque nada me dijo, advertí

que le causaban honda impresion, y que desde aquel instante fijaba de vez en cuando escrutadoras miradas en los marineros.....

El dia 8 de Marzo perdíamos de vista las últimas islas de la cadena de las Aleutianas, tendidas en el Océano como un cable que intenta enlazar los continentes Antiguo y Nuevo. Nos faltaban unos tres dias para llegar á Kijnei-Kamtchatka.

Las sombras de la noche se extendieron por el mar, y la atmósfera, cargada de brumas, comenzó á dejar caer gruesos copos de nieve. Sin embargo, las capas de aire permanecian tranquilas; no habia indicios de que nos asaltasen esos vientos huracanados, que tan terribles son en las regiones árticas.

Ménos el cuarto de guardia, cuantos íbamos á bordo del *Moscow*, estábamos, al parecer, entregados al sueño. A cosa de media noche desperté sobresaltado: escuchábanse voces, gritos, juramentos y estrépito infernal sobre cubierta. A palabras desconocidas para mí, rusas tal vez, mezclábanse fuertes interjecciones pronunciadas en español..... Tambien resonaron dos tiros.....

Terrible lucha debia tener lugar sobre el puente del vapor. Despiertos el capitán Hartckoff, D. Luis y los hermanos Areco, salimos de nuestros camarotes, y, cogiendo las armas que á mano hubimos, nos lanzamos fuera de la cámara.....

No sé lo que entónces sucedió, porque al poner el pié sobre el puente, me sentí sujeto y

agarrotado sin saber cómo. Después, como si fuera un fardo, me trasportaron á mi camarote, y, dejándome tendido en el suelo, me encerraron en él.

El tumulto duró algunos instantes más; oí repetidos disparos de armas de fuego, y después.... Después escuchóse gran bullicio en la cámara y sentí que abrían y cerraban los camarotes en medio de groseros insultos y vociferaciones.... Evidentemente el capitán Hartckoff y mis amigos habían sido también agarrotados.

Más tarde reinaba á bordo profundo silencio, interrumpido apenas por alguna que otra risotada y el sonido de los vasos que chocaban entre sí.... Los desalmados que se habían hecho dueños del vapor, celebraban sin duda su triunfo con sendas libaciones.

El tiempo trascurrió, y cuando fué de día lo advertí, porque á través de las junturas de la puerta de mi camarote empezó á filtrarse alguna claridad.

El *Moscow* hasta entónces permanecía como estacionado en medio del Pacífico Septentrional; ni el menor ruido de su máquina llegaba á mis oídos; tal vez los maquinistas estaban encerrados ó muertos....

Mis ligaduras me atormentaban cruelmente, y empezaron á hincharse las muñecas al contacto del áspero cáñamo que las oprímia; también experimentaba ya los efectos de la vigilia y de las emociones de aquella noche terrible....

De pronto sentí algun movimiento sobre cubierta; era que los marineros verificaban en ella

el baldeo de costumbre. Poco despues escuché el ruido de la máquina, y sentí que bajo la acción de su fuerza retemblaba el piso del entrepunte. El *Moscow* se hallaba en marcha; ¿hácia dónde se dirigía? Hé ahí una pregunta á la que no podia responder.

A cosa de medio dia la puerta de mi encierro se abrió, y presentóse en ella *Juanote*, quien sin hablar palabra colocó sobre una mesita algunos manjares; mas como advirtiese que me era imposible tomarlos á causa de mis ligaduras, salió del camarote y volvió poco despues con otros dos marineros que le ayudaron á quitarme las cuerdas y á ponerme de pié, porque yo apenas podia moverme.

En vano dirigí á *Juanote* diversas preguntas para conocer la situacion; guardó á todas ellas el más obstinado silencio. Concluí de comer, dí cumplimiento á esa imperiosa necesidad que se impone á las más graves situaciones de la vida, y acto continuo retiráronse los marineros, dejándome encerrado. En los dias siguientes se abrió la puerta de mi camarote á la misma hora, dióme de comer *Juanote*, y guardó, como siempre, tenaz mutismo.

Una mañana, en que cansado de la inutilidad de mis esfuerzos nada le pregunté, me dijo espontáneamente:

—El capitan va á venir á veros.

—¿Quién es el capitan?—exclamé.

—¡Eh, ehl el capitan es el Sr. *Simnobre*. Y así diciendo, desapareció cerrando la puerta. ¡*Simnobre* era el capitan! ¡Se confirmarían

cuantas sospechas y recelos me habia inspirado aquél hombre? Lleno de ansiedad esperaba su venida; pero aquél dia trascurrió, y el inmediato, sin que lo verificara. Al fin, acompañando á *Juanote*, se presentó en la siguiente mañana á mi vista.

Me saludó cortésmente, é invitándome á tomar asiento, hizo lo mismo en un banquillo de tijera. Estaba desconocido, trasfigurado; sus rudas maneras habian desaparecido; vestía de levita, y con soltura tal la llevaba, que parecia no haber usado otra prenda en toda su vida; sus ántes crespos y enmarañados cabellos, veíanse ahora cuidadosamente peinados, y á la antigua negrura de su epidermis, habia sustituido un color trigüeño y tostado, propio del hombre que vive constantemente en el mar.

—Mucho ansiaba veros—le dije.

—Pues aquí me teneis—contestó con equívoca sonrisa.

—Quería veros, señor..... ¿Cómo os nombráis?

—Llamadme *Simnombre*. Realmente no sé si tengo derecho á usar otros apelativos.

—Pues bien—exclamé con impetuosidad—deseo conocer mi situacion, así como la de mis amigos, y qué es, en último resultado, lo que pretendéis hacer con nosotros.

—Muchas preguntas son esas para contestarlas de una vez; iremos por partes, puesto que no tenemos prisa. En primer lugar, haceos cargo de esto.....

Y así diciendo, puso en mis manos un peque

ño envoltorio de papeles, que hasta entonces habia tenido en las suyas.

—¿Qué es ello?—prorumpí con extrañeza.

—Son los valores que el capitán Roisseau guardaba y que tenía ocultos en la cueva que nos dió abrigo en Islandia.....

—¡Ah! luego fuísteis vos el que sus-
trajo.....

—Sí, pero no con el intento de hacer un robo vulgar y de mezquina importancia.....

—¿Qué os proponíais entonces?

—Hacer caer las sospechas sobre el mismo capitán.

—¡Ah! pues no logrísteis vuestro objeto. Todos confiábamos en su honradez.

—¡Ya lo he visto!—murmuró *Simnobre* con indefinible expresion.—En balde para que aquel hecho recayera sobre su persona, y nos alejáramos de aquellos lugares por si aún existía, supuse que un pastor islandés me habia manifestado haberle visto en Scandfiáll.....

—¿Luego no os encontrásteis con él?

—Sí, en verdad; pero díjome que el único forastero que habia en la poblacion, era el profesor de matemáticas de Reykiawick. Posteriormente, cuando llegamos una noche al *boer* de Niels-Juel pidiendo hospitalidad, dijéronme sus criados que allí se albergaba un extranjero, cuyas señas convenian con las del capitán.....

—Y nos lo ocultásteis.....

—Porque no quería ver destruida mi obra; ninguno de vosotros conocia el idioma islandés, y pude hacerlo impunemente. Despues, bien

avanzada la noche, salí de la habitación en que dormíamos por la ventana.....

—¡Ah! ¡luego fué realidad lo que supuse un delirio del sueño! Yo os ví.....

—¿Me vísteis?....

—Sí, os deslizásteis como una sombra por la ventana; volvísteis á poco, y más tarde estalló el incendio de que vos, sin duda, fuísteis causa.....

—Ciertamente, queria que pereciese el capitán ántes de que supiérais que estaba allí.

Me inspiraba horror el cinismo y la sangre fría de aquel hombre.

Tras un instante de pausa, continuó diciendo:

—Respecto á vos, señor argentino, ni os amo ni os aborrezco, por más que algunas veces me molestase infinito la especie de fiscalización que ejercíais sobre mi persona..... Como vuestras indiscreciones no pueden hacerme daño alguno, y para que no me juzgueis tan indigno como quizás presumís que soy, os contaré concisamente algunos detalles de mi vida, en el supuesto de que esto no os moleste.....

Hice un gesto enigmático, que *Sinnombre* afectó no reparar, y siguió expresándose así:

—Muy niño todavía, no sé cómo ni por quién llevado, me ví á bordo de un buque ruso de cabotaje. Pasó el tiempo, y con él crecí en edad y se desarrollaron mis fuerzas. A los diez y siete años trepaba por la jarcia como una ardilla y derribaba á los hombres más robustos..... No conocia el miedo, y soñaba con empresas, en las que yo era el jefe y en las que todo se

sometía á mi voluntad. Hace más de veinte años, ingresé en una sociedad secreta de la marinería mercante de Rusia; sus afiliados debían apoderarse de los buques que tripulaban, cuando las circunstancias les favoreciesen, y si dichos barcos conducían remesas de dinero ó valores fácilmente trasportables; el jefe de la sublevación, dueño ya de los fondos, simulaba después un naufragio, y se deshacía de los hombres que pudieran denunciar el hecho..... Las riquezas así obtenidas eran depositadas en lugar seguro y manos fieles, y de este fondo común se sostenía á los marineros ancianos y á sus familias, á los que estuviesen enfermos ó impedidos y á los que no encontraban embarque..... Como veis, la asociación tenía un objeto filantrópico.....

—Salvo los reprobables medios que empleaba—prorumpí irónicamente.

—¡Qué quereis! la moral presenta tantos aspectos como clases sociales existen; los antiguos siervos de Rusia debían disentir de los principios morales de sus señores, fundados en el infame castigo del *knout*. ¡Ah! ¡los días de las compensaciones han de venir, y el hierro y el fuego asolarán la Rusia!

Más que las palabras, la expresión terrible con que las acompañó aquel hombre, me produjo espanto.

—Dejemos esto—añadió friamente.—La asociación daba una prima de las presas á los que las realizaban; gracias á mi ingreso en ella ascendí en mi oficio poco á poco..... El año 46

iba yo de contramaestre en el ballenero *San Justo*, al mando del capitán Roisseau. Todo fué perfectamente en los primeros días; cerca de las costas de Groenlandia, sobre un témpano de hielo, me ví frente á frente de un oso, y le maté en las mismas condiciones que á aquella osa que nos sorprendió en la cueva..... ¿Os acordais? El capitán Roisseau debió recordar un hecho análogo ocurrido muchos años ántes. ¿No os dijo nada?

—Sí, algo me habló.....—contesté inconscientemente, porque el aplomo de aquel hombre me desconcertaba en gran manera.

—El ballenero *San Justo* era una magnífica goleta de tres palos; llevaba á bordo una fuerte suma, que á su regreso á Francia debía emplear en pieles..... Resolví apoderarme de él; entre sus tripulantes sólo yo y dos gavieros pertenecíamos á la asociacion..... Intenté, sin embargo, la empresa; mas fracasó por completo. El capitán Roisseau dispuso que se me pusiera en barras en el sollado; uno de los hombres encargados de ejecutar la orden, como yo opusiese alguna resistencia á andar y creyendo vengarse impunemente de antiguos agravios, me dió una bofetada terrible..... ¡La sangre ardió en mis venas! Dí un estrechon y rompí la cuerda que ataba mis manos; me apoderé en seguida de la faca de un marinero y..... maté á dos hombres y herí á no sé cuantos! El capitán, amartilladas dos pistolas, me intimó que me rindiese:—«¡No,—grité ébrio de sangre—haced fuego! ¡haced fuego, porque si os quito las pis-

tolas he de mataros!»—Y me lancé sobre él.... Pero tropezando con un cabo de cuerda caí.... ¡el número me dominó entónces! Me agarrotaron de piés y manos, y fuí conducido á la sentina, miéntas yo me revolvía y exclamaba fuera de mí:—«¡Capitan Roisseau, cuando esté libre he de mataros!»

Calló un instante *Simnobre* como para coordinar sus ideas, y luégo prosiguió de este modo:

—Trascurrieron muchos dias; durante ellos sólo para comer aflojaban un tanto mis ligaduras. Una mañana me sacaron de la sentina y me subieron al puente; observé que la goleta estaba al paio..... El capitan Roisseau se acercó y me dijo: «Si os llevo á Francia, los tribunales de marina os impondrán la pena de muerte. Voy, pues, si lo preferís, á dejaros en una isla desierta, y que el cielo os ayude.»—«¡Ah! exclamé en medio de convulsivas carcajadas—adoptais ese extremo por temor á que mis amenazas se realicen..... Bien, haced lo que os plazca; pero ¡tarde ó temprano, nos veremos, capitan!»—Metiéronme en una chalupa, y á poco fuí abandonado en una isleta situada al O. de la Tierra del Labrador. Miéntas el *San Justo* estuvo á la vista, mis carcajadas y apóstrofes persiguieron al capitan Roisseau. Bien recordaria éste mi extraña risa cuando en el cabo Areco le ocurrió aquel percance.....

—¡Ah!—dije involuntariamente, —fuísteis vos.....

—Seis años—siguió diciendo con amargura

Simnobre—seis años permanecí en aquella isla sufriendo cuantas torturas y penalidades pueden concebirse. Al fin, un ballenero holandés me recogió, y volví á la vida y al mundo con un pensamiento tenazmente enclavado en mi imaginacion; queria vengarme del hombre á quien era deudor de la interminable serie de amarguras que en seis años experimenté.

Temí por la suerte de mi viejo amigo, y pregunté á aquél hombre:

—¿Ha muerto D. Luis?

—No; y os juro no atentar á su vida, porque quiero sujetarle á la pena del Talion.....

—¿Qué pretendéis hacer con él?

—Abandonarle en una isla desierta.

—¡Desgraciado! ¡qué horror! ¿No os apiada-
reis de él?

—La ley de las compensaciones ha de cumplirse.

Incliné la cabeza sobre el pecho, porque en los ojos de *Simnobre* leí que su fallo era irrevocable.

—Despues—siguió diciendo aquel extraño personaje—he pasado más de diez años en adquirir noticias de vuestro amigo..... Cuando desesperaba de encontrarle, cuando ya temia que hubiese muerto, la casualidad trajo un dia á mis manos un periódico de Buenos-Aires, en el que, entre otros anuncios marítimos, leí el siguiente: «Vapor *Toro*, capitan Luis Roisseau, admite carga y pasajeros para el Havre.» ¡Ahl ¡cuán feliz me consideré aquel dia... Abreviemos nuestra entrevista. A no haber naufragado

el *Toro* me habria posesionado de él; pero no me pesa, porque el *Moscow* es un barco de excelentes condiciones y lleva buena gente á bordo.....

—¿Y mis amigos Juan y Ricardo Areco?

—Podeis estar tranquilo por ellos y por vos, mientras nada intenteis contra los hechos consumados y mis propósitos para lo futuro. En la primera oportunidad, cuando sin peligro mio pueda hacerlo, os desembarcaré en un país habitado. Nada más tengo que decir; haceos cargo de los valores que os he devuelto, y los cuales por tantos dias llevé conmigo ocultos en mis botas de agua.....

Y casi sin acabar su pensamiento volvióme la espalda y salió del camarote, cuya puerta cerró despues.

CAPÍTULO XV.

En el Océano Pacífico.—Un acto de piratería.—¡En libertad!—Aspecto de las zonas glaciales del Sur.—Espejismo.—Las Shetland del Sur.—Muere Simnobre.—Encallados en los hielos.

El *Moscow* seguía su marcha velozmente por la vasta extensión del mar Pacífico. *Simnobre* venía á verme de vez en cuando; trájome algunos libros, y me hacía conocer la posición del buque, anotándola en una carta geográfica de aquellos mares, según sus cálculos astronómicos.

Aquel hombre era una mezcla incomprendible de pasiones desordenadas, ideas caballerescas y propósitos criminales. Desde el día de nuestra entrevista *Juanote* se mostró más afable y comunicativo. Pedíale á menudo noticias de mis amigos y del capitán Hartckoff, y él me contestaba siempre en su jerga castellana é india:

—Estar buenos en camarote.

Durante veinte días navegamos por un mar completamente desierto, al ménos en la parte de él que desde el ventanillo de mi calabozo yo veía.

El día 1.º de Abril me dijo *Simnobre* que por el O. se divisaban dos buques, y que si no se equivocaba, eran *praos* ó barcos de piratas

malayos. Poco despues le sentí dar órdenes sobre el puente y que toda la tripulacion se ponia en movimiento. El vapor redobló su velocidad hasta el máximun de la fuerza de su máquina, y todo él retemblaba, desde la quilla hasta los topes de los mástiles. Pasaron algunas horas, al cabo de las cuales disminuyóse la rapidez de la marcha. Segun supe despues, los barcos piratas habian desaparecido en el horizonte por nuestra banda de estribor.

El 5 de Abril, al asomarme al ventanillo por la mañana, ví que estábamos fondeados en una hermosa bahía. Nos habíamos acercado en nuestro viaje al Ecuador, y ya aquel dia el calor era excesivo. El paisaje presentaba bello aspecto; en la playa se veian varios indios completamente desnudos y de oscuro color, que armados con picas y lanzas dirigian al vapor miradas recelosas.

Algunos momentos despues, el *Moscow* levó anclas é hizo rumbo al S. Más tarde estuvo á verme *Sinnombre*, y me dijo, que habíamos anclado en la espaciosa ensenada de una de las islas Farrailep, porque suponiéndolas deshabitadas, pensó desembarcar allí al capitán Roisseau, pero que la presencia de algunos salvajes en la playa le habia hecho desistir de este propósito.

Al otro dia el *Moscow* hizo rumbo hácia las islas Salomon, para penetrar en el Mar de Coral y costear la Australia. El 12 recalamos en la isla de Bougainville, con objeto de hacer aguada. Desde mi ventanillo admiré el país, adornado con todas las galas de los trópicos, pero no

divisé en sus playas ni un solo indígena. Aquel mismo día nos hicimos á la mar.

Cuando ví al ex-fogonero, le pregunté qué objeto tenía nuestra desatentada carrera hácia los mares del S.; y contestóme con cínica frialdad:

—¡Pech! se trata simplemente de apresar algunos de los buques de alto bordo, que hacen la travesía desde Australia á los puertos de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Diez y ocho días despues, el 30 de Abril, hallándonos á la altura de las islas Lord Howe, entre Australia y Nueva Zelanda, avistamos una de esas pequeñas embarcaciones que se dedican al tráfico entre las dos colonias inglesas. La nave australiana fué perseguida y apresada; los marineros del *Moscow*, despues de saquearla completamente, la abandonaron, dejando á sus cinco tripulantes maniatados sobre cubierta.

El rumbo seguía constantemente al S. La ardiente temperatura de los trópicos se había modificado; nos hallábamos en plena zona templada, donde el otoño hacía sentir ya los primeros frios. El 9 de Mayo doblamos el cabo S. de Nueva Zelanda, y el 13 pasamos frente á las islas de los antípodas.

Simnobre me dijo que sus tripulantes estaban ansiosos de hacer presas, y que se veía obligado á satisfacer sus deseos dirigiendo el *Moscow* al S. del cabo de Hornos para esperar los balleneros, que en aquella época regresaban á Europa despues de concluida la campaña de pesca.

Al fin, en fuerza de repetidas súplicas, *Sim-*

nombre consintió en que, excepcion hecha del capitán Roisseau, pudiéramos andar libremente por el buque. El 10 de Mayo nos abrieron las puertas de nuestros camarotes y subimos al puente. ¡Con cuánta alegría estreché entre mis brazos á Juan y Ricardo Areco, á Miguel Garzon, *Curro Trinquete* y Pancho *de Pravia!*

El capitán Hartckoff y aquellos de sus subordinados que no habian tomado parte en la sublevacion, permanecian aherrojados en la bodega. Aquel día las observaciones señalaron la posicion del buque en los $50^{\circ}, 39', 12''$ de latitud S. y los $176^{\circ}, 44'$ de longitud O. de Greenwich.

El vapor hizo entónces rumbo al S. E., internándose poco á poco en las regiones antárticas. Navegamos con buen tiempo por espacio de doce días, á cuyo término cortamos el Círculo polar para penetrar en la zona Glacial del Sur. Durante este tiempo no avistamos tierra ni se divisó vela alguna.

Sentíamos intenso frío porque el aire soplaba constantemente del S. El mar estaba libre, y solo de vez en cuando se veía algun témpano flotante. El 28 de Mayo nos encontrábamos en los $71^{\circ}, 14'$ de latitud S. y $148^{\circ}, 5'$ de longitud O. de Greenwich. En esta region el mar empezaba á solidificarse y á adquirir cierta pasividad que imposibilitaba la marcha del buque.

Abandonamos aquel rumbo, pues por él no habíamos de hallar ningun ballenero, y nos dirigimos al S. de la Tierra del Fuego, sitio más frecuentado, y en el cual no se corría el peligro de quedar aprisionado entre los hielos. La du-

racion del día en aquellas latitudes era muy corta, porque el sol, pálido y triste, alumbraba breve tiempo aquellos desiertos mares.

Los meteoros, tan frecuentes en las regiones árticas, no lo eran ménos en las antárticas. Las auroras australes, de imponente y majestuosa grandeza, se observaban á menudo; la luna aparecía rodeada casi siempre de uno ó dos halos, fenómeno debido á la refraccion de la luz emitida por el astro en la atmósfera, y que presenta los colores del iris; este meteoro luminoso indica gran cantidad de vapor acuoso suspendido en el espacio.

Tambien observábamos con frecuencia esos meteoros llamados *parelias* ó imágenes falsas del sol reflejadas en las nubes; cuando esto acontece con la luna, lo cual veíamos á menudo, recibe este fenómeno el nombre de *parase-lene*.

El cielo tenía un tinte azul oscuro, que tachonaban multitud de estrellas de incomparable brillantéz. La Cruz del Sur, esa Osa mayor del hemisferio austral, giraba continuamente, sin ocultarse, marcando el polo al extremo de su corto radio, y ostentando orgullosa en su cabeza una estrella de primera magnitud. Y por el campo inmenso de los cielos veíanse, el Can mayor, guiado por el fulgurante faro de Sirio, perseguir sin tregua á la tímida *liebre*; la Ballena, el Pez austral, el Sagitario, el Águila, el Lobo, el Cuervo, el Centauro, la Hidra, y otros mil mónstruos celestes que se estrechan y combaten, revolviéndose en espantoso

desórden por los insondables abismos del espacio.

El 3 de Junio, el *Moscow* se encontraba á la altura del paralelo 62, y á los 121° de longitud. Aquel dia pudimos observar un curioso fenómeno de espejismo. El tiempo estaba calmoso aunque excesivamente frio; las capas atmosféricas, muy densas, permanecian inmóviles, y el vapor se deslizaba sobre las aguas sin que el viento ayudase su marcha. Hacia las ocho de la mañana, el oficial de cuarto mandó aviso á *Simnobre* para observar un buque que hacia el horizonte se veia. El ex-fogonero subió á cubierta y nosotros le seguimos.

En el puente resonaba grande algazara; los marineros subian á los topes para ver el buque, que contaban ya como segura presa.

— ¡Es un vapor ballenero! ¡Ved cómo enfile el NO., hacia la Oceanía! ¡Soberbia presa! ¡A él! ¡Al abordaje!

Estas y otras exclamaciones por el estilo pronunciaban sin duda los marineros rusos; no lo atestiguo porque yo no comprendia una sola palabra de su idioma.

Simnobre y yo asestamos nuestros anteojos al punto del horizonte donde salia una pequeña columna de humo, y un buque se dibujaba con toda limpieza en el confin del firmamento. Era un vapor de dos mástiles, que navegaba en direccion opuesta á la que seguíamos. Mandó *Simnobre* izar un pabellon británico sobre el mesana, y al mismo tiempo se ejecutó igual maniobra en el otro buque. La tripulacion

pareció muy satisfecha, porque aquel hecho le probaba que el *Moscow* había sido visto, y que no se sospechaba de él. Pero estas ilusiones duraron poco.

La embarcación que se veía en lontananza fué tomando lentamente grandes proporciones; después impulsó su velocidad á tal extremo, que se la veía aumentar por instantes de volumen. Ya temían los piratas entablar una lucha con aquel enorme barco, cuando llegó al colmo su sorpresa, pues vieron que sobre los mástiles de él se reproducía, poco á poco, su imagen invertida, y más tarde, sobre la quilla de ésta, otro fantástico bajel. Quizás el fenómeno siguiera reproduciendo imágenes si la refracción no se hubiese debilitado. Era la primera vez que habíamos observado el espejismo en el mar.

Este fenómeno es muy frecuente en los mares polares, y si hasta entonces no le habíamos visto, en cambio desde allí en adelante contemplamos muchas reproducciones del *Moscow*. Observamos que, para que el espejismo tuviera lugar, se hacía indispensable que la atmósfera permaneciese tranquila, sufriese el barómetro grandes presiones y se hallara el ambiente saturado de vapores acuosos.

Después de diez y ocho días de navegación por desiertos mares, sin encontrar una isla ni un escollo, divisamos, al fin, en la mañana del 21 de Junio, el día del solsticio de invierno, una tierra cubierta de nieve. *Simnombre* consultó el mapa de las regiones hiperbóreas del S., y

supimos que teníamos á la vista las islas Sehtland, situadas algunos grados al Sur del cabo de Hornos.

Estas islas fuéron descubiertas por el navegante Guillermo Smith en 1818, en un viaje á bordo del *Guillermo*, desde Montevideo á Valparaíso. Su aspecto no puede ser más desolado; el terreno, montañoso y cubierto siempre de nieve, no presenta vestigios de vegetacion; su fauna se reduce á algunas aves palmípedas, como pingüinos y procelarias que coronaban las rocas de los litorales. En cambio el mar posee en su seno gran número de cetáceos y anfibios. En los primeros años que siguieron al descubrimiento era tal la abundancia de morsas en estas islas, que acudieron allí casi todos los balleneros del mundo, y tal prisa se dieron para cazarlas, que hoy son contados los individuos de su especie que se hallan en aquellos mares.

Simnobre se propuso reconocer todo el archipiélago y costear la tierra de Palmer, donde tal vez encontraría algun ballenero disponiendo su regreso al Norte. Por espacio de ocho dias recorrimos aquellos parajes, aunque sin obtener el resultado que apetecian los piratas.

Entónces se enderezó el rumbo hácia las Orcadas, archipiélago donde no alcanzan los rigores del invierno hasta más tarde, por lo cual suelen algunos balleneros quedarse pescando en aquellas latitudes hasta principios de Julio. El 26 avistamos estas islas, sin que en el trayecto

hallásemos buque alguno: el aspecto de aquel archipiélago es espantoso; sus islas representan informes hacinamientos de rocas cuyas cimas se elevan en inmensas agujas; á la sazón estaban cubiertas de nieve, lo que daba al paisaje un tinte sombrío é imponente.

El tiempo hasta entónces habia sido favorable á la navegacion del *Moscow*. El invierno se presentaba benigno, pues el mar no se habia congelado todavía en aquellas elevadas latitudes. Pero el 2 de Julio, cuando se vió lo inútil de nuestro viaje por aquellas regiones y nos disponíamos á hacer rumbo hácia otras más templadas, sobrevino una terrible tempestad de nieve que duró cinco dias. En el último fué tan violento el empuje del vendabal, que nos desarboló del palo de mesana; y con tan mala fortuna de *Sinnombre* y de uno de sus satélites ocurrió esto, que el mástil en su caída los hirió gravemente.....

El marinero falleció á poco, su capitán sobrevivió algunas horas á aquel suceso. El dia 7, cuando el temporal se calmó, pudimos ver que el *Moscow* habia sufrido considerables averías, y lo que era aún peor, que se hallaba aprisionado en una inmensa llanura de hielo. El invierno austral, aunque tarde, se presentaba con todo el aparato de sus rigores.

Confieso, Dios me lo perdone, que la muerte de *Sinnombre* me pareció casi providencial, como ocurrida á tiempo, segun suele decirse; ella daba halagüena solucion á muchos terribles problemas. Corrí, como era consiguiente, á sa-

car de su encierro al capitán Roisseau. ¡Ah! ¡cuán cambiado y decaído estaba!

Celebré después algunas conferencias con los sublevados, dueños á la sazón del buque, y entre muchas atendibles razones que á su consideración expuse, hice incapié en la conveniencia de que el capitán Hartckoff, dada la triste situación en que nos veíamos, tomase de nuevo el mando del buque.

Después de muchas idas y venidas, logré una transacción honrosa para las dos partes; y como consecuencia inmediata, el capitán ruso y los marineros que le eran fieles recobraron al punto la libertad.

Entre tanto caía la nieve en abundancia, y los huracanes nivelaban la llanura de hielo barriendo cuantos obstáculos hallaban en su camino. La temperatura exterior no pasaba de 5° Reaumur bajo cero; mas era imposible permanecer un minuto sobre la llanura sin correr el riesgo de helarse.

Todos permanecíamos dentro del buque; los marineros hacían sus preparativos para invernar, y reparaban la embarcación de modo que al primer deshielo pudiese flotar libremente. A bordo era muy intenso el frío, á pesar de haberse encendido estufas en las cámaras.

Preocupados nos traía, en verdad, la perspectiva de la internada: no temíamos la falta de provisiones, pues el *Moscow* llenó su bodega en Nueva Arckangelsk de pescado seco, sino que en las carboneras se había concluido la hulla. Fué necesario quemar algunos tabiques

para la calefaccion interior del buque durante los dias de tempestad y los siguientes, hasta el 13 de Julio, en que el tiempo presentóse más benigno.

El capitán Hartckoff aprovechó la oportunidad para medir la latitud del punto en que nos hallábamos, y con sorpresa vió que el barco invernaba á los 68° de latitud; es decir, un grado más al N. de la Tierra de Graham. No podia comprender cómo desde las Orcadas, á 60°, 45' de latitud S., pudo derivar el *Moscow* más de 7° durante cinco dias, contra los vientos y las corrientes que le acercaban al polo austral.

Se determinó recorrer el campo helado hasta la Tierra de Graham por si se encontraba en ésta, lo que en verdad no era imposible, algun yacimiento carbonífero. Una de las lanchas del buque fué puesta sobre un bastidor, y quedó convertida con poco trabajo en trineo, que trasportaria los víveres necesarios á la expedicion; la salida de ésta fijóse para el 13, y debian llevarla á cabo el capitán Hartckoff y doce de sus marineros.

Antes de partir la expedicion, el jefe ruso, estrechando afectuosamente las manos de D. Luis, le dijo con voz conmovida:

—Capitán Roisseau, la triste situacion en que nos vemos por la falta de combustible me obliga á emprender esta arriesgada exploracion; corro al acaso, tras la realidad de un rumor esparcido en Europa años anteriores, en los cuales se dijo que un ballenero inglés habia encontrado en el NE., de la Tierra de Graham,

una gran mina de hulla. Si el hecho es cierto, mejorará nuestra suerte; si resulta falso y no he vuelto ántes de diez días, acordad lo que estiméis conveniente.

Y dando á todos un último apretón de manos, se alejó de allí seguido de los suyos, que empujaban el trineo. Llenos de tristeza vimos partir al honrado marino. ¿Volveríamos á estrecharle en nuestros brazos?

Al siguiente día se dejó sentir el frío de un modo cruel: el invierno empezaba, y, según las apariencias, sería rigurosísimo; los mismos rusos, cuyo país es casi glacial, temblaban ante semejante perspectiva; además, muchos de ellos estaban atacados de escorbuto, y esto les hacía temer doblemente la invernada.

En cambio, los náufragos del *Toro* nos veíamos libres de la terrible dolencia polar, gracias á que D. Luis conservaba algunos cientos de pastillas de cal, que de vez en cuando distribuía ocultamente entre nosotros.

Censuré al capitán Roisseau como inhumano su proceder con aquellos infelices, pues podía proporcionarles pronto alivio con el anti-escórbutico que poseía. Le sonrojaron mis reproches, y acudió solícito al socorro de los rusos enfermos. ¡Ah! ¡en ciertas situaciones de la vida, el personal egoísmo hace injustos y desapiadados á los hombres que más bellos sentimientos tienen!

CAPÍTULO XVI.

Sobre una isla flotante.—Navegando á la ventura.—Tempestad.—Naufragio.—La Tierra del Fuego.—En el golfo de Magallanes.—El patagon.—La goleta *Santa Cruz*.

El 15 de Julio presentóse el cielo despejado, y D. Luis procedió á tomar la altura del polo. Un secreto impulso le decia que el campo de hielo no estaba fijo y que en los días de tempestad habia derivado al S. El cálculo astronómico dió por resultado $67^{\circ} 2'$. Evidentemente, el campo de hielo estaba aislado en el mar, y derivaba ahora hácia el N. Durante su ruta al S. chocó uno de sus costados con la Tierra de Graham, y no habiéndose unido á ella, vagaba errante por el Océano á merced de las corrientes.

Sin embargo, habia una cosa inexplicable para mi. ¿Cómo el *Moscow* fué presa del *ice-field*, y de qué manera éste derivó al S., cuando las corrientes le eran contrarias y el huracan le impelia en opuesto sentido? El capitán me explicó satisfactoriamente el hecho.

Segun él, el campo de hielo, arrastrado por el viento y las corrientes, se separó de la banca infranqueable, y navegó para el N.; por efectos del frio, se solidificó el mar en torno suyo, quedando entónces el *Moscow* preso y unido á él.

Adquirió de esta suerte el *ice-field* una superficie inmensa, que el viento no podía arrastrar, y solo logró que girase sobre sí mismo. Hé aquí porqué el vapor apresado al N., despues de dar el campo de hielo media vuelta, habia descendido al Sur.

El movimiento rotatorio parecia durar aún, porque así lo demostraba la aproximacion lenta del *Moscow* hácia el N. ¿Advertiria el capitán Hartckoff estos hechos ántes de que se internara en la tierra de Graham? ¿Desgraciado de él si no se daba cuenta de ellos! Veríase obligado á invernar en tierra firme.

Trascurrieron ocho dias de los diez señalados por el capitán ruso para su vuelta, y la situacion á bordo era cada vez más insostenible.

Habiéndonos, por iniciativa de D. Luis, reunido todos en la cámara principal, tomó aquél la palabra en los siguientes términos:

—Las circunstancias son apremiantes; dentro de dos dias, el 23, si el capitán Hartckoff no ha parecido, debemos adoptar una resolucion definitiva. Dos caminos se nos presentan; podemos escoger entre ambos: ó permanecer aquí y quemar hasta la última astilla del barco, ó dirigirnos al N. trasportando las lanchas para navegar hasta el cabo de Hornos, despues de llegar al borde del campo de hielo.

Emitiéronse distintos pareceres de que haré caso omiso en obsequio á la brevedad, pues ya me acercó al fin de mi relato. Las opiniones se dividieron en dos sentidos: los rusos preferían

invernarse allí, y los naufragos del *Toro* optábamos por marchar al N. y ganar cuanto ántes el continente Sur-americano, porque creíamos librar así mejor la vida.

Llegó el 23 de Julio, y ni el capitán Hartckoff ni sus expedicionarios parecieron; en consecuencia, nos decidimos á obrar rápidamente: el 24 y 25 se emplearon en convertir dos lanchas en trineos, sin inutilizarlas para navegar; esto era muy importante, pues faltando ese medio de transporte, no era posible arribar á tierra firme. Embarcamos víveres para tres meses, pieles, mantas, armas y dos pequeños mástiles con sus correspondientes velas.

El 26, muy temprano, nos despedimos de los invernantes rusos, no sin dejarles algunas docenas de pastillas de cal, y nos pusimos en marcha. El empuje de los trineos era fácil, porque gracias á su especial construcción, se deslizaban rápidamente por la resbaladiza llanura de hielo.

Nos separaban de su extremo, según cálculos de D. Luis, 120 leguas; á 3 diarias, necesitábamos 40 días para llegar al Océano.

El 28 de Julio experimentamos tanto frío, que á pesar de nuestra ruda tarea de empuje, se nos hacía insoportable; la nieve caía á torbellinos, impelida por el viento del S.; cegados por ella, cansados del trayecto recorrido, la marcha era penosa y teníamos que detenernos á menudo.

El vendaval arreció de un modo terrible. D. Luis, que de todo sacaba partido, ideó utili-

zar la fuerza del viento, como lo hacen en los Estados Unidos, para empujar los trineos. Hicimos alto: se colocaron los mástiles en las lanchas, se arregló su interior para abrigarle, y señalado un sitio á cada uno, nos embarcamos.

D. Luis, desplegadas las velas, las orientó hácia el N., y las dos lanchas empezaron á correr sobre el hielo con vertiginosa velocidad. Unidos unos á otros y cubiertos de pieles, era soportable la temperatura dentro de nuestros improvisados vehículos.

Calmáronse los torbellinos de nieve, y el vendabal, aunque ménos fuerte, seguía arras-trándonos con ímpetu. De este modo podíamos andar 15 ó 20 leguas diarias.

Por fin, el 6 de Agosto hubo que aferrar las velas y echar el ancla sobre el hielo; el mar libre estaba á 50 metros de nosotros. Durante los once dias de viaje sobre el *ice-field* no vimos focas ni osos polares, lo que venía en apoyo de la hipótesis del capitan, que consideraba aquella vasta extension como una enorme isla de hielo, innaccesible á los animales por estar rodeada de agua.

El trayecto helado se habia concluido, y nos restaba recorrer algunos centenares de millas por el mar y no pocos por tierra para llegar al término de nuestra peregrinacion. Era necesario conocer aproximadamente la distancia que nos separaba de la Tierra del Fuego.

Las observaciones practicadas dieron á conocer que nos hallabamos á 60° 14' de latitud S. y 43° 46' longitud O. de Greenwich, por lo

cual, entre nosotros y el cabo de Hornos, punta la más meridional de América, mediaban por lo ménos 200 leguas, que podrian recorrerse en diez ó quince dias si el viento era favorable y estaba el mar bonancible.

Empleamos dos dias en hacer algunas obras en las lanchas; á imitacion de los *kayaks*, que los esquimales de Groenlandia construyen con cueros de focas, tapamos herméticamente las barcas, clavando y calafateando una cubierta impermeable de cuero, que no tenía más que una entrada circular en la popa, por la que sólo podia entrar y salir un hombre. Cuando todos estuviésemos dentro, el marinero de guardia, bien forrado en pieles, se ajustaba al agujero y unia los bordes atándolos á su cintura, quedándole libres los movimientos para manejar el timon y la vela.

Las dos lanchas así preparadas eran insubmergibles. El 9 de Agosto fuéron botadas al mar, é inmediatamente nos embarcamos. El cielo estaba oscuro, y la nieve caia en abundancia; el viento, no muy fuerte, soplabá del S. y era favorable á la marcha. Izáronse las velas, y las dos lanchas alejáronse rápidamente del campo de hielo flotante.

El capitán, mis dos amigos, Pancho *de Pravia* y yo ocupábamos una de las embarcaciones; los náufragos restantes iban en la otra; herméticamente encerrados en ellas, nos resguardaban del frio y del embate de las olas. Para evitar una separacion funesta, un largo cable unia las dos barcas.

Todo fué bien durante el día, pero al llegar la noche tomó el tiempo un aspecto imponente; los torbellinos de nieve convirtiéronse en copiosos aguaceros, y el viento se trocó en deshecho huracan; las aguas del Océano, terriblemente alborotadas, caian con estrépito sobre las embarcaciones. Ricardo Areco, que hacía á la sazón de piloto, apénas tuvo tiempo para aferrar la vela y meterse bajo la impermeable cubierta, cuya entrada quedaba herméticamente obstruida con un triple forro de cuero.

Nos hallábamnos cinco personas reunidas en un pequeño espacio; á cada momento rodábamnos de una á otra banda, ó bien de popa á proa, sin poder evitar los rudos golpes que en aquellos desordenados movimientos sufríamos. Rodeados de profundas tinieblas y ensordecidos por el furioso bramar del oleaje, nos era imposible vernos ni hablarnos.

El tiempo trascurría con desesperante lentitud..... Y heridos, magullados, casi sin conciencia de lo que nos sucedía, sólo empezamos á comprender que la asfixia era inminente, que nos ahogábamnos, que á nuestros fatigados pulmones servía de tósigo mortal el viciado aire que se respiraba en aquel estrecho recinto.....

La Providencia tuvo piedad de nosotros: ocho interminables horas duró aquella horrible situación. Al amanecer del 15 serenóse el tiempo, tanto que permitió al capitán Roisseau salir afuera para examinar el estado de la atmósfera y del mar, y hacer algunas observaciones astronómicas. El cielo estaba aún cubierto de densas nubes.

A tiempo subió D. Luis á la impermeable cubierta de nuestra lancha, porque por el N. descubrió á pocas millas una grande isla de escarpadas montañas, hácia la cual caminábamos velozmente impulsados por el viento. Viramos de bordo para evitar la tierra, y se volvió á desplegar la vela, puesto que el viento á todo un largo era aprovechable.

En cuanto á la otra lancha, véasela á pocos metros de la nuestra; el cable que nos unia habia resistido sin romperse el embate de las olas; pronto apareció sobre su cubierta la alta estatura de *Curro Trinquete*, que nos gritó en su lenguaje andaluz:

— Aunque llenos de matauras, nenguno por aquí ha espichao.

El capitán suponía que la tierra avistada era la Georgia del Sur, descubierta en 1675. De ser cierto este cálculo, fundado sólo en el aspecto de la isla, pues el estado del cielo no permitia hacer observaciones, el Continente Sur Americano distaba todavía muchas leguas.

El 18 disfrutamos de un hermoso dia; el cielo estaba sereno y apenas sintióse el frio. D. Luis hizo sus cálculos y supuso que la costa patagónica distaría de cuarenta á cincuenta leguas. Pero no pudo precisar el punto á donde arribaríamos, aunque le parecia probable fuese en las inmediaciones del estrecho de Magallanes.

Los dias 19 y 20 presentóse otra vez el tiempo amenazador; espesas brumas cerraban el horizonte, y cuando éste se despejaba aparecia el cielo velado de sombríos matices; los llama-

dos fuegos de San Telmo veíanse en todas las partes salientes de las lanchas; algunas aves de gran tamaño se cernían sobre las olas, en las que asonaban multitud de pececillos su dorso fosforescente. Todo anunciaba la proximidad de una espantosa borrasca.

No tardó en venir: la noche del 20 al 21 de Agosto fué preciso aferrar las velas y encerrarnos bajo la impermeable cubierta de las lanchas. Pronto se dejó oír el estampido del trueno y rodar sobre nuestras cabezas el furioso oleaje, que nos traía y llevaba con vertiginoso ímpetu, desde sus elevadas crestas á los abismos que en su movable seno abría.

La confusión y el espanto reinó en breve entre nosotros; no nos daba un instante de tregua el embravecido mar; agarrados los unos á los otros para resistir mejor la violencia de los movimientos, ni aún hacernos cargo podíamos de la gravedad de nuestra situación. Así pasamos muchas horas de angustias y torturas inimaginables.

De repente, pareció que el temporal llegaba á su más álgido período; zumbaba en mis oídos espantable estruendo, cuando, de súbito, sentí como que la lancha se elevaba á prodigiosa altura, que daba despues algunas vueltas sobre sí misma, y que chocaba, por último, con estrépito sobre una superficie dura..... Al mismo tiempo me ví inundado de agua y temí asfixiarme en el aire comprimido..... pero la lancha se habia hecho pedazos, y librándome, no sé cómo, de sus restos, me encontré nadando en medio de

negras rocas sobre las alborotadas aguas.....

Logré asirme y subir á una de aquellas peñas, en la cual permanecí desfallecido y anonadado no sé cuánto tiempo..... El crepúsculo matinal se acentuó, y haciendo un esfuerzo para averiguar qué habia sido de mis amigos, me incorporé en la roca y dirigí en torno mio ansiosas miradas.....

¡Ah! en un islote próximo vi al capitán y á Ricardo Areco; y en otro más lejano á Juan y á *Curro Trinquete*, que parecia desmayado..... Los demás..... ¡ay! ¡los demás habian perecido!

Una hora ó más de reposo me devolvió parte de las agotadas fuerzas, é invité á mis pobres compañeros á que ganasen, como yo iba á intentarlo, la costa próxima. Pronto nos vimos reunidos; *Curro Trinquete* solo tenía una herida en la cabeza, que le fué curada del mejor modo posible; despues nos cuidamos de recoger en la costa los despojos del naufragio que nos fuesen útiles; tuvimos la fortuna de hallar dos sacos embreados llenos de pescado seco.

Urgía averiguar en qué punto de la tierra nos habia arrojado la borrasca; pero hasta el 23 de Agosto no se mostró el cielo depejado ni vimos lucir en él el brillante luminar del dia. D. Luis, que siempre llevaba consigo su octante y su brújula de bolsillo, practicó sus cálculos y nos dijo que nos hallábamós en la costa del Atlántico de la Tierra del Fuego, cerca del Estrecho de Magallanes.

El interior del país parecia tan accidentado y escabroso como el litoral. Nos pusimos en

marcha hacia el N., por la costa, porque en el Estrecho sería fácil que encontrásemos algun buque. El frio era soportable y apenas se veian algunos trozos de hielo; solo en lontananza divisábase un enhiesto monte alfombrado de nieve; era el Monte Sarmiento, cuya altura pasa de 2.000 metros.

La Tierra del Fuego es un conjunto de rocas de origen volcánico, que demuestra un foco poderoso de actividad plutónica. Por todas partes se veian montones de basaltos y traquitas mezclados con rocas ígneas y primitivas. A veces atravesamos anchos regueros de lava endurecida ó campos de cenizas y escórias, que indicaban eran restos de antiguas erupciones.

La inmensa cadena volcánica, que desde Alasca, en la América del Norte, recorre todo el continente hasta el cabo de Hornos, no termina aquí, continúa hacia el S., quizás llega al mismo polo austral. Las islas Orcadas, las Sehtland, donde vimos un gigantesco cono volcánico, la Tierra de Graham y las otras más antárticas aún, parecen continuacion de aquella inmensa cadena.

Describiendo un arco, no bien determinado todavía, existe gran número de montañas cuya formacion ígnea es innegable; entre ellas descuellan los montes Erebo y Terror, descubiertos á los 77° de latitud S. y 167° de longitud O. por el capitán James Ross, en 1841, cuando al mando de los buques que llevaban aquellos nombres, se lanzó en busca del Continente austral. Se eleva el primero de estos montes á

4.000 metros y á 3.600 el segundo; ámbos dominan un gran espacio cubierto de conos volcánicos; de algunas de sus cimas sale continuamente humo.

Al día siguiente al de emprender la marcha, encontramos en la costa dos canoas de piel de foca que conducian cuatro indígenas. Llevaban los salvajes todo el cuerpo tatuado de negro y el rostro con rayas blancas y rojas. Cubríanse con pieles de animales marinos y adornaban sus cabezas algunas plumas azules.

Parecian confiados, y nos pusimos en relacion con ellos; no sin dificultad les hicimos comprender que deseábamos nos guiaran hasta el Estrecho de Magallanes; aceptaron la proposicion, esperando buena recompensa, y como sus frágiles canoas no podian trasportarnos por mar, que hubiera sido lo mejor, las sacaron á tierra y las escondieron entre las rocas. Acto continuo cargaron con nuestro exíguo equipaje y nos pusimos en marcha.

El 26 llegamos por fin al Estrecho; el mar se extendia ante nosotros, y hácia el N. se divisaba la tierra patagónica. Nuestros guías nos dijeron por señas que les esperásemos, y aún no habia trascurrido una hora, cuando les vimos volver con cinco canoas para trasladarnos á la vecina orilla. Hiciéronlo así, sin accidente alguno; la travesía es de cinco leguas, y las recorrimos en ménos de ocho horas, lo cual habla muy alto en favor de la habilidad con que aquellos indígenas manejaban la especie de espadilla que les servía de remo.

Una vez al otro lado del Estrecho, dimos á aquellas pobres gentes algun pescado seco y varias monedas francesas, que les causaron inusitada alegría; embarcáronse para volver á la opuesta orilla, y nosotros establecimos en la que estábamos nuestro campamento.

Se hallaba éste situado á la entrada misma del Estrecho, en el cabo de las Vírgenes, donde las embarcaciones se aproximan mucho á la costa; por esta circunstancia nos trasladamos á aquel litoral.

Pasamos todo el dia ojo avizor, por si veíamos aparecer alguna vela en el uno ó el otro lado del Estrecho, si bien nos interesaban más los buques que viniesen del Pacífico que los que llegaran del Atlántico, porque con aquéllos iríamos más directamente á Buenos-Aires. Llegó la noche, clara y serena, y para contrarestar el rigor del frio, encendimos una hoguera con las ramas de algunos desmedrados arbolillos, al rededor de la cual nos recostamos luégo.

Tenía la hoguera el doble objeto de calentarnos y servir de señal á los buques que pasasen el Estrecho por la noche, á cuyo fin, uno de nosotros velaria mientras los demás nos entregábamos al sueño.

Al siguiente dia, en las primeras horas de la mañana, vimos aparecer de repente sobre un ribazo un indio de formas atléticas y color oscuro, armado de una lanza, cubierto de pieles y con una cinta roja atada á la cabeza, de la que pendia largo y cerdoso pelo. Mirónos un instante, y bajando despues del ribazo, se nos

acercó. Era un patagon de elevada estatura.

En muy estropeada lengua española nos preguntó quiénes éramos, y satisfecha su curiosidad, nos dijo entónces, que él venía desde *Puerto del Hambre*, pequeña poblacion de la otra extremidad del Estrecho, y se dirigia á la embocadura del rio Deseado, á vender pieles de nútria á una goleta argentina, que habia ido allí á comerciar con los indios pilmaches.

Le preguntamos si distaba mucho la embocadura del Deseado, y nos respondió que unas 40 leguas escasas. Esta distancia, por un camino apénas accidentado como el de aquella parte de Patagonia, era relativamente corta. Las noticias del indio modificaron nuestros proyectos.

Sabíamos que una goleta argentina estaba fondeada á 40 leguas de aquel sitio, y que no tardaria en hacerse á la vela para el Rio de la Plata. La ocasion de embarcarnos era segura y debíamos aprovecharla. Propusimos al patagon que nos guiase hasta la embocadura del rio Deseado, y comprometióse á ello, pues tenía necesidad de recorrer aquel camino.

El mismo dia, 27 de Agosto, emprendimos la marcha hácia el N.; debíamos seguir en línea recta á la vista de la costa; el terreno era muy llano, y estaba en muchos parajes cubierto de espesa yerba; pero no se veían árboles de ninguna especie, solo daban sombra al suelo algunas plantas arborescentes y raquítics arbustos.

Con frecuencia teníamos que vadear peque-

ños arroyos, en cuyas orillas cenagosas muchas zancudas de varias clases paseaban gravemente revolviendo el limo con sus largos picos. Entre estas aves distinguíanse por su color y extrañas formas las llamadas flamencas.

En cinco días recorrimos la distancia que nos separaba del término de nuestro viaje. El 1.º de Setiembre encontramos el río Deseado, y siguiendo su curso, pronto nos hallamos frente al fondeadero de la goleta. Esta se encontraba en la misma boca del río, y sus tripulantes se preparaban á soltar las amarras.

Sin embargo, aún tardaría en darse á la vela, porque á sus costados se veían muchas canoas llenas de indios, ansiosos de negociar sus mercancías. Nos trasladamos á bordo; el patron, D. Miguel Sanchez nos recibió afablemente, así como sus marineros, nos destinó un sitio en la cámara é hizo servirnos una buena comida.

La *Santa Cruz*, nombre de la goleta, no debía abandonar las costas patagónicas hasta el 4, y solo queria internarse algunas leguas por el río, para hacer más cómodo el tráfico á los naturales. El río, en su desembocadura, era un puerto muy espacioso; la goleta y las embarcaciones indias le daban un aspecto pintoresco, así como en sus riberas los campamentos provisionales de los indígenas animaban la monotonía del desierto.

A las dos de la tarde, la *Santa Cruz* orientó sus velas y nos internamos por el río. Toda la flota india nos siguió, disputándose llegar al buque para vender los productos de la caza;

pero á bordo se procedia con calma en las operaciones mercantiles. Por turno subian los vendedores á cubierta; examinábanse las pieles de nütria y de marta que traian, y despues se les fijaba precio. Este consistia en objetos de quincalla y bisutería, de poco valor comercial, que los indios estimaban en mucho.

La goleta, practicando sus transacciones comerciales, avanzaba rio arriba. El Deseado tenía como una media milla de anchura y su curso era lento, porque el país que atravesaba, completamente llano, apénas presentaba un ligero declive á la corriente.

Despues de tres leguas de navegacion fluvial, la *Santa Cruz* echó el ancla frente á una aldehuela india, situada sobre la orilla izquierda; numerosas canoas bajaron por el rio conduciendo efectos al buque.

Aquellos dias, las operaciones mercantiles fuéron muy activas. En la mañana del 4, la goleta levó anclas y se dejó arrastrar por la corriente del rio. Várias canoas la siguieron y alcanzaron para vender algunas pieles que conducian los morosos habitantes del curso superior del rio.

El patron de la *Santa Cruz* mostrábase muy satisfecho del éxito obtenido en su comercial especulacion, y proponíase, Dios mediante, continuarla por mucho tiempo.

CONCLUSION.

La goleta argentina salió del Deseado con buen tiempo, y sus velas, impulsadas por brisas favorables, pusieronla muy pronto lejos de la costa. Al otro día se avistó el cabo Blanco y navegamos en las aguas del golfo de San Jorge; por la tarde costeamos la península de San José, y al caer la noche divisamos la embocadura del río Negro, en la parte septentrional de la bahía de San Matías, límite de la Patagonia y la provincia de Buenos Aires.

Toda la noche navegó la *Santa Cruz* en las aguas de la extensa bahía Blanca, dejando en el río Negro el pequeño pueblo del Carmen, y pasando después frente á la boca del río Colorado y, más al N., del puertecito de bahía Blanca. Al amanecer descubríamos á Quejen, en la punta Negra, más tarde á Batanera, y luego doblamos el cabo Corrientes á la vista de Puerto,

La goleta navegó todo el día cerca de la costa, poco habitada en aquel paraje, hasta que llegó al cabo de San Antonio, que traspuso á la vista de muchos pueblecillos pintorescamente situados. Dejó en este punto las aguas oceánicas para navegar en las amarillas del

inmenso estuario del Río de la Plata. El patron Sanchez hizo rumbo al N., alejándose de la costa argentina para arribar á Montevideo, en la occidental; queria vender en esta poblacion su mercancía á unos agentes europeos.

El dia 7 de Setiembre, al amanecer, pasamos junto al ponton del Banco Inglés; pocas horas más tarde dejamos á un lado las islas de Flores, donde está el lazareto, y avistamos el faro del Cerro, á 13 leguas, sobre un monte que domina el puerto de Montevideo.

A cosa de medio dia penetró la *Santa Cruz* en el abrigado puerto, que contenia numerosas naves extranjeras; se dirigió á la costa, donde se levanta la magnífica ciudad, y pasó sin detenerse ante los muelles de la Aduana para fondear más adelante en el desembarcadero de una barraca.

Entónces nos despedimos afectuosamente del honrado patron de la goleta; desembarcamos y nos fuimos á alojar en la conocida casa de Pino y compañía, del comercio de aquella poblacion. *Curro Trinquete* se hospedó en una fonda de la calle 25 de Agosto, situada en un costado del Mercado, frente á la Aduana.

Para trasladarnos á Buenos Aires debíamos tomar el vapor que hace el servicio entre ambas capitales del Plata, pero como no se hacia á la mar hasta el siguiente dia, empleamos el tiempo en adquirir ropa más presentable, y en visitar la capital de la República oriental del Uruguay, que en aquella época no se parecia en nada á lo que es hoy.

Aún existía parte de las murallas con que los españoles la habían ceñido; no se pensaba en construir la hermosa plaza de la Independencia, que era entónces un asqueroso mercado; las calles estaban mal cuidadas, y todo, en fin, revelaba la incuria y el abandono.

En la tarde del día 8 nos embarcamos en un vapor de río, llamado el *Rayo*, que no pertenecía á los que hacen la carrera entre Buenos Aires y Montevideo; pero tomamos pasaje en él porque era propiedad de los Sres. Pino y compañía, en cuya casa nos encontrábamos.

La travesía por el gran río de la Plata se llevó á cabo felizmente. Al amanecer del 9 de Setiembre de 1858 puse el pié en mi querida patria despues de tantos sufrimientos. Un momento más tarde, mi familia, la de los hermanos Areco, la del capitán Roisseau y mi asociado Miguel Echeto, nos estrechaban tiernamente entre sus brazos.

¡De los tripulantes del *Toro* solo cinco habíamos logrado volver al punto de partida!

¡Ah! ¡Miéntras aliente mi vida, aún cuando la nieve de los años blanquee mis cabellos y perturbe el tiempo mi memoria, nunca, nunca olvidaré la série de sucesos y aventuras que he presenciado!

FIN DE LA OBRA.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.	3
Dos palabras.	5
Introduccion.	7
CAP. I.—Del Havre á Liverpool.—Sobre las costas de Islandia.—El fiord.—La tromba marina.—Naufragio.—¡Salvado al fin!	9
CAP. II.—Exámen de la situacion.—El capital social.—Recursos comestibles.—Cambio de alojamiento.—La borrasca.—Arrebatado por el huracan.	23
CAP. III.—Bocetos biográficos.—En el promontorio.—Calzada de los gigantes.—Nuevo sobresalto.—El parte.—Desaparicion del fondo social.	37
CAP. IV.—Camino de Scandfall.—Detalles acerca del país.—Un francés.—Pancho de Pravia.—Navegando en la <i>Grand' Nau Française</i> —Una falsa pista.	51
CAP. V.—Caminando tierra adentro.—La Marmita del Diablo.—El Gran Géiser.—Reúnense los naufragos.—Explicaciones.—El Hecla y sus erupciones.	66
CAP. VI.—En Tikebæ.—Un médico español en Breidabolsland.—Nociones complementarias.—Cacería de leones marinos.—Despedidas.—A Berufiorder.	82
CAP. VII.—Insomnio.—Misteriosas visiones.—Un incendio.—Encuentro del Capitan —Niels-Juel.—El <i>Jutlandia</i> .—Una aldea de esquimales.—En el mar de Baffin.—Los elefantes marinos.	92
CAP. VIII.—Detalles retrospectivos.—El capitan dinamarqués.—La aurora boreal.—La pesca de los cachalotes.—En las costas de Groenlandia.	112
CAP. IX.—El fuerte San Juan —Recalada del <i>Jutlandia</i> .—Despedazamiento de cetáceo.—La butaca <i>Roisseau</i> .—Sinistra carcajada.—Vuelven los expedicio-	

	<u>Págs.</u>
narios.—El unicornio de mar.	125
CAP. X.—Los osos dentro de casa.—Se aproxima el invierno.—Efectos glaciales de la estación.—Nuevo sistema de calefacción.—Noticias del <i>Jutlandia</i> . . .	141
CAP. XI.—Extraña actitud de Simnobre.—En marcha por el campo de hielo.—Tres desertores.—La osa.—Hazaña de Simnobre.—En marcha otra vez sobre el hielo.	156
CAP. XII.—Situación moral.—Historia del médico español.—En perpétua noche.—El continente americano.—Nueva Bretaña.	169
CAP. XIII.—Vuelve la luz del sol.—Cinco esquimales.—El Fuerte Simson.—Itinerarios.—Los marineros rusos.—El fuerte Vermillon.—Camino de Arckangelsk.	182
CAP. XIV.—El capitán Hartckoff.—Inquietudes.—Sublevación á bordo.—En mi prisión.—El capitán Simnobre.—Detalles retrospectivos.	194
CAP. XV.—En el Océano Pacífico.—Un acto de piratería.—¡En libertad!—Aspecto de las zonas glaciales del Sur.—Espejismo.—Las Shetland del Sur.—Muerre Simnobre.—Encallados en los hielos.	207
CAP. XVI.—Sobre una isla flotante.—Navegando á la ventura.—Tempestad.—Naufragio.—La Tierra del Fuego.—En el golfo de Magallanes.—El patagon.—La goleta <i>Santa Cruz</i>	219
Conclusion.	234



CASA EDITORIAL DE GREGORIO ESTRADA
DOCTOR FOURQUET, 7, MADRID

BIBLIOTECA
ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

80 tomos publicados

Por suscripción, á 4 rs. tomo en rústica, y á 6 en tela.—Tomo sueltos, á 6 y 8 rs., respectivamente.

REVISTA
POPULAR DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Precios de suscripción: Un año, 40 rs.—Seis meses, 22.—Tres meses, 12.

EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO ILUSTRADO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

El más útil y más barato de cuantos se publican de su género. Tiene cuatro ediciones.

Precios de suscripción en Madrid: 1.^a edición, un año, 30 pesetas: seis meses 15,50: tres meses 8: un mes 3.—2.^a id., un año 18: seis meses 9,50: tres meses 5: un mes 2.—3.^a id., un año 12: seis meses 6,50: tres meses 3,50: un mes 1,25.—4.^a idem, un año 26: seis meses 13,50: tres meses 7: un mes 2,50.

EL CORREO DE LA MODA

EDICION ESPECIAL PARA SASTRES

Precios de suscripción: *Grande edición.*—En Madrid: Un año 13 pesetas 50 cénts.—En Provincias y Portugal: Un año 15 pesetas.

DICCIONARIO POPULAR

DE LA

LENGUA CASTELLANA

POR

D. FELIPE PICATOSTE

Precio: 5 pesetas

Se vende en la Administración, calle del Doctor Fourquet, número 7, Madrid.

LIBRARY OF THE
BIBLIOTHECA MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS

BIBLIOTHECA
MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS

BIBLIOTHECA
MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS

BIBLIOTHECA
MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS

BIBLIOTHECA
MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS

BIBLIOTHECA
MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS